

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 5 NRO 57 NOVIEMBRE 2020



ALVA ÁLVAREZ BENAVENTE APOLÍN MONTES AVENDAVAL
BARRERA BOTAVARA CAMACHO BARRÓN CASTRO ALFARO
CORALLO BAO DÍAZ MARCOS ECHEVERRÍA FLORES VEGA
GARCÍA GÓMEZ ALAIS GONZÁLEZ GORÓSTEGUI LELIS
MORALES NAVARRETE OLIVÁN SANTALIESTRA RAMACIOTTI
SALDÍVAR SERRANO SOSA SOTO SPINOZA VALENCIA
VELARDE VICTORIANO VIGNERA VILLALBA VILLARREAL

EL NARRATORIO

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 5 NRO 57 – NOVIEMBRE 2020

ISSN

2591-3123

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:

RENATE MÖRDER

IMÁGENES:

PIXABAY FREEPIK

PXHERE PEXELS

COPYRIGHT:

EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A SUS AUTORES. QUIENES RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LOS MISMOS.

BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-NOCOMERCIAL-SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL



DIRECTOR Y PROPIETARIO:

FEDERICO A. MARONGIU

PROPIEDAD INTELECTUAL:

Nº DE REGISTRO 5.348.677

EN LA WEB:

WWW.ELNARRATORIO.COM.AR

WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO

E-MAIL:

ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM

ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM

ÍNDICE

<u>VAN BASTEN</u>	<u>LEANDRO SOTO</u>	<u>7</u>
<u>EN EL LÍMITE</u>	<u>RAÚL ARIEL VICTORIANO</u>	<u>13</u>
<u>EL CUARTO DE LA TÍA ENRIQUETA</u>	<u>MARINA SOSA</u>	<u>17</u>
<u>BEBERSE LA VIDA</u>	<u>LUCÍA OLIVÁN SANTALIESTRA</u>	<u>21</u>
<u>REALISMO MANIÁTICO</u>	<u>JOSÉ LUIS VELARDE</u>	<u>27</u>
<u>HACIA EL FONDO</u>	<u>RAFAEL AVENDAVAL</u>	<u>32</u>
<u>COMIENZO</u>	<u>ADÁN ECHEVERRÍA</u>	<u>37</u>
<u>ESPANTAPÁJAROS</u>	<u>J.R.SPINOZA</u>	<u>40</u>
<u>LAS PUERTAS TAMBIÉN OYEN</u>	<u>BALTASAR</u>	<u>45</u>
<u>EL DESCONOCIDO</u>	<u>DANNY NAVARRETE</u>	<u>48</u>
<u>CONTAGIO</u>	<u>LUIS APOLÍN MONTES</u>	<u>54</u>
<u>CHARLA</u>	<u>ÁLVARO MORALES</u>	<u>61</u>
<u>DESDE EL SILLÓN</u>	<u>MARINA GÓMEZ ALAIS</u>	<u>64</u>
<u>AL PIE DE LA CAMA</u>	<u>OSWALDO CASTRO ALFARO</u>	<u>68</u>
<u>LA ENFERMERA</u>	<u>GUSTAVO VIGNERA</u>	<u>72</u>
<u>HAMBRE</u>	<u>OSVALDO VILLALBA</u>	<u>77</u>
<u>SECUENCIA FINAL</u>	<u>AARÓN ALVA</u>	<u>80</u>
<u>VERDAD DE MEDIANOCHE</u>	<u>JORGE GONZÁLEZ</u>	<u>84</u>
<u>EL FAMILIAR</u>	<u>RONNIE CAMACHO BARRÓN</u>	<u>90</u>
<u>JOSECITO, EL DESOBEDIENTE</u>	<u>SEBASTIÁN</u>	<u>94</u>
<u>ALGODONES</u>	<u>MILAGROS CORALLO BAO</u>	<u>99</u>
<u>MI AMIGO CLODOMIRO</u>	<u>LUIS J. GORÓSTEGUI</u>	<u>105</u>

<u>EL QUIJOTE DEL BUS</u>	<u>MANUEL SERRANO</u>	<u>110</u>
<u>LA CAJA</u>	<u>JOSÉ A. GARCÍA</u>	<u>114</u>
<u>EL CAMINANTE DE DOS ERAS</u>	<u>LILIANA FLORES</u>	<u>118</u>
<u>EL BAR</u>	<u>JULIO VILLARREAL GAVIRONDO</u>	<u>122</u>
<u>ETERNIDAD</u>	<u>GERARDO ÁLVAREZ BENAVENTE</u>	<u>125</u>
<u>PIEDRA LIBRE</u>	<u>MARÍA DEL CARMEN RAMACCIOTTI</u>	<u>129</u>
<u>FECHA DE CAZA</u>	<u>CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR</u>	<u>132</u>
<u>HISTORIA DE RENATO</u>	<u>MARTI LELIS</u>	<u>135</u>
<u>QUE DESCANSE EN PAZ</u>	<u>LUCIANO ANDRÉS</u>	<u>137</u>
<u>GRATITUD ETERNA</u>	<u>JOSÉ LUIS DÍAZ MARCOS</u>	<u>141</u>



VAN BASTEN

LEANDRO SOTO

Recorté la foto de El Gráfico y la pegué en un círculo de cartón. No veía la hora de que la plasticola se secara. Para apurar el proceso cada tanto le daba una soplada en la superficie. Era la nueva incorporación al equipo, era la Van Basten, el temible delantero holandés que jugaría para mi equipo en la gran final contra el equipo de mi hermano. Digo la gran final, porque esa vez se había apostado fuerte. Ese verano, nuestros padres habían comprado un televisor para su pieza y el viejo vino para la nuestra. Todo un acontecimiento. Entonces, si yo ganaba, podía poner durante todo el verano el dibujito de Mazinger Z que venía después del Club 700. Como el dibujito empezaba a las diez de la mañana y mi hermano (dos años más grande que yo) quería dormir, se armaba un revoleo de zapatillas y de juguetes que terminaba cuando aparecía mamá. Ahora si yo perdía, no solo no podía ver Mazinger Z durante todo el verano, sino que tenía que hacerle la cama todos los días que durasen las vacaciones.

El juego era sencillo. Recortábamos fotos de El Gráfico, las pegábamos en un círculo de cartón, once por cada lado, respetando las posiciones originales de los jugadores y no valía repetir; o sea, si Kempes jugaba en mi equipo, no podía jugar en el otro. Por más que en El Gráfico hubiera dos fotos de él. La cancha era sobre una alfombra verde; con tiza blanca delimitábamos las áreas y el círculo central. Los arcos eran esos de plástico con los que se decoraban las tortas; y la pelota era de papel metalizado de cigarrillo, que le pedíamos a la tía, porque era la única que fumaba. Hacíamos un bollito y lo recubríamos con cinta scotch. Repartíamos los jugadores según la estrategia elegida y sorteábamos quién empezaba. El juego era una especie de metegol: había que hacer pases hasta que llegaran a las figuritas de los delanteros y estos remataban al arco. Ese remate era una técnica compleja que involucraba los dedos y la muñeca. Mi hermano era letal. No le había podido ganar nunca, pero para ver los capítulos estrenos de Mazinger Z valía la pena intentarlo.

Esa tarde, antes de empezar el partido, oficialicé mi nueva adquisición. “La comisión directiva se enorgullece de que el prestigioso Van Basten esta temporada vista nuestros colores” dije con voz triunfal, haciendo alarde de la figurita, como si mi talento aumentara por el solo hecho de tenerla. Mi hermano no dijo nada. Las reglas eran claras: por la mañana, papá leía el grafico con mates y bizcochitos; cuando terminaba el primero que agarraba la revista tenía derecho a recortar la primera foto; y esa mañana me levanté temprano para conseguirlo. Además, él se sabía superior a mí y casi nunca necesitaba refuerzos.

El partido empezó un sábado a la hora de la siesta, más o menos. El primero que convertía tres goles ganaba. Yo estaba nervioso. Encima en el comedor de casa el calor era insoportable. No encendíamos el ventilador de techo porque la pelotita tomaba rumbos inciertos. Misteriosamente, el partido estaba parejo; es verdad que mi concentración era extrema, pero mi hermano estaba cometiendo algunos errores en el ataque. Raro en él. Para mí era porque el día anterior yo había tenido un entrenamiento con el abuelo (creador y campeón absoluto del juego); él me había corregido la posición de los dedos para rematar y para hacer los pases y me dijo qué tácticas eran las mejores; encima, esa tarde, presencié el juego para verificar si había aprendido.

Mi hermano protestó. Dijo que yo tenía ventaja deportiva si el abuelo me hacía alguna corrección. Entonces convenimos que el abuelo solo podía mirar. Si abría la boca se me daba por perdido el partido.

Mi hermano convirtió el primer gol por medio del astro brasilero Zico. Lo gritó como gritaba los goles de Boca los domingos en la cancha. El abuelo mudo. No dejé que el pasado perdedor me acosara y traté de no perder la concentración. Con esfuerzo, empaté el partido con el Diego, que en la foto tenía la remera amarilla del Napoli. Grité el gol arrodillado en el medio del comedor, con los ojos cerrados y haciéndome la señal de la cruz. La tensión subía, los dos nos equivocábamos. El calor nos hacía transpirar como burros. Las figuritas se nos resbalaban de las manos. Mi hermano convirtió otro gol y se puso 2 a 1, lo dejaba

en la puerta de la victoria. Sin embargo, este no lo festejó, sonrió de manera sobradora y con voz canchera me dijo que en la pieza estaban las sábanas limpias. Era un juego psicológico al cual no tenía que darle bola, pero todos los fantasmas volvieron a mi cabeza. Me acordé de todas las derrotas del año; todas las gastadas, todas las broncas masticadas y de todas las palizas que me comí, por reaccionar cuando no aguantaba más la cargadas.

Respiré hondo, saqué del medio, di dos pases y la pelota llegó a Ruud Gullit, un talentoso con buen remate. No sé cómo hice, pero la clavé en un ángulo. El abuelo soltó una carcajada que calentó a mi hermano que estuvo a un pelito de mandarlo a la mierda.

Nunca se llevaron muy bien. El abuelo era más compinche conmigo, porque a los dos nos divertía cazar las moscas con el mosquitero de plástico y regar las macetas del patio. Mientras yo sostenía la regadera y él sacaba las hojas secas, me contaba historias de cuando iba a la bombonera.

En ese momento interrumpió mamá con las leches chocolatadas y unas vainillas. “Primer tiempo”, anunció el abuelo. A regañadientes nos sentamos a la mesa. Mientras merendábamos no nos dijimos una palabra. El aire se cortaba con un hilo. Ninguno de los dos estaba dispuesto a perder la apuesta. Mamá que la cazaba al vuelo dijo que si nos peleábamos por ese juego, nos quedaríamos en penitencia todo el fin de semana. En cambio, al abuelo le gustaba cierta competencia entre nosotros, no mucha, la suficiente como para que el juego no fuera solamente un divertimento. Pero cuando nos pasábamos de la raya, como casi siempre nos pasaba a mi hermano y a mí, él mismo nos cagaba a pedos y a veces, para corregirnos, nos pegaba un golpe seco con mosquitero. Esa especie de paleta de plástico que ardía como la puta madre, más si te daba en el culo.

Ni bien terminamos volvimos al juego. El marcador estaba 2 a 2 y la pelota en posesión de mi hermano. Se concentró antes de ponerla en juego. Intentó un pase largo para su goleador brasilero; generalmente le salía siempre, pero esa vez la pelotita picó para cualquier lado y como por arte de magia terminó en los pies

de Van Basten que hasta ese momento no la había tocado. Hubo silencio. En la cocina mamá usaba la Molinex. Seguramente picaba cebolla y morrones para la salsa fileto de la noche. No era común que mi hermano fallara. En el área era poco menos que letal. Miré a mi abuelo buscando una señal en su mirada. “Si habla, perdés”, sentenció mi hermano. Reglas son reglas.

Afuera las chicharras cortaban el silencio del barrio. Yo intentaba concentrarme, pero mi hermano fingía la voz de un relator de radio. Incluso cada tanto metía alguna propaganda como la de Bardal: Bardal, Bardalll, Bardallllll, Bardallllllll. Odiaba esa propaganda. “¡¡Terminala, boludo!!”, le grité. Pero mi hermano no paraba, estaba como poseído, inventaba goles de otros partidos, coberturas de vestuarios y banco de suplentes. El abuelo sonreía. Yo no sabía por qué lo hacía, en toda esta situación había algo que se me escapaba. “Podés patear de una buena vez”, dijo mi hermano masticando las palabras. Y recién ahí me di cuenta de lo que pasaba; fue como una revelación abrumadora: mi hermano estaba nervioso porque si yo convertía ese gol, era la primera vez que lo iba a derrotar; a él no le importaba si yo veía Mazinger Z a las 10 de la mañana; a él no le importaba que yo le tuviese que hacer la cama todo el verano; a él lo único que le importaba era no perder conmigo. Era una tragedia que no podía suceder. Fue la primera vez que sentí el vértigo de saber que mi hermano mayor era vulnerable, de sentirlo vulnerable. Ganarle, además de un cambio inmenso en nuestra relación, significaba crecer. Ni más ni menos, y aunque pareciera mentira, no sé si quería hacerlo, a pesar de que lo había esperado tanto tiempo. Podía bancarme perfectamente todo el verano haciéndole la cama a mi hermano.

Entonces, hice mi disparo medio a las apuradas, con la secreta intención de fallar para que el mundo, mi pequeño mundo, siguiera igual por un tiempo más. Pero todo tiene una secreta razón de ser y Van Basten, la flamante incorporación del club, hizo que la pelota diera en la alfombra una serie de piques extrañísimos que terminaron, despacito y de manera inexplicable, dentro del arco.

Pero a pesar de que esa tarde grité el gol como un loco de atar, me abracé

con el abuelo y di la vuelta olímpica por el comedor, en todo el verano, no me levanté ni siquiera una vez, a las 10 de la mañana, para ver a Mazinger Z.

LEANDRO SOTO

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/leandroezequiel.soto>



EN EL LÍMITE

RAÚL ARIEL VICTORIANO

Se subió a la cornisa para buscar el cielo de modo que extendió los brazos hacia ambos costados para abarcar todo lo posible. En el atardecer algo nuboso parecía el Cristo deshilachado del Gólgota.

Amaba a su esposa Ana y lo que menos deseó era acentuarle el desconsuelo por la decisión tomada. Por eso le dolió tanto escuchar el agudo grito que profirió ella, segmentado por los escalones en sucesivos ecos, dilatado por los opacos pasillos de los pisos superiores del edificio, desde el sexto hasta el octavo.

Avanzó por el filo del muro estrecho, como un artista en frágil equilibrio, decidido a alcanzar el nirvana que lo liberara de las innumerables ataduras de la miseria.

Se sentó.

Se quitó el pantalón sucio y el calzado roto junto con los calcetines agujereados. Sintió que la delicia del día le suavizaba la traslúcida piel de los tobillos. Luego, ya descalzo, empujó con la punta del pie hacia el vacío todo lo que se había quitado y se quedó mirando, con la indolencia de lo inevitable, cómo desaparecían las ropas entre el follaje otoñal de los plátanos. La rueda de un camión aplastó uno de los zapatos caídos en medio de la calle.

Se arrancó de dos manotazos la camisa, infló el pecho aspirando el aire fresco de la tarde y llegó hasta el mástil galvanizado de la antena, que se elevaba por encima del muro gris de la terraza solitaria.

Todavía se acordaba del sueño: él estaba subido a la escalera recogiendo frutas en la plantación y su madre venía a pedirle un cajón de naranjas porque no tenía nada para comer. Esto lo puso aún más triste y tuvo la tentación repentina de escapar.

Hacía tres meses que estaba sin trabajo.

Anoche había sido la primera vez que no había encontrado comida en los tachos de basura. La inquietud le raspaba el estómago.

Por la madrugada estuvo dando vueltas, desvelado, por el interior de su departamento porque el bebé recién nacido había llorado toda la noche. Recordó

las ojeras de su esposa y el pecho flácido mojado de lágrimas.

Se aferró a las manijas y ascendió por el tubo.

Llegó al extremo.

Culminaba en una pieza circular más grande de lo que había imaginado. De un impulso subió, se paró sobre ella y giró como un bailarín estirando los dedos hacia las nubes. Sintió el contacto frío de la superficie metálica en las plantas de los pies.

Había llegado.

Estaba por encima de las cúpulas de la ciudad y su visión llegaba más allá de la arboleda apretada en la orilla del río. Entonces levantó el mentón con los ojos enfocados hacia el alto reino de las aves y recordó lo que había venido a hacer.

El aire le enfrió el pecho y el sol le calentó la espalda.

Un leve mareo le ganó a la estabilidad con la mordedura del vértigo. Luego de la evidencia del sonido brutal el silencio selló las fisuras del tiempo y el espacio. Se apagó el murmullo de las alcantarillas y su alma comenzó a ascender con la ingravidez de la bruma matinal, como el humo de las chimeneas. Una corriente de viento lo elevó como una pluma de pájaro entre los filetes del aire.

El cielo era suyo. Se había disipado, por fin, la angustia y el padecimiento de los últimos tiempos.

No bien salió a la azotea, Ana observó la camisa colgada en el extremo del mástil con curiosidad, ante la extraña coreografía de la tela bajo el capricho de la brisa. Pero de inmediato la mujer dejó a un lado su distracción momentánea y comenzó a recorrer, agitada, todos los rincones de la terraza en busca de su marido que, al parecer, se había esfumado como un fantasma. Se asomó hacia la calle y la palidez reemplazó el rubor de sus mejillas.

La pena, de repente, pareció invadir la plenitud de la tarde y, aunque la atmósfera estaba clara aún, el crepúsculo pugnó por empujar todas las cosas hacia

la oscuridad.

Ana apretó los labios para no gritar cuando reconoció el zapato porque al lado de él yacía, aplastado sobre el pavimento, el cuerpo desnudo y fatalmente desarticulado de su esposo.

Este relato pertenece al libro “Cielo rojo”

RAÚL ARIEL VICTORIANO

Argentina

Blog: <http://hastaqueelesplendorsemarchite.blogspot.com.ar/>

Facebook: <https://www.facebook.com/RaulArielVictoriano>

Instagram: https://www.instagram.com/raulariel_victoriano/



EL CUARTO DE LA TÍA

ENRIQUETA

MARINA SOSA

-D

espedite de la tía —me dijo mi viejo.

Todos se acercaron al cajón para besar su frente helada.

Ahora me tocaba.

Voy a hacerlo con cara de circunstancia como se debe,

entre olor a claveles, en ese cuarto oscuro que prepararon para que sea una sala mortuoria. Enriqueta hubiera estado muy feliz de ver a su familia sufrir y padecer de esa escena. La cama ya no estaba, tampoco esos horribles cortinados que adornaban el ventanal y el respaldo oscuro de su cama. Todo lo que formaba parte de ese cuarto a contra siglo había sido removido. Con esa tétrica luz violácea que permite apenas reconocer el piso de baldosas de un blanco percutido por el tiempo y los dibujos de esas hojas que parecen cucarachas.

Enriqueta me quería. Si tuve muñecas durante mi infancia fue gracias a ella. Claro que para tener el premio había que pagarlo quedándose a dormir con ella unos cuantos días y conociendo sus secretos.

Mi tía Enriqueta nunca tuvo hijos ni novios ni amantes ni amigos. En realidad, no era mi tía sino mi tía abuela y me atrevo a dudar si no fue mi tía bisabuela o tatarabuela. Es más, creo que nació vieja y amargada con ese rodete apretado con horquillas invisibles y esa ropa oscura marrón caca. Siempre marrón como los tonos de su habitación.

—La tía está muy sola —me decía mi viejo—, hay que acompañarla. No seas mala. Dale.

La culpa, la vieja culpa que paga.

Pero volviendo a Enriqueta, había que hacer el sacrificio. Nunca supe si además de sus manos, su cuello y su cara había más piel en su cuerpo. El camisón y la ropa de entrecasa como la de salir eran bastante similares. Nunca supe si usaba bombachas universales o tangas, corpiños con o sin bretel. Y eso que no quedaba otra que dormir con ella porque esa cama que el día de su velorio había sido desarmada y guardada en el cuarto de los despojos (así lo llamaba ella), era la única que había en la casa.

Un día la escuché llorar. Lloraba con congoja, lloraba para adentro, ahogando el llanto. Calculé que toda el agua que lloraba iba al mismo lugar donde guardaba, si tenía, el resto de la piel. Caminé desde el living hacia el cuarto, me paré unos segundos en el umbral de la puerta y desde allí la vi llorar de espaldas con un llanto mudo. Sabía que lloraba porque su espalda se agitaba encorvada.

Mientras lo hacía, se escuchaba con sonido metálico el Danubio azul y aunque no podía ver, sabía que delante de ella, junto a su cama, estaba la mesa de luz y que ella tenía sus manos dentro de uno de los cajones. Fue un segundo en que el tiempo pareció suspenderse, el vals de Strauss, la lluvia en esa tarde oscura que empezaba a golpear el tejado, mi tía que ponía a vibrar su traje de mármol.

La escena duró lo que Edgar, el gato negro de la tía Enriqueta, quiso. Me miró sobre el tocador un instante y dio un salto que no alcanzó para sortear el florero que dio contra el piso de las cucarachas y estalló en mil pedazos. Ella se sobresaltó, se escuchó un golpe seco como quien cierra una lata y antes de que pudiera voltearse a verme ya me había escondido en el baño.

—Graciélita, Graciélita.

Fingí no escucharla. Después le contesté que estaba en el baño.

Ir a la casa de mi tía Enriqueta era como entrar en una película de terror, sin embargo, desde ese día me dispuse a investigar. Por qué lloraba si no era ni tierna ni femenina ni maternal. Mi tía Enriqueta no era más, para mí hasta entonces, que una estatua de cementerio raída, mugrosa y desgastada por el tiempo y la falta de cuidado. Busqué excusas y pasé casi una temporada en su casa solo para llegar a su mesa de luz, a ese cajón donde suponía que debía haber una caja de música con algo que explicara el llanto de mi tía. No era fácil. Ella era muy celosa de todas sus cosas y yo le tenía miedo.

Una tarde alguien hizo sonar el llamador con fuerza. Mi tía se levantó calma y observó por la mirilla de la puerta. “Tengo que atender” me dijo. Abrió y salió. Entornó la puerta. Podía escuchar apenas la conversación.

Era el momento.

Corrí al cuarto. Me paré frente a la mesa de luz. Abrí el cajón: había una vieja caja de música. Tenía que ser rápida, no sabía si la música me iba a delatar. En una décima de segundo abrí y cerré la caja. Apreté en mi mano derecha el contenido. Cerré el cajón. Me volví hacia la puerta. No había nadie. Metí la mano derecha en el bolsillo de mi vestido y caminé hasta el living, desde ahí podría ver si mi tía seguía hablando. La puerta seguía entornada. “Dios mío”, pensé. El terror se apoderó de mí. Me temblaban las piernas y esa sensación horrible en la parte baja del abdomen. Corrí al baño y puse la traba.

—Graciélita —escuché.

—Tía, estoy en el baño.

—¿Vos estuviste en mi cuarto?

Entonces saqué de mi bolsillo el cuadradito de papel doblado bien prolijo. Lo abrí. Ella seguía hablando desde afuera pero ya no podía escuchar. Había un anillo de oro y ese cuadradito desplegado era una carta escrita en tinta china, con esas letras de viejo todas redonditas. Leí. “Lo siento, Enriqueta. Lo siento tanto.” Busqué en el anillo un nombre. Lo encontré.

—Graciélita, salí. —Mi tía lloraba. —Salí. Nunca le digas a nadie. Es un secreto. Podemos ir a una juguetería muy linda que hay en la Capital.

Desde entonces Enriqueta no dejó de hacerme regalos y yo dejé de tenerle miedo.

Voy a besar su frente helada nuevamente, con cara de circunstancia y antes de que cierren el cajón, en el brevísimo momento anterior a que lo sellen, voy a poner la caja de música con el cuadradito de papel que contiene el secreto con el que me aseguré que el testamento esté a mi nombre.

MARINA SOSA
Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/marina.sosa.5243/>



BEBERSE LA VIDA

LUCÍA OLIVÁN
SANTALIESTRA

Barcelona, verano de 2010.

Si algo caracteriza mi vida son los días de juergas infinitas, risas y borracheras sin descanso en los bares barceloneses. La Ciudad Condal es un hervidero de discotecas, mucha marcha y entretenimiento. Puedo disfrutar de una noche en un piso viejo lleno de estudiantes en el Raval o pasear por las noches desde el barrio de Gracia hasta el puerto Olímpico bebiéndome la vida acompañada de algún amigo que siempre está dispuesto a escucharme. Me ha costado darme cuenta, pero tengo muchos chicos que revolotean siempre a mi alrededor, aunque esto no me importe demasiado. Dicen que tengo encanto, pero yo no lo creo. Vivo la vida al límite, como si no hubiera un día después. A mis veinticinco años parezco decidida, risueña y feliz. Y esta manera de actuar solo te la debo a ti, Sofía.

Hace cinco años que no piso aquel lugar, hasta hoy. Trieste guarda para mí los recuerdos más bonitos y tiernos de esos primeros años en el que una deja de ser una niña. El primer cigarrillo, ese primer beso, las noches de confidencias hablando a oscuras de amores y desamores en el dormitorio o las horas en el cuarto de baño maquillándonos para parecer unas adultas frente a los chicos mayores pese a haber cumplido apenas trece años...

Me he vuelto a montar en el autobús que lleva haciendo la misma línea Barcelona-Huesca con parada en Trieste desde tiempos inmemorables. Un hormigueo de emoción ha recorrido de nuevo mi cuerpo como cuando era adolescente y me disponía a viajar cada verano para pasar las mejores semanas del año. Otra vez me ha invadido ese desagradable olor a gasolina en los garajes donde el autobús para a dejar a gente en los pueblos principales. He escuchado también con melancolía, como aquel que revive una escena pasada hace muchos años, al malhumorado conductor soltando improperios a la gente que se queda rezagada porque tarda en bajar en las paradas de turno. Y he soportado estoicamente los vaivenes de una conducción torpe por las estrechas carreteras

que se adentran en el Pirineo aragonés, pues yo siempre me he mareado en coche, ya lo sabes.

Hoy hace exactamente cinco años.

Trieste nunca fue un pueblo grande, pero siempre tuvo encanto. Cuando me he bajado del autobús en seguida he vislumbrado la calle principal, ese paseo ancho y empedrado por donde salíamos vestidas toda la pandilla con el uniforme de las fiestas, riéndonos, bailando al compás de la charanga en un desfile lleno de ruido, calor y olor a vino. Gritábamos en coro a los vecinos eso de “No seas rata, que el agua va barata” y otras cosas que se decían en los veranos de los noventa. Fumábamos cigarrillos compartiendo un paquete entre cuatro o cinco, que comprábamos a escondidas en el estanco de la esquina. Bebíamos calimocho y hacíamos nuestros primeros cubatas en el local que nos dejaban los padres de la Loli, ese garaje que entre todas las amigas acondicionamos especialmente para la fiesta, y que se llenaba todas las noches de amigos de otros grupos, que a su vez nos invitaban a sus peñas. Y así pasábamos verbena tras verbena recorriendo lugares hasta el amanecer.

Escuchábamos música tecno, pero también Offspring y música *heavy*, pues éramos muy modernas. Y en la discomóvil del último día de la fiesta nos poníamos a bailar en el escenario, acompañando a los pinchadiscos, como otras muchas chicas que se turnaban por ser las protagonistas de la fiesta durante unos minutos, con el pavo bien subido por haber robado a los mayores alguna mirada o piropo.

Hoy hace exactamente cinco años.

Cerca de la calle principal he podido ver el hostel de tus padres. Tiene un aspecto algo fantasmal, abandonado, pero todavía conserva bien su estructura. Tus padres ya no regentan el negocio desde hace un tiempo. ¿Cuántas veces estuvimos allí recibiendo a turistas que se alojaban, mostrándoles habitaciones e informándoles de lugares para visitar en las cercanías? Nos encantaba, aunque tú tuvieras que seguir trabajando el resto del año allí, compaginándolo con el

instituto, eso me decías en las cartas que nos escribíamos a lo largo del año. Un negocio familiar exige mucho sacrificio, me comentabas. Y a mí me costaba entenderlo, pues no se me ocurría nada mejor que pasar todas las horas posibles allí en el hostel, contigo, en Trieste. Ninguna opción me atraía más que disfrutar de las fiestas, del verano, alejada de la soledad de una casa acomodada pero casi siempre vacía y de una ciudad que se me antojaba anónima y cruel.

Hacíamos una extraña pareja. La hija de los del hostel y su amiga de Barcelona; la chica currante y algo deslenguada de pueblo y la urbanita pija y algo introvertida de la Ciudad Condal. Tú siempre tenías las ideas más locas, y yo simplemente te seguía. Ni mi ropa cara y de marca eran un problema para ti (apenas reparé en aquellas miradas furtivas cuando te enseñaba mis nuevos atuendos que no acerté a comprender hasta mucho tiempo después), ni tus comentarios ácidos hacia mi timidez y cierta dependencia hacia ti los tenía en cuenta (pero en el fondo sí me importaban, aunque solo me atreví a reconocerlo más tarde, como muchas otras cosas).

No sé cuándo empezamos a alejarnos la una de la otra. ¿Sería a eso de cumplidos los dieciocho años? ¿O fue algo más tarde? Fuimos creciendo y, a medida que lo hacíamos, parecía que una distancia nos iba separando y empujando a llevar caminos completamente distintos. O esas fueron las razones que tú ibas diciendo a unos y otros en Trieste y yo a mí misma en la Ciudad Condal. Aunque claro, que me dejaras de responder al teléfono y a mis cartas no ayudó. De tu repentina frialdad y tus evasivas, de ese momento exacto, sí que me acuerdo yo. Tú también.

Hoy hace exactamente cinco años.

Volví a Trieste con el coche una tarde intempestiva de invierno con la intención de pasar unas horas y volver. Solo quería que hablaras conmigo. Ansiaba conseguir alguna explicación que dejara de atormentar mi cabeza durante aquellos meses de silencios desde aquella última noche que nos vimos, en la que te encerraste en ti misma para siempre. Me costaba dormir desde entonces. Y un

nudo de dudas me ahogaba demasiado como para continuar en una Barcelona que ya de por sí siempre me había asfixiado. Como recibimiento solo recuerdo tu mirada dura y fría al encontrarte conmigo, que me atravesó por todos los lados y me hizo temblar aún más. Y, pese a que subiste al coche, todo en tu expresión mostraba hermetismo y aislamiento.

Te quise explicar que solo había sido un beso, furtivo, rápido. Que se me escapó. Y mis ojos suplicaban por favor que desapareciera aquel desprecio en los tuyos, que tú tampoco lo habías rechazado por unos instantes. Ni lo que vino después. Y en ese momento comprendí que siempre habías sospechado que esa devoción que nos teníamos la una a la otra siempre había sido algo más, pero que aceptar eso no era fácil para ti. Para mí tampoco.

Hoy hace exactamente cinco años.

No tuviste clemencia. La desaprobación y el miedo aparecían reflejados en tus ojos y te bajaron a la boca en forma de un frío y cortante “Por favor, no vengas a Trieste más”. Revelarse y mostrarse uno a sí mismo tal y como es, aunque al principio defraude; desnudar los propios sentimientos y dejarlos que afloren a la superficie, donde pueden ser vulnerados: todo eso exige coraje. Y a ti el pánico te paralizó.

Entonces yo hice repentinamente ese giro brusco inconsciente que me hizo perder el control del volante.

Hoy hace exactamente cinco años.

Finalmente me he dirigido hoy a aquel lugar que durante tanto tiempo he querido evitar. Con manos temblorosas he empujado la verja del cementerio y me he adentrado para contemplar tu tumba. Hay flores secas. Hace meses que no pasan a cambiarlas. El tiempo no siempre cura las heridas con las que la culpa nos castiga.

Por eso me bebo la vida como puedo, saliendo al máximo, huyendo de ese dolor y esa carga de conciencia que me consumen por dentro desde entonces.

La náusea y los vértigos me vuelven a invadir, como cada mañana cuando

me levanto y pienso en ti, como cada noche antes de acostarme en la soledad de mi habitación y las imágenes del accidente vuelven a invadir involuntariamente mi mente, torturándome una vez más.

Esta noche volveré a salir.

LUCÍA OLIVÁN SANTALIESTRA
España



REALISMO MANIÁTICO

JOSÉ LUIS VELARDE

La manta extendida sobre la cama muestra un paisaje africano. Los animales se manifiestan vitales, inquietos. El león corre entre el pelo enmarañado de la persona tirada en el Valle del Serengueti. Las cebras galopan más allá de los pastizales y perfilan un brazo descolorido que interrumpe la llanura. Los buitres acechan la oportunidad de remontarse en la atmósfera brillante y cálida que solo puede repetirse en el Mediterráneo y en el Noreste de México. La luz que entra por la ventana del poniente, aunque filtrada por una malla mosquitera, deslumbra a las hienas que chillan furiosas y enardece a los insectos que se acercan a la cama que ocupa la mayor parte del recinto miserable. Afuera, un niño intenta elevar una cometa azul en el aire inmóvil y dos muchachas caminan con sobresaltos por la calle sin pavimentar.

El mediodía de mayo agobia a la gente, la aturde, la deja cansada y sin afanes curiosos. Hasta ahora, son muchos los que han pasado frente al cuarto del muerto, sin percibir que las moscas se incrementaron en el vecindario construido al oriente de la ciudad. Son tantas que quizá se volvieron invisibles. Nadie parece molestarse por el zumbido que ha convertido a la vivienda en un panal; una colmena que vibra constante, como la música que surge de la radiograbadora portátil de un hombre que se embriaga sentado en el cordón de la banqueta. A sus pies, transcurren las hormigas, las piedras y la maleza descolorida por el sol. La melodía habla de un abandono terminal; de una vida condenada a la pena por el amor que se interrumpe sin aviso. La voz del intérprete imita el maullido de los gatos, se escurre por los tejados de palma que abundan en los alrededores, intenta ser aguda y dar explicaciones válidas para la pérdida inenarrable, aunque sea incapaz de encontrar la justificación que alivie al hombre consternado.

No hay demasiados muebles en la habitación austera. Una mesa de plástico blanco, un par de sillas del mismo material, la hornilla de petróleo, el ropero de

madera frágil y apolillada que el barniz no pudo restaurar, antes de ser cubierto por los carteles a los que el sol también volvió quebradizos. La cama, en cambio, soportó los embates luminosos; los que entraban por el cristal y los que hacían olvidar las pesadillas cuando la mujer aún no se marchaba. Resistió el maltrato y, tras el abandono, fue cuidada con la pulcritud que solo se permiten los que aman. Las sábanas limpias, tersas como la superficie de un mar utópico a salvo del oleaje, se acostumbraron a permanecer inmaculadas.

El hombre sentado en la calle extiende las piernas, se flexiona como si fuera a incorporarse, detiene el impulso e inhala el humo del cigarrillo que ya le quema los dedos. Bizquea ante el sol, bebe a morro el último sorbo de una cerveza cálida y se desploma de frente. El polvo cubre de prisa los rasguños del rostro y las heridas abiertas en la mano derecha por la botella, rota al caer. El derrumbado advierte que se acercan dos muchachas. Son bonitas, les habla con voz muy suave y se desespera al no conseguir que lo miren. No pretende molestarlas ni enamorarse de ellas, solo desea que no se vayan tan de prisa y se arrastra entre los surcos abiertos por las ruedas de los vehículos que pasan de vez en cuando. Las muchachas se alejan, una de ellas sonríe y el hombre evoca otra sonrisa extraviada que le permite levantarse y caminar hacia el niño del papalote. El pequeño sujeta un cordel de cáñamo y corre por la llanura para tensarlo. Intenta elevar el juguete formado con tiras de carrizo; papel de china, papel engomado y cola de trapos viejos, a la vez que se aproxima a la radiograbadora solitaria. Al llegar junto a ella, la mira curioso, se encorva, incrementa el volumen y sintoniza otra estación donde un grupo norteño narra, para la audiencia de la amplitud modulada, la historia de un hombre triste. El sol ya le incomoda y decide marcharse con el aparato. El hombre cubierto de sangre pretende detenerlo, grita furioso, pero la voz se resquebraja cuando su dueño tropieza con una piedra que encubre alacranes y tarántulas.

El suelo es una caricia antes de volverse quemadura.

La piel se ulcera, se calienta y provoca malestar. La sangre se derrama como si fuera un bálsamo atroz. Se mezcla con el polvo y atrae la atención de las moscas que descienden con la luz solar. El hombre camina sin prisa. Cruza un campo de futbol donde se afanan algunos muchachos en controlar una pelota huidiza en el terreno inconstante. No escuchan la historia del que también quiso ser jugador profesional y alguna vez se presentó a entrenar con el equipo de tercera división de la ciudad envuelta por la calidez del verano perpetuo. No lo advierten, pero al hombre no le importa, sigue adelante, corta camino por los terrenos baldíos unificados por las hondonadas y los matorrales. Habla de sus recuerdos con voz queda. La casa; el cuarto de ladrillos sin revestir, los arreglos que llegarían con la partida al Norte y la frontera convertida en la trampa que se robó los ahorros. La casa; el baño sin drenaje, el regreso infructuoso, los pinos sembrados en Wyoming durante las nevadas del invierno y la soledad que lo impulsa hasta la cama donde desciende sobre una manta tersa que muestra un paisaje africano.

Un rebaño de gacelas permanece junto al lago enrojecido que se extiende debajo de una mano muy pálida. El sol inquieta a dos elefantes que se refugian en la sombra que el cuerpo derrama para disminuir los colores intensos de la jungla. En la pared, de ladrillo irregular, cuelga una fotografía instantánea que se desdibuja a diario. El mediodía intensifica la temperatura y el calor se vuelve insoportable, como la tarde en que el hombre y la mujer fueron retratados en una playa tamaulipeca. Miraban hacia el poniente. Ahora parece que ambos observan al hombre yerto a pesar del polvo que los cubre a todos. Una música imprecisa atraviesa la ventana. El niño ha olvidado el papalote y juega, sentado en una piedra, a manipular la radiograbadora recién adquirida. No le molesta el sol, pero la brillantez del cielo le hace entrecerrar los ojos pardos. Intenta sintonizar la estación radiofónica donde se programa con frecuencia la canción dedicada a un hombre solitario. Sonríe para sí mismo, al imaginar que el intérprete es un gato

que maúlla bajo la luz de la luna. No percibe a las dos muchachas que caminan hacia el poniente. Más allá del campo de futbol y del horizonte infinito.

El aire permanece inmóvil aunque en las alturas haya comenzado a agitarse el viento. Los buitres se desprenden de la jungla y se confunden con las moscas. Revolotean sobre la cama y se elevan más allá del hombre muerto en el Valle del Serengeti.

Nadie lo advierte.

JOSÉ LUIS VELARDE

México

Página WEB: [Literatura virtual](#)



HACIA EL FONDO

RAFAEL AVENDAVAL

Jacob recibe la caída del sol con un agradecido suspiro. Los brazos, aún tensos, no le dan para remar. A él tampoco le apetece hacerlo. ¿Por qué Beatriz estará tan silenciosa? Silenciosos, también, permanecen el río Sicar y sus alrededores —sobre todo sus alrededores. Es como si toda la selva, que atrapa en espacio y estruendos por ambos lados la ruta del agua, hubiera hecho un pacto secreto para torturarlo con el vacío.

—¿Por qué no respondes, Beatriz?

La pregunta cae, ignorada. Jacob sigue el ejemplo tumbándose sobre la canoa. Quizá Beatriz —la etérea— no responde porque aún duerme en lo profundo. Pero Jacob no duda que cuando ella descubra aquello, en ese instante estallará en verde alegría. Con un suspiro más hondo, él se deja engullir por los recuerdos; no por culpa, sino por placer.

Habrán pasado alrededor de cuatro horas... El objetivo: el hijo mayor del hacendado Víctor Marcencio. Las pruebas: testigos que luego callaron, y chismes que nunca serán denuncias.

Jacob recuerda con amarga sonrisa el dilema de esta mañana: ¿cómo obliga un hombre ya entrado en sus cincuenta a un atlético jovencito a entrar en un coche? Pensó en drogar, y lo descartó por el trabajo que implicaba. Luego, en convencer. No, Alberto Marcencio ya le conocía el rostro. Además, en la prolongación del diálogo podía aparecer cualquier testigo. Recorriendo el pasillo del pequeño apartamento, Jacob descubrió, asomada bajo la cama de Beatriz, la consola Polystation —obsequio del último diciembre. La sonrisa que ya se le empezaba a dibujar se transformó en carcajadas a bajo volumen cuando comprobó, al agacharse, que la pistola para Duck Hunt estaba allí.

Durante años, Jacob ha trabajado en su taxi jornada completa. Sabe que Beatriz, tras llegar del colegio, no siempre se quedaba en casa durante la tarde. Lo grave: ella sufría de exceso de confianza hacia los conocidos.

Cuando hay temporada de turistas, Jacob se hace una fortuna. Estos inundan el centro, y espantan a los habitantes. Un efecto curioso es el escenario

vacío que dejan ahí durante los jueves, al mediodía, cuando la mayoría almuerza. Alberto Marcencio acostumbraba a recorrer el centro entre martes y viernes para resolverles unas vueltas al papá. Los otros días recorría la periferia, según se dice, en busca de jovencitas; lo cual no descartaba su diversión en el centro. Hoy jueves, Jacob lo vio entrar a una casona, cuya función es la de ser habitada por poco tiempo. Horas, cuartos de hora, o algunos escasos minutos; lo que dure el cliente. Jacob esperó en su taxi desde una esquina con distancia prudente. Menos de un cuarto de hora. Al verlo salir en dirección contraria al taxi, a Jacob lo inmovilizó un vértigo. La pistola se tambaleaba con la mano. El resto del cuerpo inmóvil... Jacob agradece a Beatriz, porque está seguro de que fue ella quien lo alentó. El llamado fue súbito, un fogonazo acústico desde la selva que rodea a Ascidia. Su forma fue una mutación del roce del viento con las hojas a grito. “¡Papá!”. Jacob salió del vehículo con la camiseta abierta, sobresaliéndole más allá de la correa; ocultando el arma. En el avance, los pasos de Jacob se hicieron más ruidosos. Tanto que, al estar a punto de llegar a su presa, esta hizo amague de voltear hacia atrás. Pero la boquilla de la Duck Hunter fue más veloz.

—No se mueva o se muere.

—Atrás... —Carraspeó Alberto en tembloroso ritmo—. Tengo plata en el bolsillo de atrás.

—Cállese o disparo. Dé la vuelta, y no me mire —Alberto obedeció—. Siga caminando hasta el taxi de allá. Y no se le ocurra abrir la boca —Jacob acompañó la amenaza con un empuje del arma contra la espalda.

Al llegar a la puerta, Jacob resolvió el problema de la inconsciencia con un codazo en la nuca. El cuerpo atlético se desplomó sobre la puerta entreabierta. Jacob consideró aquello como prueba de que, entre otras cosas, el físico de Alberto era una farsa.

Varios metros de cinta adhesiva se encargaron de censurar el movimiento de los brazos y piernas. La boca permaneció destapada. Jacob se ríe, por enojo y placer.

—¿Se... Señor Jacobo? —preguntó el individuo.

—Jacob —Miró a Alberto por el retrovisor, acusándolo con el brillo de los ojos—. Veo que me reconoces. Entonces sabrás por qué estás aquí.

Los ojos del muchacho se abrieron hasta el límite. Luego, comenzaron los gritos de ayuda.

—Cómo se nota que no conoces tus propias tierras, Albertico. Grita cuanto quieras, si lo que quieres es que vengan los animales del monte y te coman vivo cuando te saque del taxi.

—Por favor..., no sé por qué... Por favor, señor Jacob.

—Sí lo sabes. Te vieron con ella el día en que desapareció —Jacob comprobó que el muchacho se hacía el desentendido, suplicando y llorando—. No te imaginas lo horrible que fue verla así... Flotando, verde, hinchada.

Al final del trayecto, una canoa los esperaba a la orilla del río. Dentro de ella, anclas de piedra. Jacob arrastró con considerable esfuerzo a Alberto, quien, entre tanta maraña de cinta, apenas si se movía. La garganta del chico se delataba desgastada.

Un canto está emergiendo desde la selva. Las hojas tintinean, algunas incluso bailan con el viento. Jacob se levanta, y mira hacia el agua parda.

—¿Estás feliz mi niña? —Jacob apoya todo su peso en un borde—. No saldrá jamás de su prisión. Es tuyo para toda la eternidad. Tu juguete... Como tú lo fuiste de él.

Y el río estremece la canoa, la equilibra. Ahora, el canto desde la selva es a viva voz.

Jacob se relaja, no se preocupa por la policía. Su trabajo fue más limpio que el de los matones de Víctor Marcencio. Y si la violencia del hacendado quisiera tomar venganza contra él... Eso le resulta irrelevante. Toma los remos y estremece las aguas. Aunque lo maten, esa oscura satisfacción ya nadie puede arrebatársela.

RAFAEL AVENDAVAL

Colombia

Instagram: [@rafaelavendaval](https://www.instagram.com/rafaelavendaval)

Twitter: [@rafaelavendaval](https://twitter.com/rafaelavendaval)

Blog: rafaelavendaval.blogspot.com



COMIENZO

ADÁN ECHEVERRÍA

Miras indiferente por el agujero de la pistola. Desde este plano puedes ver el perímetro del tubo. En su oscuridad pretendes alcanzar los recuerdos que, convertidos en manojo de luciérnagas, encandilan los instantes de rabia que atravesaban tu vida, cada noche cuando ella se retorció las manos esperando salieras de las crisis depresivas que te despertaban el instinto de fiera, y conducían los dedos hacia el cuchillo, para trazar sobre el brazo líneas de sangre, simulando agallas enrojecidas de algún pez muerto, o incluso te empujaban a tirarle golpes a las paredes y las puertas, causándote heridas superficiales en los nudillos. Todo por la impotencia de controlar los celos.

Observas tu carne adherirse al metal del arma. Colocas de tal manera el instrumento en la mano hasta sentir que son la misma cosa, combinación de elementos que los conforman: un solo material viscoso, un miembro transformándose en otro para ser parte del mismo.

Introduces el metal a la boca y lo asientas sobre la lengua. Las imágenes corren vertiginosas, indescifrables, a través de tu mirada en el vacío. Tu mente las genera: son una cascada arrastrando el miedo que te inspira la ley y su terrible justicia; el dolor del cuerpo de ella precipitando lágrimas, que como un ácido van desfigurando el rostro.

No puedes aceptar que hayas sido tú el que causó esas heridas a la mujer que amas, indelebles marcas que sobrepasarán el tiempo, esa desfiguración que le impusiste. Y en el caleidoscopio de escenas que fabrica la mente, el cuerpo, carne flácida, inerte, de aquel tipo sin nombre, sin historia, con quien la encontraste. Ese animal que quiso atreverse a tus dominios, que intentó adentrarse para atrapar a tu hembra, y te ha hecho convertirte en la imagen de furia que atesoras.

No hay sonidos. Habían, pero la concentración sobre la mano que se transforma, con lentitud, con decisión, te han hecho dejar de escuchar aquellos golpes diminutos, angustiados gritos que esperan al otro lado de la puerta, afuera del cuarto donde te escondes. Este cuarto iluminado por ventanas amplias, con las

paredes repletas por las fotografías que te sacaste con ella, los mismos muebles y los rincones que te proporcionan paz: estas en casa.

La luz filtra constante y, sobre los ojos, desboca el resplandor. Su calor te atraviesa y los estertores de los músculos, con el sudor espeso que mana de tus poros, producto de la huida, ceden.

Todo está quieto, solo percibes el movimiento de tu mano recorriendo el arma. Lejos han quedado el cadáver del amante y los pedazos marcados del rostro de ella que tanto te gustaba. Sabes que no hay otra salida y estás decidido a comenzar de nuevo, a renacer. El sabor acre del fierro helado hace que tu lengua recorra el cañón para calentarlo. Como si al pasar el proyectil la temperatura no fuera suficiente. El cerebro lanza las últimas indicaciones al miembro mutado y se activa el gatillo.

Del otro lado de la puerta (tan pequeña ahora) los gritos y los golpes arrecian hasta hacerla ceder. Las personas entran en estampida: unas con la cara descompuesta por las lágrimas, otras con el rencor y el enojo palpitando en la frente.

Ella viene con ellos, afligida, con el rostro sin marcas, limpio, sin sangre, ni huellas en la piel. Los contemplas a todos desde cada ángulo, desde todas partes. Intentas contener la luz que escapa de tus ojos. Visualizar las voces, enfocar sus manos. Todos revolotean a tu alrededor. Los observas precipitarse sobre el envase de tu cuerpo, como aves de rapiña, sacudirlo en busca del brillo en tu mirada. Pero no hay nadie más. Las amplias ventanas de la habitación en que te refugiaste se abren con el viento. Eres ese vendaval de emociones que en espirales gira sobre tu cadáver. Preso ante la luz que filtra.

ADÁN ECHEVERRÍA
México



ESPANTAPÁJAROS

J. R. SPINOZA

¡Q

quieres saber cómo terminé aquí? Fue a causa de los cuervos. ¡Vaya que son listos! ¡No! ¡No me pongas esa cara! Esto sucedió antes de que nacieras... ¡Ven, pósate sobre mi hombro! Te contaré la historia. ¿Dónde estaba? Ah, sí... ¡Ustedes son muy listos! Una vez vi un documental acerca de una parvada como la tuya que imitaba el aullido de los lobos. ¿El motivo? El lobo llegaba a la zona y capturaba a la presa que la parvada había visto y, luego de comer, dejaba la mesa lista para ellos.

Los cuervos son como nosotros, omnívoros y oportunistas, comen de todo y, por eso, al llegar al rancho del abuelo Hermes, no me sorprendió que intentaran comerse el maíz. Lo que me pareció increíble fue que un viejo y descolorido espantapájaros los mantuviera a raya. Digo, se supone que son tan inteligentes como para recordar rostros y hacer funerales a sus muertos. ¿Acaso, no se dan cuenta que aquel muñeco clavado en la tierra no puede hacerles ningún daño?

Eso mismo se lo pregunté un día al abuelo mientras veía por la ventana cómo uno de ustedes descendía en diagonal y frenaba en el último momento, a pocos centímetros del espantapájaros. Las plumas negras se encrespaban y pareció detener el viento. El cuervo hizo una elegante maniobra y dio media vuelta hasta posarse en un deshojado algarrobo, el más cercano al maizal y ahí se quedó...

—*Tal vez no sean tan listos, no creas todo lo que dicen en la televisión. Una cosa sí te digo, de vez en cuando aparece uno muerto. Cuando eso sucede, los demás se reúnen alrededor del árbol, como si le estuvieran haciendo un velorio.*

—*¿Y por qué se mueren? ¿Tienen algún depredador por los alrededores?*

—*Ya te lo dije, chico, no son tan listos.*

Quien sí parece muy listo es el abuelo Hermes. Agricultor de maíz, tiene un rancho muy grande y tres camionetas: una para trabajo forzado, otra para ir a la ciudad y una muy lujosa que rentaba para las fiestas de las quinceañeras y las

novias del pueblo.

Habían pasado seis meses desde la muerte de mis padres, cinco desde que me había mudado con mi abuelo. De hecho, pasé un mes en el orfanato —un lugar donde viven los niños que no tienen familia—. Al parecer, el anciano tuvo que hacer mucho papeleo para poder tener mi custodia, una custodia es... bueno, no importa, la cosa es que el abuelo tiene dinero, mucho dinero. Su casa es del tamaño de ocho casas de la ciudad y su televisor es más grande que una puerta. Un televisor es... bueno, no es tan importante, el punto es que vive bien. Era natural pensar que quería compartir su riqueza con su único familiar vivo.

Antes de esto, me gustaba vivir en el rancho. En primer lugar, el abuelo no creía en la escuela, así que no me obligaba a ir. Inclusive, llegué a pensar que en un futuro me heredaría sus bienes, así que aprendía con mucho gusto las labores del campo. Por la mañana revisaba las gallinas y tomaba algunos huevos frescos para el almuerzo. Después ordeñaba a Gertrudis, le ataba las patas, luego arrimaba un banquito y un par de baldes de metal. Por último, enjuagaba sus ubres y después bombeaba. La primera vez me dio mucho asco, pero con el tiempo se hizo algo automático.

El abuelo preparaba el almuerzo, casi siempre eran huevos con frijoles, aunque de vez en cuando desayunábamos cereal. Decía que debía comer bien para crecer muy alto y fuerte. Acostumbraba darme una segunda ración que siempre aceptaba con gusto. Por la tarde podía jugar videojuegos o escuchar música en mi habitación.

A veces, el abuelo se iba y me quedaba solo en la casa. No me daba miedo. A las seis era hora de recoger leña y el abuelo me había asignado, como parte de mis deberes, llenar dos carretas de leña cada segundo día.

Lo único que me molestaba un poco era la hora de dormir, el viejo era muy estricto con eso. A las 8:12 pm, hora en que caía la noche, debía estar en mi habitación y no bajar para nada hasta el día siguiente. No había justificación alguna porque mi cuarto tenía baño, así que no necesitaba nada de abajo.

La noche en que todo esto me pasó, yo estaba recostado en mi cama, con mi mano entre las piernas, pensando en Dove Cameron, cuando algo chocó contra mi ventana. Me levanté de golpe y corrí hacia ella. Un ave negra se aproximaba al suelo y justo antes de tocarlo, desapareció. Me tallé los ojos y miré nuevamente, no había error, el cuervo chocó con mi ventana, cayó y se esfumó, como si se lo hubiera tragado el mismo viento.

Salí de mi habitación descalzo, poniendo especial cuidado de no hacer ruido al bajar las escaleras. Cuando estuve en el recibidor, tomé la llave del portallavero y abrí la puerta. La cerré lo más despacio que pude. El suelo estaba cubierto por una especie de niebla color negro que no dejaba ver el pasto. Apenas bajé el escalón que separaba la casa del patio, perdí los colores. Todo el mundo era blanco y negro. Temeroso, volví a subir. Debí haber entrado en la casa, debí haber subido las escaleras y debí hacer como si no hubiese visto nada, pero no fue lo que hice. Volví a bajar. Caminé por ese mundo sin color. Pronto me di cuenta de que tampoco había sonido, no escuchaba el viento, ni el trinar de los grillos. Solo... graznidos. Sobre mí volaba una parvada de cuervos. Descendieron y, coordinados, volaron a mi lado, hasta llegar al espantapájaros. No parecían tenerle miedo. Incluso algunos se posaron en sus brazos. Me acerqué para verlos mejor. Descubrí que el maizal había desaparecido. No había nada, salvo la casa, los cuervos y el espantapájaros.

—*¡Hola!*

—*¿Quién ha dicho eso?*

—*Soy yo* — el espantapájaros acababa de mover su boca.

—*¿Tú...?*

—*Mi nombre es Atlas, ¿quién eres tú?*

—*Soy Pirítoo.*

—*Es un extraño nombre, ¿acaso tus padres no te querían?*

—*Mis padres murieron.*

—*Lo siento mucho* —dijo y noté que había sinceridad en la disculpa del

espantapájaros, quien no podía mover los brazos, pero agachó la cabeza un poco.

—*Ahora vivo con el abuelo Hermes.*

—*Ese no es tu abuelo, ni siquiera es un hombre.*

—*¿A qué te refieres?*

—*¡Libérame y te lo diré!*

—*¿Liberarte?*

—*Desata mis manos y pies.*

Obedecí. El espantapájaros bajó de la cruz. Me sonrió y comenzó a desvanecerse.

—*¡Corre!* —Viré. Un demonio gordo y gris, con garras en manos y pies, estaba junto a la casa. Corrí, corrí por última vez con todas mis fuerzas.

—*Pero te alcanzó.*

—*Sí, me alcanzó.*

—*¿Qué te hizo después?*

—*Bueno, esa es una historia para otra ocasión. Amanecerá pronto.*

—*¿Recuerdas qué pasa cuándo amanece?*

El pequeño Hugin abandonó mi hombro y voló hacia el algarrobo.

—*Algún día traerá otro niño y necesitaré tu ayuda.*

J . R . SPINOZA

México

Facebook: <https://www.facebook.com/escritorspinoza/>



LAS PUERTAS TAMBIÉN OYEN

BALTASAR BOTAVARA

«... **A**mor —dijo—: yo sé que es difícil, pero por fin somos libres; pasó lo que tenía que pasar, y tenía que pasar así... Sí, qué lástima, pero, si no era él, éramos nosotros; él no se hubiera quedado así como así; también tenía amigos. Ra... Bueno, bueno, sí, tu marido... él tampoco era un santo... ¿Qué no? Nos hubiera buscado por cielo y tierra, él era todo violento. ¿Tú que crees que habría hecho cuando se diera cuenta? No había otra opción... ¿No me dijiste muchas veces que querías eso?... Sí, que estoy solo y nadie me está escuchando... Pero, entonces, aquí, solo para los dos, al oído: tú me amas, ¿cierto?... Por eso, ahora lo que toca es seguir como habíamos dicho... Por eso, por eso, mi amor, tú, tranquila... Pero ¿sí me amas?... Es que a veces te portas como toda... Sí, yo también te amo, y por eso hicimos lo que hicimos... ¿Cómo así?, ¿ahora salí a deberle?... Ese no es mi problema; además, ni siquiera la mencionan en eso... Si cogieron al Primo debió de ser porque estaba turro; pero fresca, usted mejor relájese; además, él sabe que... No me venga ahora con esos cuentos; lo hubiera pensado mejor antes de meterse en esto... No se me va a marear... Que sí, que sí estoy solo, ¿cuántas veces me lo va a preguntar?... Sí, pero déjeme hablar... Venga... ¿A lo bien? ... Por eso, los regalos ya los vendí, y si los quiere, vaya y pídaselos al Mono, pero la vuelta se pagó con esa plata, porque el muñeco salió caribe... Usted sabe que yo no lo hice por eso. Si quiere le consigo la plata, pero no le puedo resucitar a su marido... Venga, Sandra, usted no me va a dejar engrampado con esto; le recuerdo que aquí estamos untados los dos hasta el... Entonces no se hubiera metido conmigo. Ese muerto no lo carga solo miguelito, no, señora... Por eso, por eso, lo hecho, hecho está, y ese man está frío como el hielo... Pues no me importa que me escuchen, porque yo no me voy a dejar enguacalar otra vez, ni por Ramiro ni por usted ni por nadie. ¿Le quedó claro? ... Déjeme Sánchez, porque usted no me va a... Venga le digo, Sandra Rodríguez —¿o era Sánchez?—, escúcheme bien porque no repito: si usted abre la boca, yo soy capaz de... Ya, ya, no llores... Ya, ya... Ya, no quise

hablarte así, yo te amo, pero tú también me pones nervioso, y cuando me pongo nervioso... Esto también es difícil para mí... Sí, amor... Pase lo que pase; hoy, mañana y siempre... ¿Me amas?... Bueno, entonces pórtate bien, cierra la boquita y hazme caso en todo lo que te diga... Ya pasó, ya pasó... Sí, amor, que sí, sí estoy solo... yo te llamo más tarde, cuando salga del trabajo... Descansa, corazón... Mañana nos vemos... Te amo».

Y justo en ese momento, sin él esperarlo y sin yo premeditarlo, abrí la puerta, como quien no quiere la cosa. A ese muchacho lo he visto pasar varias veces por ahí, creo que trabaja en la notaría de la vuelta.

Y eso es de lo que me acuerdo de eso que oí acerca de un tal Ramiro, que creo que es el mismo Ramiro que salió bien muerto en el periódico. Y si no me cree, mi puerta también lo escuchó, comisario.

BALTASAR BOTAVARA
Colombia



EL DESCONOCIDO

DANNY NAVARRETE

Cada vez que podía, pasaba un rato al Parque O'Higgins y me sentaba en el pasto a mirar en silencio a las muchas personas que circulaban por la Elipse y sus alrededores. Lo único que necesitaba era mi celular cargado de música y mis audífonos para relajarme y echar a volar mis ideas por horas.

Sin embargo, esa tarde algo inusual interrumpió mis pensamientos, apenas unos segundos después de que mis ojos se fijaran en un niño pequeño que acababa de caer de su bicicleta por chocar de frente con un peatón distraído.

—Uno se siente insignificante al pensar en las posibilidades, ¿no es así?

Un hombre estaba de pie junto a mí. Tenía un aspecto muy descuidado, con una larga y holgada gabardina que le llegaba hasta poco más debajo de la rodilla. Usaba unos viejos y sucios botines que no se tomó la molestia de amarrar y solo alcancé a distinguir unos desgastados pantalones de tela que alguna vez debieron ser marrones. La barba crecía en desordenados e irregulares manchones de pelo por todo su rostro, mientras que el poco cabello que todavía le quedaba había adquirido ya el plateado tono de los sesenta o sesenta y cinco años que le calculaba.

De todos modos, tenía algo que me resultaba peculiarmente familiar. Algo en sus ojos cansados o en su mueca de fastidio enmarcada por profundas arrugas me hacía sentir una extraña curiosidad que se mantenía en perfecto balance con la repulsión que su presencia me provocaba. Como fuera, a él no parecía importarle y tenía la mirada fija en el mismo pequeño que había llamado mi atención.

—¿Disculpe?

Sufrió una breve y casi imperceptible sacudida al escucharme. Fue algo así como si acabara de caerle un balde de agua fría por la espalda. Volteó su rostro ajado hacia mí con un movimiento tan lento y forzado que contuve la respiración esperando que los tendones de su cuello estallaran por la tensión.

—El niño —dijo luego de un instante—. Imaginas qué habría pasado si pudieras retroceder en el tiempo y evitar que chocara con ese joven.

Me quedé boquiabierto. El pequeño ya había sido recogido por sus padres y, mientras la mamá se encargaba de consolarlo y calmarle el dolor, el papá encaraba al muchacho con el que había chocado, echándole la culpa por el leve incidente.

Y, sí, unas fantasiosas ideas cruzaron por mi cabeza antes de que este hombre apareciera. Que él acertara en eso, me inquietó.

—¿Cómo...? —Poco a poco me fui poniendo de pie, alerta.

Él metió las manos en los bolsillos de su abrigo y miró al cielo mientras tomaba una profunda bocanada de aire.

—Piensas si esa pequeña interrupción en la línea temporal bastaría para provocar el cambio deseado en el futuro o si otro suceso inesperado causaría el mismo accidente en el mismo instante en que se suponía que debía suceder — hizo una pausa—. Piensas también, si, de producirse esa intervención, se crearía una “nueva” línea temporal en la que el niño no chocaría con el joven, mientras en “esta” línea temporal no habría ningún cambio. Es más, crees que existe la posibilidad de que un eventual salto en el tiempo afecte de tal manera el espacio-tiempo que podría desatarse una serie de nuevas realidades “alternativas” a partir del momento en el que el supuesto viajero decidiera alterar los hechos. De ser así, las posibilidades son infinitas, tanto para si el chico llega a caer o no de su bicicleta.

Un incómodo temor oprimía mi pecho mientras le oía hablar. Sin embargo, mi curiosidad por sus palabras era tan fuerte que lograba mantenerme a su lado, escuchando con atención.

Porque todo lo que acababa de decir llevaba meses rondando mis pensamientos en la forma de una etérea visión que recién ahora se había vuelto tan concreta como para reconocerla con claridad.

—¿Quién es usted? —pregunté con un hilo de voz.

Todo a nuestro alrededor había desaparecido de mis sentidos. La pareja y su hijo se alejaban en dirección opuesta a la del joven involucrado en el accidente,

mientras muchas otras personas cruzaban de un lado a otro del parque, sin que me parecieran más que siluetas difusas que percibía por el rabillo del ojo.

—Lo importante es aclarar quién eres tú —respondió con tono de misterio—. Juan Labraña, diecinueve años, puntaje nacional de la PSU, beca completa en Ingeniería en Física, futuro prometedor... ¿Cómo podrías imaginar el desastre que estás por provocar?

Mis sentidos se dispararon al descubrir un inquietante dejo amenazador en su voz. De manera inconsciente, di medio paso atrás, pero entonces él puso su pesada mano sobre mi hombro y me obligó a permanecer en el lugar.

—Tienes una de las mentes más brillantes del siglo, muchacho. Tanto es así, que a finales de 2021 te darán una beca de intercambio para seguir tus estudios en Harvard —Sus ojos permanecían fijos en los míos—. Allá llamarás la atención de la comunidad científica internacional y en 2035 serás reclutado para un proyecto especial de la NASA. A los cuarenta años te harás famoso por postular una nueva teoría sobre los viajes en el tiempo y ese mismo año te casarás con Jenny, tu novia de toda la vida, y tendrás un hijo al que llamarás Paul. Morirás de cáncer de colon a los sesenta y siete años; solo unos meses después lo hará tu esposa, producto de un infarto fulminante.

Intenté zafarme de él, de sus locuras. Más que sus palabras, la extraña y demencial sombra que oscurecía su rostro me tenía aterrado.

—Escúcheme, señor —traté de poner distancia entre nosotros, siendo prudente para no despertar alguna reacción agresiva en él—, no sé quién sea, pero debo irme. Entro a clases...

—A las nueve y media —terminó la frase por mí—. Lo sé, lo recuerdo con claridad. No imaginas todas las veces que te escuché contar esta historia. Solo estamos a unas cuerdas de la facultad de ciencias, pero hoy llegarías tarde por primera vez en el año. No podías desperdiciar este momento de iluminación y sufriste una feroz reprimenda por entrar a la sala a las nueve cincuenta, exactos veinte minutos después que el profesor Moraga.

¡Ese era el nombre del profesor de Introducción a la Física Clásica! ¿Cómo podía saber todo eso?

—¿Quién es usted? —pregunté, ya más dominado por la curiosidad que por mi inicial temor—. ¿Quién es esa tal Jenny? ¿Qué...? ¿Qué quiere de mí?

Entonces me soltó. Vi sus hombros hundirse por un inimaginable peso que aplastaba su existencia. Unas escuálidas lágrimas asomaron a sus ojos.

—Quiero que sepas que eres un genio y que te admiró desde el día en que nací. Pero este mundo no está preparado para tu descubrimiento y me temo que nunca lo estará —pareció quebrarse, vencido por el llanto que ahogó sus palabras sin sentido. Tardó unos segundos en retomar el aliento para continuar—. Ellos se adueñarán de tu teoría y la convertirán en un arma. La bautizarán con tu nombre y la anunciarán a los cuatro vientos como el avance más importante en la historia de la humanidad: el Túnel Labraña, la primera máquina capaz de transportar con éxito a un hombre a través del tiempo, además de echar por tierra la conjetura de protección de la cronología de Hawking. Pero —bajó la mirada, con pesar—, su ambición no hará más que causar muerte y destrucción.

Lo vi llenarse de dudas, negar con la cabeza un par de veces y esforzarse por contener el conflicto interno que lo devastaba. No podía entender a ese hombre, sin embargo, algo en él me provocaba un impensado sentimiento de lástima.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas cuando un poco de serenidad se manifestó en su rostro. Fui vagamente consciente de que sacaba algo de su bolsillo y lo llevaba hacia mi torso en ese mismo instante.

—Lo siento —dijo con voz temblorosa—. He usado tu máquina para intentar arreglar todo esto, pero cada uno de mis viajes desata consecuencias todavía más catastróficas que el anterior. Sé que entenderás que esta es la única y última opción que tengo para evitar el desastre que está por venir. Por lo menos en alguno de los universos afectados por el mal uso de tu invención.

Sentí que presionaba un objeto frío y duro contra mi pecho y solo entonces me di cuenta de que se trataba de un revolver.

—Lo siento, papá. No sabes cómo desearía que existiera otro modo.

Y el sonido atronador del disparo fue lo último que escuché antes de que todo se llenara de oscuridad.

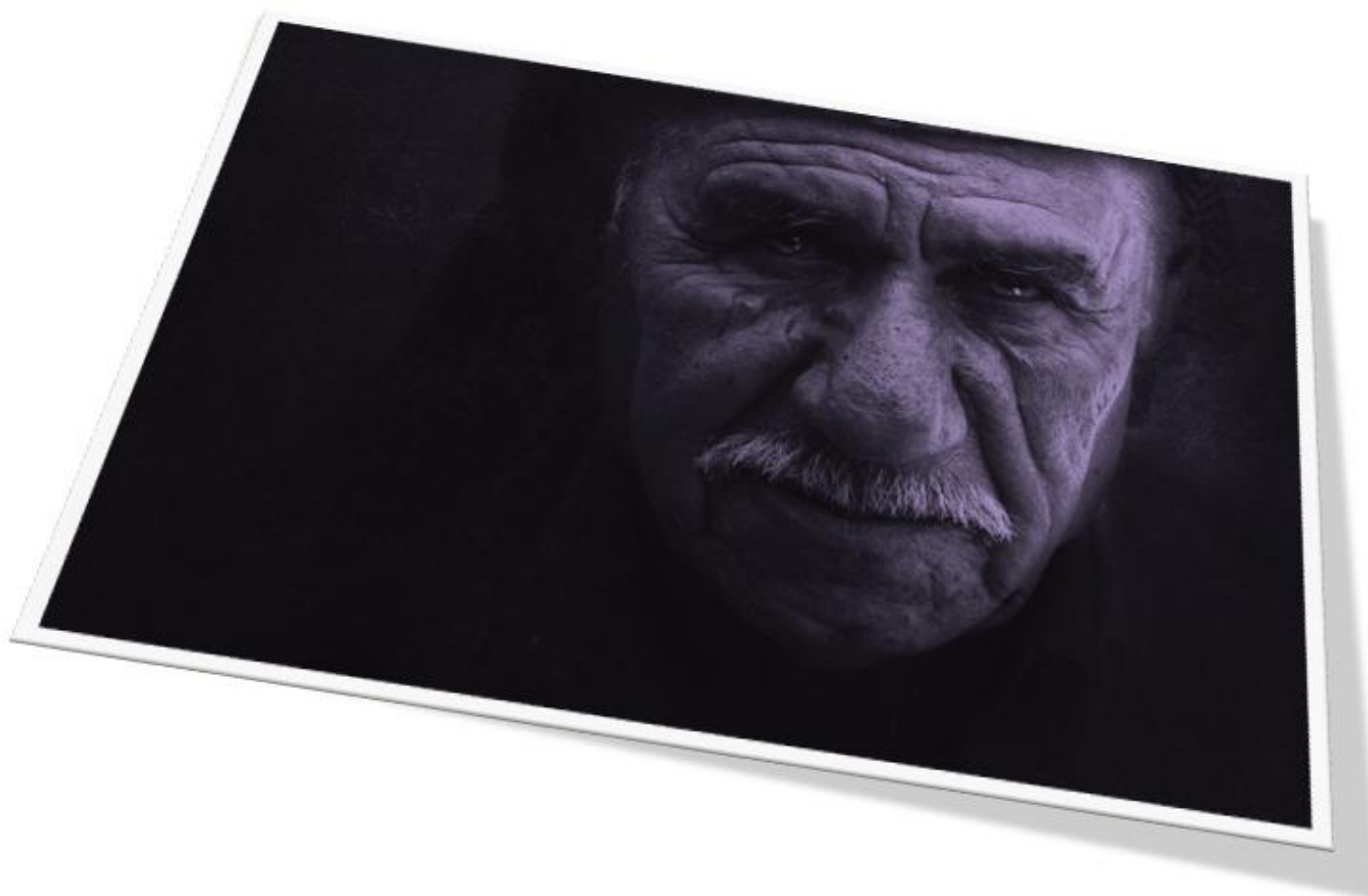
DANNY NAVARRETE

Chile

Facebook: <https://www.facebook.com/navarretedanny>

Instagram: https://www.instagram.com/d_navarretecuevas

Blog: <https://dannynavarreteescritor.blogspot.com>



CONTAGIO

LUIS ADOLFO

APOLÍN MONTES

¡M

ira nada más cómo estaba mamá!, dormía de día y parecía que vivía solo de noche, andando descalza por la casa, despierta pero sin estar consciente de nada, así quedó por culpa de papá, ¡desgraciado! y encima decía que no tuvo nada que ver, ¡sinvergüenza!

Esas hablan porque tienen boca, ¿acaso tuve la culpa de que se quedara así? Pero todos siempre me la echaron, que yo le había tirado dedo con los tombo dicen, ¡mentira! y lo peor es que, en su amargura, terminaron creyéndose su propia mentira. Nunca hablé a nadie de esto, solo ahora, cuando ya todo está jodido.

Mira, empezó cuando mamá tendría unos quince y se enamoró de ese borracho, en fin, de ahí nos tuvo pues seguiditas a las cuatro, yo soy la mayor, aquí donde vivimos en ese entonces no había nada de nada, entre cerros y frío a las justas había para comer, como animalito también nacimos todas, papá ni siquiera estuvo cuando vimos la luz sobre un pellejo de carnero. Íbamos a ser seis pero los dos varoncitos nacieron muertos y eso le resintió hartito al borracho quien quería puro macho para mantener su apellido. Mamá fue quien nos sacó adelante, él solo se dedicaba a tomar con mujeres, ¡pobre mamá! criaba sus animalitos y sembraba lo que podía. Yo siempre trataba de ayudarlo, pero chiquita como era ¿qué podía hacer?

Ingrata y mentirosa igual que su madre, ¿acaso alguna vez las dejé de hambre? ¡Nunca!, siempre había algo de comer en la casa, no siempre algo bueno, pero había. Es verdad que me gustaba el trago como a cualquier hombre y bueno, ya sabes, el alcohol trae ganas de mujer, pero eso de que las tenía de hambre, ¡men-ti-ra!, todos me decían ¡cómo te despellejas por tus hijas!, bueno sí, yo quería varón porque usted sabe, un varón es un varón, pero como te sobrevive pura hembra es normal que uno se decepcione ¿no? Como te dije, siempre tuvieron algo para echarse a la panza, no siempre era cosa buena pero por lo menos había.

¿Qué le quedaba a mamá?, mira que trató de todo para sacarnos adelante

sin contar con el borracho, ocioso y mujeriego ese; hasta que se conoce con la gorda Pamela, esa misma que le dije a la policía pero no me creyeron, la misma que le dije al fiscal y dijo que no existía. Ella siempre venía a la casa diciendo a mamá que le daría tanta plata que tiempo le iba a faltar para gastarla que lo haga por sus hijas y esas cosas que a cualquier mujer le revuelven el corazón, hasta que mamá aceptó y fue entonces que la gorda le dice, mira hija lleva este paquete a tal parte y ahí te dan la plata, mamá se fue feliz pensando en lo que le compraría a sus hijas al llegar a la capital. Todo le salió bien esa primera vez y regresó con harta plata que escondió del borracho, entonces empezamos a tener cosas buenas, eso sí, poco a poco para evitar las malas lenguas hasta que otra vez la Pancha le pide repetición y mamá, confiada, acepta para su mal porque en plena ruta ¡zas! le agarra la tombería.

Esa mujer en cosas raras siempre se metía yo trataba de darle plata pero igual siempre quería más “para sus cosas” ¡vanidosa!, pero no soy sonso y trataba de cuidar la plata, de vez en cuando unos traguitos porque ya sabe sino la gente dice que uno es miserable y no está bien, y así pues por andar metida en sonseras con esa tal Pancha que se la tragó la tierra cuando se llevaron a mi mujer dice que por narcotráfico, ¡unos kilos no más llevaba! Y cuando la tombería llega a la casa a revisarlo todo se encuentran con un montón de plata escondida bajo el batán ¡tombos de mierda!, se llevaron todo y cuando fui a reclamar me amenazaron con meterme al calabozo, regresé no más a mi casa y desde ese día padre y madre para ellas.

Viejo borracho, solo sabía maltratar y nosotras pobres sin mamá teníamos que hacernos cargo, entonces se nos ocurrió ir hablar con los chicos y estos por pena o por ganas, pues éramos muy bonitas, empezaron a traernos cosas para comer. A veces nos agarraban la mano y hasta besito nos daban pero eso era todo hasta que las mujeres del pueblo nos empezaron a ver feo, pero ¿qué más podíamos hacer? Otras veces, trabajábamos pero no era suficiente, tú sabes cómo es el llanto de una niña que llora de hambre, de pena, de dolor, de todo, hasta quedarse dormida entre mocos y lágrimas, aunque la gente no crea jamás nos

dejamos manosear. Eso no es putería, es sobrevivir.

Putas mis pobres hijas, seguro su madre les enseñó el oficio. Yo llevaba siempre comida pero ellas querían lujos, buenas cosas, por eso las mayores se iban a putear y luego se molestaban cuando uno las corregía. En todo el pueblo comentaban y yo estaba tan harto de las habladurías que con alcohol no más apagaba mi vergüenza, si tuviera hijos eso no pasaría carajo, el hombre sabe conseguir plata sin rebajarse, por eso es que me largué ¿qué me quedaba sino? Ya en la capital conseguiría algo mejor para mí y quizá para ellas. Como lampero en las islas guaneras me fui, algo de plata les pude mandar cada vez que pude.

Mira si nos mandó algoito alguna vez, ¡para quedarse con su amante es que se largó! y por ella acusó a mamá, todos lo saben. Una miseria mandaba a veces, ¿acaso pensaba que cuatro niñas iban a vivir con eso? Por eso tuvimos que limosnear pero ya la gente nos trataba mal diciéndonos con descaro que éramos putas. Pero tú sabes que solo me metí con un hombre ya mayor para que nos ayudara y sabes que hasta llegué a quererlo pero las habladurías lo terminaron alejando y papá dejó de mandar plata desapareciendo en esas islas llenas de mierda. Hasta ese día que llegó a ver a mamá el muy sinvergüenza y tú sabes qué le pasó...

Una cachetada, eso recibí de aquella ingrata y escupitajos de cada una de esas rameritas. Si marido tenían ¿para qué mandarles plata entonces? y mi mujer en la cárcel que ni quería verme porque dicen que con amante la cambié. ¡Qué mujer carajo! andaba siempre solo desde aquella vez que tuve un arrumaco con esa vieja quien solo se metió conmigo para vengarse de su marido que cuando este se enteró me buscó y casi me mata a golpes. Si regresé fue porque me mandaron llamar diciendo, oye tu esposa está mal, saliendo de la cárcel le agarró la locura, debes ir a verla me dijeron y ahí me encontré con esas ingratas.

¿Qué venía hacer allí? O sea, mamá ya estaba en las últimas por ese infeliz que la mandó a la cárcel con su soplonería y nosotras, ocho años de pobreza y hambre y el miserable después de abandonarnos se presenta diciendo “hola

hijitas”, asco me dio verlo no más, felizmente se largó y no vio a mamá cuando salió del hospital atada a una silla, toda perdida sin reconocer a nadie y solo sabía decir el nombre del borracho ese.

Loca dicen que quedó por mi culpa, pero yo la conocí así. Todo lo quería lavar y lavar, no dejaba que nadie agarrara sus cosas, ella no más lo quería hacer todo y si otro lo hacía decía que estaba mal y lo volvía a hacer, por eso le dejaba todos los quebaceres pero lo malo era que después se quejaba diciendo que nadie le ayudaba, entonces ¿para qué mierda pedía ayuda? todos tenemos nuestra manera de hacer las cosas pero la loca no entendía y reventaba de furia. Allá en el pueblo todo era barro y polvo por eso no dejaba que sus hijas salieran para que no se ensucien, decía, cuando al final embarradas de putería terminaron.

Mira, la verdad sí era muy cuidadosa, demasiado a veces, pero si no lo hubiera sido estaríamos llenas de hongos, bichos y porquerías en la panza debido a la inmundicia de este pueblo sucio y polvoriento donde vivimos. ¿Recuerdas el día que la trajimos al pueblo cuando la sacamos del loquerío? La llevamos a casa toda repleta de andrajos, mugre y escaras a este pueblucho que al fin de cuentas es su pueblo esperando que se le apaguen sus últimos días, cuando a las pocas semanas se aparece... tú sabes quién.

Ella fue mi mujer, por eso igual tenía derecho a verla. ¡Qué me importa lo que digan esas ingratas! fui a verla y dejarle algo siquiera. A esas malas hijas no quise ni verlas...

Así llegó a burlarse de lo que quedaba de mi madre, abandonada como estaba en prisión, ella no reconocía a nadie, como un bebé era y gemía como animalito hambriento, pero mira lo que pasó cuando lo vio.

Y llegué pues, como correspondía a un hombre al ver a su pasado de frente, ¿y qué me encuentro? pues que la vieja estaba bien despierta, después de treinta años de no verla estaba ahí como si nada, bien plantada, arreglada y vestida como de fiesta...

A mamá le dio por salir de su locura. Se levantó y ¡zas! ahí estaba cuerda, treinta años después de su total ausencia, justo el día en que llegó ese borracho. Llegó soberbio “a ver dónde está mi mujer” diciendo y mamá al escucharlo “hijitas, tu papá ya llegó” y yo asustada porque cuando la sacamos del hospital nos dijeron que nunca se iba a recuperar, y más sorprendidas porque nadie le habló de que ese desgraciado venía, le pusimos la ropa que teníamos guardada de cuando era joven que le quedaba holgada pues ya estaba vieja, pequeña y recontra delgada. Así como si nada salió a verlo.

Como son las cosas ¿no? yo aquí hablando de esto, ¿qué pasó?, ¿pues no es obvio acaso?, ¿qué cree que hago aquí entonces?, ¿hablando solo? No, yo hablo con usted quien es mi única compañía por eso no hay soledad cuando se tiene con quien hablar... ¿que lo que me pasó fue imposible?, entonces ¿qué mierda hago aquí? mirando cómo todos están a mi alrededor sin poder decir nada, gruñendo y ver todo como en sueños, a mi cuerpo consumido por esta locura que ya lleva años, por este hablar conmigo mismo en esta habitación donde paso todo el día. Atado, sucio, repleto de mierda y escaras, sin sentir nada... alojado en mi propia mente, en este vacío... ¿Qué habría pensado la vieja al acercarse y...?

Mamá lo besó al verlo aparecer por la puerta preguntando por ella y ni bien lo hizo, el sinvergüenza cayó temblando. Dicen que es imposible, que la locura no se contagia, no lo sé la verdad, ¿qué habría pasado? pero lo real es que mamá quedó cuerda desde ese día y ahora vive sus últimos días sonriendo y contándonos de un mundo donde no hay ni dolor ni tiempo y nosotras le escuchamos porque es nuestra mamá y le creemos hasta cierto punto pues lo dice siempre con alegría, porque todos esos años dice que nos veía crecer, quererla y atenderla. Mira pues ya es hora, tengo que ir a cocinarle por su cumpleaños. Mis hermanas dicen que deberíamos ir a visitar a papá al loquerío de la capital donde está internado desde aquel día, nadie lo visita al pobre, a veces me da pena. Pienso que quizá no es bueno odiar tanto. Ya me voy Papá Lindo, beso tus pies, me persigno y te pido por todas nosotras...

LUIS ADOLFO APOLÍN MONTES

Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/luis.apolin.5>



CHARLA

ÁLVARO MORALES

H

—Hace dos días que te busco. Sucedió algo extraordinario.

—Estaba afuera, me hice un fin de semana largo. Contame.

—La otra noche, anteayer, estaba en la casa de mi amiga. Habían hecho una pequeña reunión social. Pero viste cómo funcionan estas expresiones de la masa: uno invita a otro, y cuando el anfitrión se percata tiene medio centenar de individuos desconocidos dispuestos a comenzar los sacrificios humanos cuando ven los primeros platos vacíos. Conversación viene, conversación va, me fui aburriendo, y en mi tedio empecé a buscar caras nuevas entre toda esa gente. De inmediato me percaté que otra persona centralizaba más de lo normal la atención. Mi amiga me vio entre la excitada multitud y me llevó hasta su lado. De a poco me fui arrimando, y a los minutos ya formaba parte de la conversación. El centro de todas las miradas era un elegante señor español. Vestía demasiado immaculado para la ocasión, y aún más a esas altas horas de la madrugada en las que el alcohol y el clima templado aflojan cualquier vestido y hasta la más encumbrada gala de confeccionista europeo. Hablaba pausado, con la prudencia que da la instrucción y la transmisión diaria de los buenos modales. Lo envidié por la elocuencia con la que subyugaba en general a todo su sequito, pero en particular a varias muchachas que yo conocía. Supe lo que tenía que hacer al ver que la respuesta a un comentario frío y banal, que pudo haber sido dicho por cualquiera, era el brillo en los labios de ella.

—¿Intentaste dejarlo en ridículo?

—Por supuesto. Sabés lo poco que soporto a esos extranjeros con aires de dueños y señores.

Me hice un lugar en la conversación, la cual a lo poco ya trataba de lo que a mí me interesaba. En un momento en el que lo supe vencido, dijo mirándome a los ojos:

—Lo que más me desagrada de las regiones tropicales son los insectos.

Yo respondí:

—Y eso gracias a que no se cayeron por el abismo.

Durante la conversación anterior habíamos hablado de su viaje y alguien había bromeado sobre los errores de cálculo de los marineros compatriotas del galán, por lo que mi comentario despertó sonrisas. Nos burlamos del hecho de que creyeran al mundo plano.

El hombre se ofuscó de manera exagerada y amenazó con venírseme encima. Parece que no le gustó que lo menospreciaran.

—¿Y vos qué hiciste?

—¿Qué hice? Lo único que podía hacer. Le clavé de un golpe el hacha de sílex en la frente. Se hundió hasta la empuñadura.

—Estuviste perfecto.

—Y por eso es que te estaba buscando. Al banquete del corazón ya no llegás, fue ayer a la noche. Pero hoy planeamos comernos los sesos; tal vez te interese.

—¿Los sesos? ¿Van a comerle el cerebro a ese mono?

ÁLVARO MORALES

Uruguay

Facebook: <https://www.facebook.com/profile.php?id=100004283896091>

Linkedin: https://www.linkedin.com/in/%C3%A1lvaro-morales-b165618a?trk=nav_responsive_tab_profile_pic



DESDE EL SILLÓN

MARINA GÓMEZ ALAIS

Había sido como un mágico regalo de tiempo. El bien más escaso y preciado era entregado ilimitadamente y se nos agradecía la solidaria comprensión, solo por holgazanear en casa. Aun en el deseo de cumpleaños más irracional, no se me habría ocurrido pedir semejante locura. Debí darme cuenta de que cuando la limosna es grande, hasta el vago desconfía, pero en el apuro por disfrutar el recreo, no sospeché nada acerca de que se concediera bajo cláusulas de obligatoriedad y tiempo indeterminado, pero a pandemia regalada...

Volaron los días y los meses y los vi pasar desde el sillón. Se fue el calor, llegó el frío, volvió el clima templado. Los árboles se pusieron color ocre, después se desnudaron y, en un abrir y cerrar de ojos, cubrieron sus ramas flacas de hojas verdes, una vez más.

Los ciclos naturales transcurrieron ajenos a los avatares de un mundo entre paréntesis y los nacimientos duplicaron las muertes, como siempre y a pesar de todo.

El miedo no impedía que la gente desfilara por las veredas con la mitad de la cara tapada y una bolsa de compras colgada al hombro, elemento que acreditaba su salida imprescindible. Yo preferí guardarme sin buscar excusas para tomar aire. Me senté en el sofá y puse a prueba mi capacidad de espectadora inmóvil, de cazadora de imágenes efímeras y directora de cortometrajes documentales imaginarios.

Inventé juegos estúpidos para pasar el rato como, por ejemplo, adivinar a la distancia, el sexo de los transeúntes ancianos. Pude observar cuan marcada es la androginia a medida que nos desgastamos. Hay señores que envejecen virando al estrógeno y señoras que se masculinizan. A veces, me encontraba gritando “¡Tiene tetas!” y creía ya haber resuelto el acertijo, sin embargo, en más de una ocasión, me engañaban viejos con pechos, pero sin corpiño y, viceversa, viejas de pelo rapado con el pecho plano y el busto a la altura del vientre, vistiendo faldas que hacían la diferencia para resolver el enigma. También pensaba qué coños hacían

por la calle los del grupo más vulnerable y comprendí la rebeldía en la ancianidad y la pulsión de vida, a riesgo de perderla. Para ser honesta, pequé de convencional y retrógrada en mis apreciaciones porque la estética asexual se repetía en la gente joven. Aprendí que todo podía ser lo que no parecía y que etiquetar a las personas, formaba parte de lamentables costumbres del pasado.

Llegué a cronometrar en cuántos segundos copulaban las palomas y me asombré del romántico compañerismo post coito de los tortolos. Podían permanecer suspendidos, ala con ala, sobre la rama en la que habían consumado su unión plumífera, una tarde entera. Un misterio que no fuera por amor, ni por lujuria, ni por temor a enfrentar un futuro juicio por paternidad. Mera camaradería que superaba con creces, en perdurabilidad y empatía, a cualquier pareja de humanos. También descubrí que no hay más gorriones. O que no frecuentan el árbol de la puerta de mi casa. Hay zorzales, loros y gaviñanes. Es probable que hayan sido alimento de gaviñanes. Qué diría Sarmiento de los, quizás, extintos gorriones y de la exánime educación. Es probable que agradeciera mil veces no estar vivo para ser testigo de cualquiera de esas tristes ausencias.

Hubo atardeceres en las que el sol se puso adentro de las casas vecinas. Se achicaba y entraba por la ventana para morir encerrado.

A la noche, me alegraba ver cómo se iban encendiendo de a poco las luces y la gente se apropiaba de distintos rincones de sus casas. Comía acompañada de ajenas sobremesas familiares, discusiones o gimnastas en los balcones. Había un hombre que se dedicaba a ambas actividades. Por la mañana, le pegaba a un *punching ball* y en la cena, le gritaba a su mujer. Agradecí que el violento no ejecutara las acciones al revés... Me sentí muy feliz el día que empezó a gritarle al *punching ball* mientras le pegaba, y a cenar solo, llorando en silencio porque la mujer lo había dejado.

Tanta observación en la más absoluta quietud, como era de esperar, me hizo crecer hacia adentro, pero hacia afuera también. Mi humanidad toda decidió que si iba a vivir sentada en bata, era un buen momento para iniciar una inevitable

expansión. Mis caderas obedecieron y se fueron poniendo cuadradas, así como los brazos se robustecieron notablemente. En compensación, agucé la vista y aceleré mi destreza mandibular: allí se centraba el mayor dinamismo. Mi cuerpo perdió masa muscular por falta de movimiento y se rellenó de un modo muy homogéneo. Las carnes turgentes, voluminosas, de aspecto mullido; la piel pálida y suave, de un color marfilino; todo mi nuevo aspecto de esponjosidad blanda y lechosa tenía un encanto renacentista que Leonardo o Miguel Ángel hubieran sabido apreciar.

Sin darme cuenta, experimentar la amplitud de mis nuevas formas me produjo una placidez desconocida. Ya dejó de provocarme curiosidad lo que sucedía afuera y empecé a dormir largas siestas, arrebujaada en el sosiego de mi redondez cálida. Mi respiración se volvió lenta y acompañó como una canción de cuna el pacífico letargo.

Después todo se tornó confuso. Qué tanto puede cambiar a alguien el encierro, me pregunté cuando mi familia dejó de reconocerme. Y no fue que sintieran rechazo por mi nueva fisonomía: veíamos películas juntos, dejaban que los abrazara, se los notaba cómodos con mi compañía, pero ya no me hablaban ni me miraban a los ojos.

La última imagen que recuerdo es la de una mujer desconocida envuelta en mi bata. Llevaba puestos mis lentes, traía el libro que tengo sobre la mesa de luz, mis pantuflas.

Sin pedir permiso, se me sentó encima.

MARINA GÓMEZ ALAIS
Argentina



AL PIE DE

LA CAMA

OSWALDO

CASTRO ALFARO

La pesadilla sacude mi inconsciente, despertándome agitado y sudoroso. Echado boca arriba, desnudo sobre la cama y con aliento de camello, levanto la mirada desconcertada, clavándola en el techo de ese lugar inconcebible. Sintíéndome acechado por ojos invisibles, miro de reojo el espacio circundante. Detecto la luz matutina filtrándose por las hojas desalineadas de la persiana y no preciso la hora. Ladeo la cabeza hacia la derecha y sobre la mesa de noche descubro el reloj, billetera y llavero. Resoplo calmadamente y me tranquilizo al constatar que mis pertenencias siguen conmigo.

Escucho la respiración sosegada de alguien a mi lado y el pánico se desliza entre mis angustias domingueras. No es la primera vez que despierto junto a una mujer en un hotel, pero las lagunas en la memoria me hacen temer lo peor. El cuerpo boca abajo, cubierto por la sábana, exhala un perfume intrigante y misterioso. El aroma es femenino, no tengo duda. Por lo menos pasé la noche con una persona de otro sexo, concluyo para calmarme. Sin embargo, la confusión del momento me remece el cerebro: ¿es posible haberme encamado con un gay o travesti?

Al borde de un ataque de nervios, estiro la mano para tocarla. Siento la forma redonda de sus glúteos y escucho un quejido amortiguado por la almohada. Es un susurro femenino, complacido y encantador. Es una mujer. Me siento sobre la cama y examino la cabellera rubia que le tapa el rostro. Está bien cuidada y es artificial. Recorro el contorno corporal sin recordar el jugueteo sexual.

En el camino hacia el baño hallo los preservativos empleados y verlos me estruja la conciencia. Uno huele a heces, me da asco y supongo que lo usé para practicar sexo anal. Las arcadas no impiden que coja papel higiénico para desaparecerlos por el inodoro. El ruido no la despierta y sigue profundamente dormida, dejando escapar algunos ronquidos de satisfacción.

El espejo me devuelve la cara demacrada, adornada por profundas ojeras. Requiero un buen duchazo para librarme de la mezcolanza de secreciones y olores

extraños. El agua fría me reconforta, dejo el baño y la mujer sigue enraizada en el descanso impuesto. Miro por la ventana que da a la calle, no reconozco la avenida y me pregunto cómo llegué ahí. Tomo asiento en una de las sillas de plástico y el dolor de cabeza se me acentúa al ver en el suelo las botellas de espumante barato y dos vasos descartables. Junto a ellos, el cenicero repleto de colillas demuestra el frenético hábito que intento dejar.

Todavía desnudo me acerco a la cama para intentar averiguar con quién tuve sexo. La respiración embravecida de la mujer me desanima, postergando mi interés por identificarla. Al pie de la cama sospecho el desenfreno sexual y el cosquilleo en el pene me retorna a la realidad. Lo reviso con cuidado y se muestra enrojecido y algo hinchado. Este hallazgo me enorgullece porque evidencia la potencia de su virilidad y seguramente la hizo aullar de placer, tal como lo hace mi esposa. En un par de días se recuperará para satisfacer la voracidad de la madre de mis hijos.

A esta hora del día desconozco en dónde estoy y con quién. Por lo menos no fui drogado ni robado y lo más importante, sigo vivo para contarlo.

La rubia, escondida entre las sábanas y con el rostro enterrado bajo la almohada, como queriendo evitar la bulla para dormir tranquila, es un misterio. No recuerdo haberla levantado en un club, contactado telefónicamente ni haber salido con una de las que me pretenden en la oficina.

Como si le hubieran descorrido el velo de los recuerdos, Baltazar Urrutia se estremece con la reunión de camaradería de la empresa. El perfume, subiendo desde sus pectorales, lo confunde aún más. Al ser jefe de Recursos Humanos, departió con los empleados, paseó por las mesas y recibió suspiros y miradas atrevidas. En la hora loca saltó, hizo trencito, bailó salsa, huayno y reggaetón. Aguantó con sonrisa forzada los disfueros e insinuaciones de las chicas de marketing y de las jefas de otros departamentos. Fue el alma de la celebración y no pudo negarse a los brindis repetidos. Mareado por los tragos consumidos y

apretado por los celos de su mujer, escapó en un descuido y desapareció. Hasta ahí, el panorama está aclarado y las horas siguientes son las que lo mantienen en ascuas. Ve el vestido y sandalias de la mujer e intenta descifrar a quién pertenecen. Susan, Regina y Patty tienen el pelo castaño. La silueta alta y delgada de la ingeniera Matos no concuerda con esa más baja y gordita. Repasa la mesa de honor y la esposa del gerente de publicidad asistió sola por tener al marido de viaje. Es rubia, pero el corte de cabello no sobrepasa los hombros y caen lacios.

Sea como fuere, me visto apurado y dejo un billete de cien soles sobre la mesa de noche. Avergonzado, quiero creer que es una chica decente y el dinero es una forma poco elegante de aliviar su estrechez económica y ayudarla con el taxi de regreso. Cuando despierte y lo vea, pensará que la traté como prostituta.

Al pie de la cama, le echo una última ojeada y los bucles amarillentos resuelven la incógnita. Josefina y Mariel viven en barrios marginales y, por lo visto en esas paredes, el hostel encaja en uno de ellos. No puede ser, mascullo resignado. Ambas laboran en limpieza y con una de ellas habría debutado en la infidelidad conyugal.

Abandono el hostel, pregunto cómo salir de ahí y esperaré el lunes para avergonzarme. Por ahora, esgrimiré la excusa que no me creerán en casa.

OSWALDO CASTRO ALFARO
Perú

Facebook: [Oswaldo Castro](#)



LA ENFERMERA

GUSTAVO VIGNERA

La despedida de Juan —su novio de la secundaria— fue un beso apasionado. Por cábala no prometieron volver a verse y lo dejaron a la buena de Dios. Soledad fue una de las primeras en anotarse como voluntaria para ir al Almirante Irízar como instrumentista y enfermera, y si le hubieran pedido que tomara un fusil y saliera a defender a la patria entre el barro y la turba de nuestras Islas Malvinas lo hubiera hecho con un coraje inigualable.

Esa tarde el mar estaba embravecido y el buque hospital no se podía acercar a la orilla. El bombardeo había sido espeluznante. Con unos prismáticos prestados pudo ver los cascos y las ametralladoras desparramadas en la costa, mientras los soldaditos se arrastraban como podían para encontrar un sitio donde guarecerse. Nunca pudo olvidar esa imagen de aquellos héroes anónimos.

De pronto vio un bote que se acercaba. Al parecer llevaba a alguien que estaba grave. Con desesperación trataron de subir al herido, con una soga que se bamboleaba en medio de la terrible marejada. Ya en cubierta, el soldado la miró con sus ojos casi transparentes y la cara llena de escarcha salada. Ella trataba de mitigar el balanceo de la camilla soportada por un oficial enfermero y dos colimbas que estaban más que asustados.

Se llamaba Andrés, eso le había dicho en la enfermería mientras ella trataba de limpiar las profundas heridas llenas de esquirlas, provocadas por un proyectil que casi le amputa una de las piernas.

Soledad no entendía si lo que lo mantenía consciente era la adrenalina o el miedo a entregarse y desvanecerse de este mundo.

—¿Querés casarte conmigo? —fue la segunda frase del herido, lo que la hizo caer en la cuenta de que sin duda estaba delirando.

Le tocó la frente para chequear si su estado era febril y le respondió con una tierna caricia y un cómplice y motivador guiño. Lo dejó descansar y se fue a tomar un mate cocido. No había probado bocado en todo ese fatídico día. La estúpida e inoportuna pregunta le retumbaba en la cabeza más que los ruidos de

los bombarderos y las metralhas. Ese soldadito había inoculado algo en su ser.

El oficial médico se acercó y le indicó que se preparara, ya que deberían operar al recién llegado en no más de media hora. Un *Dios te salve María* fue su primer y único pensamiento.

El buque se movía como una nuez y el estómago se le revolvía a pesar de la doble dosis de *Dramamine* que se había autorecetado.

En la sala de operaciones tanto Soledad como la otra asistente —y el doctor, claro— se tuvieron que sujetar a la mesa de operaciones para no caerse. Ella no dejaba de mirar el electrocardiógrafo, que no mantenía una pauta cíclica. A lo lejos, a pesar de su concentración en las órdenes del cirujano, pudo escuchar una terrible noticia a través de los altoparlantes del buque.

Suturaron, dejaron los barbijos y se fue a descansar. Al día siguiente fue a ver a Andrés. Él estaba despierto, pero con los ojos perdidos en el techo del camarote.

—¿Todavía te querés casar conmigo? —le preguntó, para romper el hielo, tocándole la frente.

—Por supuesto —contestó él, con una mueca triste, y agregó preocupado—: ¿Es verdad que en este momento estamos firmando la rendición?

Ella volvió a acariciarlo, besó su mano y con otro guiño, cómplice pero amargo, asintió.

En ese instante Andrés llevó su mano derecha al centro del pecho y empezó a convulsionar. Soledad trató de revertir la situación con todo su conocimiento y todo su ser. A los gritos, pidió ayuda a otras enfermeras que estaban en el servicio. Todo duró algo así como dos minutos. Nada se pudo hacer. La noticia había sido más fuerte que las balas. Ella lo abrazó y se despidió con dolor, como quien despide a un ser querido que conoce de toda la vida.

Ese día fue el fin, el fin de una guerra estúpida.

Un año después, ya en Buenos Aires y lejos de las inútiles

condecoraciones, Soledad estaba preparada para su noche de bodas en la Iglesia Stella Maris. Sus tías le habían regalado la confección del vestido, sus suegros la fiesta en el Club Naval, otras enfermeras le compraron cosas que siempre son útiles en un matrimonio que recién comienza y el oficial médico había aportado el servicio de un coche con chofer que la llevaría al templo, un Ford del veintinueve, convertible, que era una joyita y que a las ocho en punto de la noche la pasó a buscar. El conductor, un hombre de edad madura, la miraba por el espejito sin mediar palabra. Su padre la tomaba de la mano y no dejaba de acariciarla.

Llegaron a la iglesia, y el chofer se apuró para abrirle la puerta. Ella y el padrino entraron tomados del brazo. Muchos compañeros del regimiento la estaban esperando. Junto al altar estaban Juan, su futura suegra y el sacerdote. La emoción parecía hacer que el aire fuera más denso.

Se desarrolló la ceremonia, se entregaron los anillos y se juraron amor eterno. Volvieron al auto para sacarse algunas fotos antes de ir a la fiesta. El chofer siguió observándola por el retrovisor. La luz de la noche dejaba ver sus ojos verdes.

—¿Sabe, muchacha? Muchas chicas quieren casarse conmigo... —le comentó, haciéndose el simpático—. Por el Ford, digo. En realidad, no quieren casarse, sino que *las lleve* a casarse. Siempre jorobo con este tonto juego de palabras... perdón si fui inoportuno.

El hombre se puso colorado al ver que Juan no había festejado el chiste. Soledad, sin embargo, le sonrió. Veía algo en él que no le era desconocido.

—¿Ustedes son de la Marina? —preguntó, como para remontar la conversación.

—Ella sí. Yo soy contador, trabajo en un estudio contable —contestó Juan, mostrando que tenía pocas pulgas.

—¿Usted es oficial, señorita? Seguro que no estuvo en la guerra, ¿no? —insistió el hombre, obstinado en arrancar un diálogo.

—Sí... me ascendieron a mi vuelta, ahora soy oficial de enfermería —

contestó Soledad, mientras jugaba con un rosario de perlas que enroscaba sin cesar entre sus guantes blancos.

—Yo tengo un hijo que falleció en las islas. Dio la vida por la patria —les dijo de pronto, provocando un nudo en la garganta de la chica.

—¡No me diga! ¿En qué escuadrón estaba? —preguntó muy interesada Soledad.

—Era de infantería, y según me contaron no pudieron salvarlo después de una terrible operación. Se llamaba Andrés, igual que yo —comentó el hombre, y sus ojos claros brillaron por el efecto de las lágrimas.

La congoja inundó también a Soledad. El flamante marido miraba el resplandor de los adoquines de la ciudad, indiferente. Para él nada pasaba. La vida les presentaba una dulce ironía, después de tanta agonía.

Soledad besó su rosario de perlas y rezó un *Dios te salve María*.

GUSTAVO VIGNERA

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/gustavovignera/>

Twitter: [@vignera](https://twitter.com/vignera)

Instagram: https://www.instagram.com/gustavo_vignera_autor/

Página WEB: <http://www.gustavovignera.com.ar>



HAMBRE

OSVALDO VILLALBA

*Mis hambres me gritaron
que el universo no se calma con gemidos
sino con actos*
Amelia Biagioni- *Hambres y Actos*

— Señor, ¿tiene una moneda?
Levanto mi vista del libro. Tiene unos nueve o diez años.
Flaquito, con un pantalón de gimnasia agujereado, zapatillas gastadas y una campera gris raída. El cabello, muy engrasado, cae sobre su frente.

—¿Qué vas a hacer con la moneda?

—Comprarme algo para comer.

—¿Dónde vivís?

—Donde puedo.

—¿Con tu familia?

—Solo.

—Mirá. No te voy a dar monedas. Mejor vamos a ir hasta el mostrador y le pedimos algo para comer.

—Bueno

Me levanto de la mesa del bar y vamos hasta el mostrador.

—¿Querés un sánduche o medialunas?

—Sánduche

Le pido al mozo uno de milanesa completo y una gaseosa. Mientras esperamos le pregunto.

—¿Por qué te escapaste de tu casa?

—¿Y usted que sabe? —sonríe mostrando unos dientes desparejos.

—Intuición. Yo lo hice hace muchos años.

—El novio de mi mamá me pegaba.

Traen el pedido

—¿Querés comerlo acá?

—No, mejor me lo llevo. Así lo como despacito.

—¿Me lo envolvés por favor? —le digo al hombre mientras le pago—. Y agregale tres medialunas.

Salimos a la calle. Le doy la bolsita. La agarra con la mano izquierda y me extiende la derecha.

—Gracias.

Le estrecho la mano, le acaricio la cabeza y le doy una palmada en el hombro. Mientras lo veo alejarse pienso, con las manos en los bolsillos y el libro bajo el brazo, que se acaba de ir la única oportunidad de comer algo que me quedaba.

OSVALDO VILLALBA

Argentina

Blog: www.osvaldoevillalba.blogspot.com.ar



SECUENCIA FINAL AARÓN ALVA

Llega un dron delivery y estabiliza sus hélices a dos centímetros del alfeizar. Está detenido mientras un hombre retira la bolsa con dos cajas de cartón y un vaso de plástico que cuelga inmóvil de una cadena cuidadosamente acoplada al cuerpo del dron. Luego el aparato retoma el vuelo y se lleva consigo el único indicio de ruido en la calle. Dentro de la casa suena el teléfono. El hombre coge el auricular y le dice a alguien que la situación es odiosamente estable, como si esa palabra encarnase la menos ruin de las opciones. La llamada termina a los dos minutos, el hombre extrae el contenido de la bolsa que trajo el dron, separa dos platos y se sienta a la mesa. En su celular suena Y dale alegría a mi corazón de Eduardo Mateo y él empieza a tararearla con la boca llena. Al fondo de la casa hay un cuarto cerrado.

A dos centímetros del ventanal, sin meneo alguno, se detiene el dron delivery. Trae una bolsa colgando de su figura metálica, que enseguida el hombre retira, cerciorándose de su contenido: dos cajas de cartón y un vaso de plástico. El dron se aleja y la calle retoma su estado de perfecto silencio. Un ruido de teléfono irrumpe en la casa. Todo está bien, cuidándonos, habla el hombre a través del auricular. Después de la plática, separa en dos lo que trajo el dron y ocupa el lado frontal de la mesa. Signos, canción emblema de Soda Stereo, sale de su celular y también de su boca, colmada de arroz. De repente oye su nombre acoplado a un grito. Lo llaman desde un cuarto cerrado al fondo del pasillo.

El dron delivery parece un colibrí batiendo su alas, quieto y sumiso, al pie del vidrio transparente. Soporta sin esfuerzo el peso de la bolsa que incluye dos cajas de cartón y un vaso de plástico, los cuales el hombre descuelga impaciente. El aparato reanuda su viaje por el cielo y devuelve a la calle su silencio integral. Luego un timbre de teléfono y el hombre comenta por la línea que la fiebre sigue alta, espasmos, la tos como un motor averiado. Cuelga, reparte el pedido en dos cuencos, escoge un asiento lateral en la mesa. Los parlantes del celular emiten Human Nature de Michael Jackson, pero al hombre nunca le vino bien el inglés.

Solo escucha mientras mastica, procurando bloquear de sus oídos el ruido de tos que procede del fondo.

Es un metal blanco el que se proyecta sobre el cristal. Está quieto, el dron delivery, suspendido en el aire, eficaz y puntual, llevando la bolsa con dos cajas de cartón y un vaso de plástico. La impaciencia del hombre al coger el pedido desestabiliza el planeo del dron. Cuando este se va, el hombre piensa que ha sido como ahuyentar a un bicho que irónicamente empieza a extrañar, pues sin sus alas ficticias todo alrededor se hunde en un silencio global. A la voz que llama por teléfono le responde tembloroso, comenta que anoche tuvo un acceso de llanto y que sintió indicios de fiebre al dormir. Nada más. Acomoda en vasijas lo que encargó al dron y escoge un sitio cualquiera en la mesa. Sacrifice de Elton John fue la canción más hermosa descubierta en su juventud. No recuerda desde cuándo la tiene en su celular. Trata de entonar la melodía, al diablo el inglés. La música es un acceso de ensueño hacia el pasado. Es infalible, dueña de un poder curativo sin igual. El hombre recuerda, deja de comer, cierra los ojos, un guiño de sonrisa acude a sus labios. Nunca antes oír la música en solitario fue tan dulce. La puerta del fondo resuena. No son golpes. Acaba de abrirse de un tirón, corren unos pasos unidos a la tos motor. El hombre gira la cabeza, alarga las manos. No Sacrifice... No sacrifique at all. Se ve un abrazo, se ven lágrimas, se va el silencio.

Su reflejo en el cristal es nítido. El cuerpo oval, alas de acero, pequeñas y recias, energía inagotable. El dron delivery espera en el aire, petrificado sobre el vacío, asiendo despreocupado un alimento orgánico, extraño a su fuente de poder. Su reloj interno registra la hora de llegada. Dos de la tarde. Para él la vida nada tiene que ver con el tiempo, menos con la decadencia de un sistema fácilmente corruptible, humano. Son las dos y uno de la tarde. Son las dos y dos de la tarde. Son las dos y tres de la tarde, la dos y cuatro, las dos y cinco.... Son las dos y diez y el dron delivery no puede esperar más. Su alarma digital anuncia una próxima entrega. Debe partir. Y parte.

AARÓN ALVA
Perú

Página WEB: <https://aaron-alva.com>





**VERDAD DE
MEDIANOCHE**
JORGE GONZÁLEZ

Es medianoche y esta vez no me despiertan el llanto o los gritos de Esteban. Esta vez es el recuerdo del 7 de julio cuando se paró frente a todos los invitados y con su voz pausada leyó unos consejos para todos de las páginas del grueso libro rojo que descansaba sobre el atril: “Maridos, amad a vuestras esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, una iglesia gloriosa que no tuviese mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Palabra de Dios”. Siguiéron los murmullos de los asistentes que respondieron automáticamente a la lectura con un te alabamos señor y Santiago bajó los tres escalones que separaban el altar de nuestras dos sillas luego de hacer una venia al cura. Creo que en ese momento busqué su sonrisa, como lo hice durante toda la ceremonia, con la esperanza de encontrar algo de tranquilidad para calmar la ansiedad de sentirme observada por todos los que estaban detrás de mí. Pero él estaba en otro lugar, metido en las palabras del cura, del misal, del rito. Y yo afuera de todo eso, buscando su mano, una mano sudorosa que apretaba la mía sin convicción. ¿Cómo recordará él ese día?

Tengo la tentación de ir a la sala, despertarlo y preguntarle si se acuerda de esa lectura del misal rojo. Debería pararme, enfrentarlo de una vez por todas y saber qué pensaba durante los años que pasamos juntos. ¿Qué pensó cuando me dio el empujón a mis siete meses de embarazo como respuesta a mi reclamo por los incesantes viajes que me dejaron enfrentando sola la alta probabilidad de ese cromosoma de más? ¿Qué pensó cuando en lugar de ayudarme a parar me gritó un nomejodasmás dejándome sola con mi llanto y Esteban? No puedo perdonarme por haberle pedido perdón al día siguiente por mis reproches y sospechas de sus infidelidades que, a la larga, resultaron fundadas.

Quisiera saber si no tiene algo de vergüenza y quisiera que me lo dijera hoy, en la mitad de la noche, en este país al que nos vinimos a vivir muy lejos del nuestro, al que acepté venir para huir del viejo senil, el maestro, el doctor. Ese jefe que me abrió las puertas en los juzgados y fiscalías y que me acorraló en la oficina

de uno de sus socios en la fiesta de fin de año, queriendo cobrar los favores que yo nunca había pedido, metiendo su mano por debajo de la blusa y subiéndola hasta el cierre de mi brassiere y acercando su boca a mi cuello para darme un beso viscoso que fue interrumpido por un trompetazo de los mariachis que entraron a ese cuarto y buscaban al “maestro” para cantarle “El Rey.” Pude apartarlo de mí gracias a la parálisis que le generó escuchar la fanfarria y los gritos con los que sus socios y aprendices lo llamaban para hacerle un “sentido homenaje”. Pero sentí los ojos maliciosos de todos, mirando al “maestro” con complicidad y sonriendo por su travesura con la nueva contratación de la oficina. ¡Tómese uno maestro! ¡Usted es un crack! ¡Viva el maestro!

El silencio con el que fingió oírme cuando le conté fue el responsable del 7 de julio. Puso su mano sobre mi hombro y me dijo que estuviera tranquila, que no volviera a esa oficina, que renunciara y que nos fuéramos de una vez por todas de esa ciudad y que huyera de este camino en el que me aguardaban no sé cuántos maestros con mal aliento y calenturas decrépitas. Por eso dije que sí, porque no sospechaba que el silencio no era más que un autocontrol que se fue perdiendo y que fue reemplazado por unos reproches silenciosos sobre mis faldas, mi blusas y mi forma de hablar. Me di cuenta de que el silencio era la rabia por pensar que alguien más quisiera tocarme o besarme. Él es otro “maestro”, de esos que sienten que nos hacen favores y que les quedamos eternamente agradecidos. Nunca ha sido tan distinto. Huí de uno de ellos de la mano de otro, de otro acreedor que sentía estar prestándome una empatía que debía creer que yo no merecía y que tenía que pagarle con una pureza incondicional que me había anunciado el 7 de julio, esa pureza que quizás nunca pude darle.

Me dijo que solo estará acá unas noches. Me aseguró que será menos de una semana y me rogó, a su modo, que lo dejara quedarse en la casa. Dice que igual no le queda mucho y que no está soportando el tratamiento. Serán unos días para estar cerca de Esteban antes de que le entreguen el que será su último apartamento. Nos sentamos a la mesa y ahora habla en el mismo tono de

predicador que le oí el 7 de julio, solo que en estos días, en lugar de anunciar su amor a una mujer sin mancha, nos habla sobre la imperfección de nuestras vidas y la forma como no solo debemos perdonar a otros sino a nosotros mismos por nuestros errores para poder experimentar el amor. Preferiría que se quede callado y no aproveche la cercanía de la muerte para emborracharnos con su nueva espiritualidad, que no juegue al papá ejemplar y al trabajador doméstico preparándonos los almuerzos y comidas todos los días. Mejor que siga actuando como el mismo hijo de puta al que nunca le interesó saber si mis gemidos eran de placer o de dolor, el que llenó de marcas los guardaescobas del corredor con sus patadas desesperadas cuando lo contradecían. Se ve ridículo pasando suavemente la mano por la cabeza de Esteban cuando se levanta del comedor y le dice que si quiere algo más. ¿Es que no oye los ecos de sus gritos caprichosos de prohibición o del ruido de su puño descargado salvajemente sobre la mesa del comedor con los que sometió a Esteban a un miedo que confundió con amor?

Esteban no es solo mi consuelo. Es mi alegría. Cinco años después es incomprensible que el anuncio de que sería diferente me causara preocupación y llanto. Veo sus ojos achinados y su sonrisa incontrolable, su inquietud y su mundo y también sus ataques de abrazos fuertes con los que me saca el aire y me llena de besos. Esteban es la venganza, el que viene a poner todo en su lugar mediante una justicia que ya no creía posible y que seguro atormenta a Santiago todos los días. De pronto no es necesario ir y despertarlo de un susto para hechizarle sus noches y sus días. Quizás no hace falta preguntarle qué estaba pensando ese día mientras me anunciaba unas infidelidades a las que respondí con fantasías. Basta saber que cuando mira a Esteban encuentra la frustración de no poder verse a un espejo en el que pretendía perpetuarse, immortalizarse. Solo le queda una espiritualidad barata con la que aún espera controlarnos pero que no es menos violenta que sus puntapiés. Como si yo no supiera que la confianza para sentirse predicador es una cosa de hombres. Y acá está solo. Solo le queda su muerte.

Huele a gas. Santiago debió dejar abierto un fogón en la estufa y ahora

tendré que pararme e ir a cerrarlo. Pero me da miedo encontrármelo en la cocina, en medio de esta oscuridad. Me da pánico que quizás haya leído mi intención de despertarlo en la mitad de la noche con un susto para equilibrar los días de terror con los que invadió mi vida que creyó salvar. Puede estarme esperando para confirmarme que él administrará siempre el miedo de esta relación. Huele a gas y el aire está pesado. Mientras me levanto y camino hacia la cocina superando el temor pienso lo mal que le queda esta pantomima a un Santiago que ni siquiera es capaz de darse cuenta del olor desde la sala en la que duerme y que queda mucho más cerca de la cocina. Pero ahora que prendo la luz de la cocina se diluye la incompetencia del cocinero y reaparece la imagen del tirano que está en la sala cuando veo que los dos fogones de gas de la estufa están abiertos y las perillas plásticas que controlan la emisión han desaparecido. No hay forma de cerrar la estufa así es que me apresuro a abrir las ventanas de la cocina, pero a pesar de usar toda mi fuerza no logro deslizarlas sobre el riel oxidado. Camino hacia la puerta de la casa y ahí está él, sentado en el piso con los ojos entreabiertos apoyando su espalda contra la puerta y con una sonrisa inmóvil. Lo halo, lo empujo pero no logro correr su pesado cuerpo y trato de gritar por ayuda pero la voz no sale.

Voy por Esteban. Romperé una ventana y saldremos de acá. Entro a su cuarto decorado con las calcomanías de dinosaurio en cada rincón y lo sacudo fuertemente para que salgamos de esta cámara de gas en la que Santiago ha convertido nuestra casa. Pero a pesar de que siempre ha tenido un sueño liviano no despierta. No logro moverlo y mi mano no logra tocar decididamente la masa de su cuerpo. Parece que hubiera perdido toda la fuerza aunque no lo siento así. Cruzo rápidamente el corredor oscuro para buscar el teléfono que dejé en el cuarto para llamar a los vecinos y pedir ayuda. Pero no puedo pararme de la cama y estirar la mano hacia la mesa de noche para poder hacer la llamada que nos salve de esta trampa. Será mejor irme al cuarto de Esteban otra vez, acostarme a su lado, dormir y llorar por este final que no es nuestro, soñar con las flores que adornarán nuestros nombres y con una verdad que todos conozcan y que siempre

guardé: que Santiago siempre me amó en mi pureza para santificarme, para que fuese santa y sin mancha.

JORGE GONZÁLEZ
Colombia

Página WEB: <https://derecho.uniandes.edu.co/es/profesores-facultad/jgonzalez>

Twitter : [@jorgegj8](https://twitter.com/jorgegj8)



EL FAMILIAR

RONNIE CAMACHO

BARRÓN

— ¡N

os encontró, ¿Qué hacemos?, ya no hay a donde ir!
—grita Raúl, mi mejor amigo, sin apartar la vista de la siniestra criatura que por tanto tiempo nos ha estado siguiendo.

—Tenemos que pelear, no hay de otra —comienzo a buscar cualquier cosa con la que pueda defenderme.

—¡No vamos a poder ganarle!

—¡Eso no importa!, ya me cansé de huir, esta noche terminaremos con todo —agarro un palo y mientras me preparo para lo peor, repaso en mi cabeza cómo fue que llegamos a este punto.

Todo comenzó hace un par de meses, desde que tengo memoria mi amigo Raúl y yo crecimos temiendo a doña Teresa, una anciana que vivía en nuestro barrio, en una inmensa casa y sin ninguna otra compañía más que un enorme y negro perro faldero que cada noche sacaba a pasear.

Realmente, nunca ninguno de nuestros vecinos se tomó el tiempo para conocerla, pero todos alguna vez llegamos a escuchar los rumores que pendían sobre ella, rumores que contaban la historia de una mujer pobre que ansiosa de riquezas hizo un pacto con el diablo y a cambio de cumplir con sus más banales deseos, no dudó en sacrificar las almas de su propio esposo e hijos.

Por mucho tiempo Raúl y yo discutimos la veracidad de esas historias y tras unas cuantas cervezas, encontramos el valor suficiente para ir a comprobarlas.

Como pudimos, nos brincamos la barda que servía de frontera entre su casa y la calle, tuvimos cuidado de no encontrarnos con el perro y con una palanca, destruimos la cerradura de la puerta delantera y nos adentramos en su hogar.

Aún sin saber si la historia del pacto con el diablo era cierta, una cosa era verdadera, aquella mujer tenía dinero y para probarlo estaban las múltiples fotografías que reflejaban sus viajes por el mundo, las decenas de muebles antiguos y bien cuidados, y los cubiertos de plata pura que guardaba en la despesa.

Cuando comenzamos a pensar que todo aquello no se trataba de nada más que de simples chismes, el sonido de un golpe seco llamó nuestra atención.

Pronto más golpeteos le siguieron y guiados por la curiosidad, los seguimos hasta hallar la fuente en el sótano de aquella casona.

Rodeada por un círculo de velas rojas y los cadáveres de gallos negros decapitados, se encontraba Doña Teresa, armada con un cuchillo y en un aparente trance del que salió tras un grito ahogado de Raúl.

Comenzó a confrontarnos, exigiendo saber qué hacíamos ahí y cuánto habíamos visto, pero antes de que siquiera pudiéramos responder se abalanzó sobre nosotros y trató de asesinarlos con su cuchillo.

Logró herir a Raúl en el hombro y tras un violento forcejeo, le arrebaté el puñal, y sin darle opción de que pudiera volver a defenderse le clave el arma justo en el corazón.

A la par que un chillido de dolor salía de ella, un potente aullido proveniente del piso de arriba hizo temblar la casa y no cesó, hasta que la mujer que por años había sido la causa de nuestros miedos, murió frente a mí.

Aún con las manos llenas de su espesa sangre y sin comprender nada de lo que había pasado, levanté a mi amigo y juntos salimos huyendo de la casa.

No fue hasta que me detuve para ayudarlo a saltar la barda, que me percaté de su presencia, aquel perro negro que servía de compañero de la ahora occisa anciana nos observaba desde la entrada de su casa.

Lo había visto miles de veces antes, siempre fue un perro calmo, pero ahora lucía distinto, pues no dejaba de mostrarnos sus afilados colmillos a la par que gruñía feroz y nos dedicaba, una pesada mirada que denotaba una sobrenatural inteligencia y que no parecía albergar nada más que un profundo odio.

Sin hacerle mucho caso continuamos la huida y aunque Raúl insistió con correr a buscar un hospital para atender su herida, yo se lo impedí pues si alguien llegaba a ver la sangre que ensuciaba mis manos, pronto sabrían lo que habíamos

hecho.

Tras darle unos rudimentarios primeros auxilios, tomamos todo lo que pudimos y esa misma noche nos fuimos de la ciudad.

Condujimos hasta bien entrada la madrugada y mientras recorriamos la carretera que nos llevaría a la ciudad vecina, el inmenso perro apareció en medio del camino, la sorpresa de verlo de nuevo hizo que perdiera el control del volante y termináramos saliéndonos de la carretera.

Por muy poco fue que logramos salir vivos, pero nuestra suerte no duro tanto, ya que nos esperaba aquel extraño animal que desde el otro lado de la carretera, amenazantemente, se acercaba a nosotros y mientras yo buscaba algún objeto con el cual pudiera alejarlo, el perro hizo algo que jamás creí que vería, habló.

“Mataste a mi bruja y como su familiar, es mi deber vengarla”, pronunció con una voz cavernosa antes de saltar sobre mí.

Pero antes de que siquiera pudiera ponerme una pata encima, los primeros rayos del sol aparecieron en el horizonte y tras tener contacto con su pelaje, este comenzó a quemarse.

Al ver que no lograría su cometido la criatura retrocedió, no sin antes advertirnos, que no descansaría hasta matarnos.

Hemos huido desde entonces, cuidando cada uno de nuestros pasos, pero estamos tan cansados que, sin darnos cuenta, cometimos un error y sin más alternativa, terminamos escondidos en una pequeña ermita en medio de la nada.

Aquella siniestra cosa nos ha seguido hasta aquí y desde la sombra de un árbol, atenta, espera que llegue la noche para por fin venir por nosotros.

Faltan pocos segundos para que anochezca y sin importar lo que suceda, tengo el único consuelo, de que al final de esto, ya no tendré que correr.

RONNIE CAMACHO BARRÓN
México



JOSECITO. EL DESOBEDIENTE

SEBASTIÁN BARRERA

La semana pasada volvía del trabajo en tren, pensando qué posibilidades reales había de que pudiera ver la tierra desde la estratósfera, e intentando hacer contacto visual con una flaca hermosa que estaba sentada frente a mí; ambas igualmente factibles. Tenía la cabeza apoyada contra el vidrio y el movimiento del tren me invitaba a quedarme dormido, cosa que no podía hacer porque si me pasaba de estación podía ir a parar al culo del conurbano, algo que ningún oficinista puede permitirse. Luchaba contra el sueño, y entre cabeceo y cabeceo, escuché una voz muy grave que me dijo:

—La única forma de no quedarse dormido es escuchando una buena historia.

Yo lo miré rápido y me apreté la mochila al pecho. Esas palabras solo podían salir de la boca de un asesino psicópata o de un pastor de alguna iglesia de esos que salen en la tele a la madrugada. Lo que vi no fue nada de esto, era un señor de unos sesenta años, con camisa, barba recortada y bastante gordo que me miró y me sonrió. Me tranquilizó que no fuera nada de lo que pensé y le dije:

—Estoy haciendo lo imposible, me bajo en cuatro paradas, despertame si me duermo —y le tiré una sonrisa.

El viejo me hizo una seña como para que me quedara tranquilo y me dejé llevar por el sueño. Apoyé la cabeza contra el vidrio y cuando me estaba por desmayar, escuché que empezaba a hablarme como si en algún momento yo le hubiera pedido que me cuente su historia:

Vos sabés que en el norte de nuestro país, en un pueblo muy poco poblado, existió un joven que se llamaba José Argentino Roberto Lánguideo Ortíz, le decían Josecito. —y, sí... —. Él era un pibe muy especial, todos lo conocían porque desde chiquito había mostrado una capacidad sobrenatural para flotar. — ¡¿Qué?! Yo sabía, era obvio que estaba loco, ¿ahora qué hago? No me puedo parar e irme, mirá si me sigue... —Nadie sabía por qué, pero al flaquito había que atarlo al suelo o dejarlo en ambientes cerrados, porque si no se te iba volando.

Era muy muy flaco, pero todos los doctores que visitó afirmaron que nada tenía que ver con su peso, sino que parecía que el pibe “no obedecía a nadie, ni siquiera a la ley de la gravedad”. Le recetaron, entonces, un tratamiento psicológico en la capital; un acompañamiento terapéutico para ver si podían solucionar su problema de conducta. Hizo tratamiento conductual, terapia de choque, le hicieron mirar manchas de tinta en un papel y hasta lo electrocutaron; de todo, pero no había caso, Josecito, en cuanto lo desatabas, se iba volando. —Cada vez que me decía que Josecito se iba volando yo miraba por la ventana a ver cuánto faltaba para mi estación; estaba, contra todos mis miedos, ante aquel escenario: un psicópata me contaba una historia desquiciada y era cuestión de tiempo hasta que sacara un cuchillo y empezara a apuñalar a la gente diciendo que Josecito volaba y que la gravedad no existía.— La familia del chico estaba muy preocupada: no podían ir a trabajar ni hacer sus quehaceres porque no lo podían dejar solo, tenía que haber siempre alguien supervisando que el joven no volara con el viento y se diera la cabeza contra una bombilla de luz, o se decapitara con el ventilador, la situación era muy demandante para todos.

El pobre Josecito vivió diecisiete años así, siempre con alguien a su lado y custodiado. Cuando iba a pasear lo llevaban como a los globos de helio, atado y a uno o dos metros de altura. Los días muy ventosos, que son muchos en el norte, el paseo estaba automáticamente suspendido, naturalmente. —¡Naturalmente dijo!— Cómo te imaginarás, la vida de Josecito se fue haciendo más y más dura con los años, las presiones de la adultez fueron agravando su cuadro porque, claro, sus padres ya eran mayores, él sabía que en algún momento tendría que buscar trabajo, cosa que su condición no le permitía. Había averiguado la posibilidad de pedir auxilio al Estado, pedirles que lo emplearan en algún puesto, quizá como meteorólogo, pero, lamentablemente, le respondieron que aún no existía el cupo para personas flotantes, pero que trabajaban en eso.

A esta altura ya no faltaba tanto para terminar mi viaje. La piba con la que intenté hacer contacto visual, viendo la situación, seguramente me terminó de tachar de cómplice del loco y se fue. El gordo no paraba de hablar y no parecía ni siquiera cerca de terminar su relato. Ahora hablaba del cupo laboral y lo injusto que era que el pobre José no tuviera dónde trabajar. Yo lo miraba y le decía que sí

con la cabeza, mientras relojeaba el trayecto: la próxima era mi parada. Solamente tenía que seguirle el juego al psicópata este unos minutos más, saludarlo e irme y rezar que no me siguiera al bajar del tren.

La mamá de Josecito, un día, en medio de un acceso de furia producto de una discusión que tuvo con su marido salió de la casa y olvidó cerrar la ventana. Unos minutos después, volvió con el corazón en la boca y desesperada, reconociendo su olvido, para darse cuenta que su hijo, inmortalizado como Josecito el desobediente, había sido arrastrado por una corriente de viento hacía quién sabe dónde.

Este parecía un punto razonablemente concluyente de la historia, así que me paré y le dije que me bajaba en la próxima y le agradecí la historia. El viejo me sonrió y me dijo:

—Bueno, qué casualidad, yo también me bajo acá. Mientras caminamos te termino de contar la historia, porque no quedó ahí, no sabés lo que pasó después con el hermano de Josecito, el obediente Juan.

En este momento supe que tenía que terminar, como sea, esa enferma relación que el gordo se pensaba que teníamos. Me paré en la puerta esperando que abriera, él se paró al lado mío y me siguió hablando muy de cerca. Cuando llegamos a la parada y la puerta se abrió, le hice una seña como que pasara primero. A lo que me contestó:

—Por favor, la juventud va primero.

Cuando bajé, él me siguió y, después de contar hasta cinco, me volví a subir al tren tan rápido como pude. El gordo enfermo quiso subirse detrás mío, pero le pegué una patada en el pecho y lo tiré al piso. La gente de la estación fue a socorrerlo y me puteaban. Las puertas se cerraron y el tren arrancó. La próxima parada era en los confines más oscuros del conurbano y yo lo sabía, pero prefería enfrentarme a los rufianes más despiadados que a la inventiva de un viejo loco.

SEBASTIÁN BARRERA

Argentina

Instagram: <https://www.instagram.com/seb.barrera/>



ALGODONES

MILAGROS ANTONELLA

CORALLO BAO

Habrán escuchado cierta vez que el algodón abriga más, que tiene propiedades curativas, que combate los resfríos y las gripes, hasta llegar a la conclusión de que rejuvenece, adelgaza y hasta es capaz de sanar y terminar con los traumas. Es lo único que podría justificar la geografía situada a continuación; donde los cinco albañiles arrancan pasto y lo reemplazan por algodón. Hablan del sueldo que ganan, de la vida sin grandes sobresaltos, y de la poca fila que hay en el banco. Escupen cerca de mis zapatos y se encargan de ocupar con la habilidad de sus manos la parte marrón, la cubren, y la ocultan, nadie mira. Obras sin recaudación ni malicia.

Yo soy la única desvergonzada que se atreve a espiar a la naturaleza desnuda, es el mayor de los pecados, hay que vendarse los ojos e ignorar el prado. Contener la respiración, ese aire prohibido desestima nuestra función. La función de humanizar la naturaleza, de llenarla de ropa, de demostrar y dar a conocer que ella depende de nuestro algodón. Hay que vestirla y taparla para que entonces sea digna y afortunada, de... ¡de ser utilizada!

“A la naturaleza le da placer ser consumida, ser usufructuada”.

Esa fue la frase reciente de nuestro gobernador. Hace poco descubrí que la tierra en algún momento tuvo otro color y que no siempre fue blanca.

¿De dónde viene la teoría *algonizada*? De su precursor, el “*hombre sin voz*”. Se dice que estaba aburrido en su casa y el ocio le provocó hambre, apetito de algo dulce, abrió la heladera... no había chocolate, ni mermelada, ¡mucho menos crema! De tanta desesperación se le ocurrió mezclar dentífrico con 250 litros de leche, a falta de azúcar derramó harina, lo mezcló con esencia de vainilla, agarró la sartén, le puso aceite y lo fritó por dos minutos, cuando lo tocó... ¡descubrió la textura más impresionante! Una suavidad de ensueños, un color blanco como la nieve. Dio a conocer su gran invento y todos quedaron tan perplejos que fue alabado, venerado y recompensado con el mayor de los reconocimientos. Eso se dice, yo creo que nadie lo probó y que además no era dulce, porque intenté hacer

lo mismo y me quedó una cosa quemada con sabor a menta. Es demasiado extraño, pero si dicen eso debe ser cierto.

La fila no avanza, pensé en dejar de esperar y regresar a casa, luego recuerdo que mis zapatos no tienen la cantidad de algodón que hace falta. Claramente eso puede desencadenar en una tragedia... La tragedia de la *roca pisada* es la más catastrófica de todas. Donde queda tu piel, tu volumen y tu masa trabados, ¡atorados! Movimientos paulatinos, ¡humanos destinados a caminar paso por paso!

Entonces dejo de quejarme y continuo formando, quizás la suerte me acompañe y caiga una rosa de algodón sobre mis ojos, con espinas suaves que acarician los labios. Se comentó cierto día (en el banco femenino) que existió una mujer pinchada por una rosa... que de sus dedos no salió algodón sino un líquido rojizo, que sus lágrimas no eran blancas, sino parecidas al agua. Que cosa más extraña, ¿no?

No quiero obsesionarme con esas leyendas tontas, que hacen volar la fantasía y apartan la mente de la racionalidad, de la coherencia y del "*pensamiento algodónado*", el más seguro de todos, el más real, atrae amparo. El algodón está en todo el mundo, y en nosotros mismos, es la conexión con la espiritualidad y la física, es símbolo de la riqueza y de la virtud suprema. Debe ser que su creador tenía pensado convertirlo en rey, y por eso mismo, debe llevar una corona. Corona que construimos nosotros, altar que vestimos, melodía que compusimos. Tengo que escuchar la danza del algodón a diario, y más adelante, cuando esté en condiciones físicas y mentales bailarla.

Será el frío de Alaska lo que obligó a las mujeres a usar este tapado. El tapado de algodón que nos protege de todo lo malo, ¡absorbe! Para que nunca tengamos el placer de secar lo que esta mojado, ¡oculta y ensombrece! Para que no tengamos la suficiente valentía de mostrarlo, mostrar nuestro cuerpo sin algodón es exhibir nuestra desprotección. Fue confeccionado por los hombres hace aproximadamente mil años, para evitarnos de los esfuerzos, para vivir en una

atmósfera de algodones, suave, ligera y sin preocupaciones. La tarea existencial para nosotras es utilizar la cantidad exacta de pegamento, dejarla tiernamente en las cejas, pestañas y cabellos. Luego... hacerlo caer, baile que entumece el ser, parte de ambrosía y parte de placer, coleccionando copos de algodón por doquier, cayendo como nieve, cayendo como lluvia, llevando a cabo el ritual y la osadía. ¿Traducción? Nuestro trabajo es ser bonitas a través del algodón (es por eso que se crearon los baños de algodón).

No es que me esté cansando de estornudar cada vez que me lo llevo al cuerpo, no es que esté harta del blanco estúpido que invade mi tiempo. Se trata, simplemente, de que tengo una sospecha, invade toda religión, desplaza y contradice al hombre ligero... ¿Y si el algodón no fue creado por el hombre? Mejor no me quejo, la fila ya se termina y es mi turno de cobrar, ¿cómo recompensa? 1500 trozos de algodón.

El día que crearon el banco femenino y masculino, las mujeres obtuvimos mayor cantidad, para tratamientos de belleza, para adelgazar... así los hombres se quedarían maravillados por nuestro buen manejo algodonado, mientras ellos invierten su porción en autos, casas, negocios y... ¿quién sabe qué cosas más? En cambio las mujeres debemos llevar una lista de todo el algodón utilizado, salir a la calle con tapados, debido a que la falta de abrigo podría desencadenar en abusos sexuales merecidos.

“Cuando la mujer carece de algodón, debe ser castigada sin restricción”. Frase reciente del gobernador.

Yo no entiendo muy bien la política algodogada, supuestamente nos beneficia a todos pero no soluciona nada, los pobres siguen pidiendo algodón, las mujeres continúan avasalladas por los estereotipos, y los hombres... los hombres siguen haciendo lo mismo; presumiendo sus diversas técnicas de conquista. Se dice que es un ritual de seducción empapado en alcohol, no me imagino como emborrachan al algodón... debe ser que vierten el vino sin permiso ni restricción. Y entonces “boom” de la nada el algodón es de su propiedad, es suyo y no hay

que decir más. Obedecerá y ya, recurrirán a una frase piramidal, los sube y los posiciona en un lugar intocable y celestial, de goce, de poder ilícito y de frialdad.

—El algodón es mío —mencionan a menudo.

¿Por qué? Por el simple hecho de haberlo obtenido. No sé si me explico, pero acá todo lo que se toca, se acaricia o accidentalmente se roza, es anotado en la lista de requeridos... ¡nueva propiedad! ¡Objeto! Juguete para romper y multiplicar, si se conformaran con un solo chiche no sería tan fatal, pero inducen a su disposición todo lo demás; algodón, cielo, fuego, agua, ¡todo! Todo lo convierten en veneno, en peligroso. Hace poco el aire se volvió humo, el agua se volvió un tóxico, ¿y el algodón? El algodón la excusa aprobadora de la sumisión.

Lo descubrí en la única situación donde no me invade esa cosa blanca, suave y esponjosa... ¡caprichosa! Me quiere invadir, piensa que es irresistible, pero yo me se controlar muy bien:

—Algodón no me interesas en absoluto —aseguro.

Le pongo una piedra arriba para que sufra el muy maldito, ¡sí! Porque se hace el importante, completamente altivo, con su textura tierna e indefensa, parece inocente, pero no, sé de sus intenciones... Bueno quizás no es tan malo, pienso que no pasa nada si lo acaricio un rato. No voy a quedar loca u obsesionado por su color, y otra vez... ¡su esponjosidad! Y... ¡ay! No puedo. “*Recapacitá*” me digo. Cachetada y vuelvo a ser normal en un segundo.

Ese algodón está intervenido, tiene un chip de malicia en su físico, tiene en su blancura una sombra que hipnotiza. Acabo de entenderlo... le lavaron el cerebro, para que obedezca y siga la orden del hombre. Ya no es natural, está a la disposición del humano una vez más.

Lo averigüé amenazándolo un poquito, yo sé que es un método de tortura bajísimo, pero le refregué en su carita algodónada mucho quitaesmalte.

—¡Sentí el olor! —le ordené, supongo que se desmayó.

No sé cómo se desmayan los algodones pero una forma de darse cuenta es admirar su suavidad, y claro, si está mojado. Resulta que lo había empapado todo,

lo admito se me fue un poco la mano. Casi ahogado descubrí que el algodón tenía impreso... en realidad era un sticker mal puesto, la frase formulada para ser explotado. Legalidad que nos da permiso para usufructuarlo, dejarlo por el piso:

“Hecho por el hombre”.

Es muy gracioso que también peguen ese sticker en las plantas... más tarde entendí que el algodón viene de las semillas. Manifesté esta inquietud a la política algodonada, y me respondieron que cuando el algodón es bebé accede a ser propiedad del hombre.

Debe ser por eso que nos pegaron el mismo sticker a todas las mujeres... Estoy pensando en crear otra versión, donde los seres vivos no tengamos que pertenecer sino ser, pero no creo que me la acepten.

Por el momento empiezo de a poco, dejo de leer *“el manual del hombre sin voz”*, supongo que de tanto tragar esa mezcla extraña lastimó sus cuerdas vocales, ¿quién sabe?

Me revelo y no compro más algodón, me revelo un poco más y convengo a todos de no invertir, de no usufructuar.

Cuando nadie quiso entregar su dinero, justo en ese momento, la locura del algodón comenzó a bajar. Ahora empezaron con algo nuevo... “el trigo”

Lo bueno es que sabemos eso... no todo está hecho por el hombre, por ese motivo las mujeres empezamos a vender buzos:

“Hecho por las mujeres y ayuda extra de la naturaleza”.

Nosotras nos hicimos un sello y no un sticker feo. Respetamos al medio ambiente y sabemos, por lo menos, que la lana viene de las ovejas. Ellos... ¿lo sabrán?

MILAGROS ANTONELLA CORALLO BAO
Argentina



MI AMIGO CLODOMIRO

LUIS J. GORÓSTEGUI

Hace un par de meses me mudé, por motivos laborales, a un país del norte. En cuanto me instalé en mi nueva casa mis vecinos vinieron a darme la bienvenida, eran gente muy amable. Cada uno trajo un presente: recuerdo que una vecina me trajo un pastel típico del país —no recuerdo ahora su nombre, que, por otra parte, sería incapaz de pronunciar—; un matrimonio, ya mayor, me regalaron un precioso edredón: «como habrá podido imaginar, aquí hace mucho frío», me dijeron ocurrentes; afortunadamente chapurreaban español y yo sé inglés, así que nos entendíamos. Lo pasé muy bien y nos reímos mucho. Yo les agradecí sus regalos y me disculpé por no poder presentarles a mi querida mascota. «Le he llevado al dentista y he tenido que dejarle en la clínica; por la anestesia, ya saben. Se llama Clodomiro, pero en cuanto le traiga me pasará por sus casas para que les salude. Ya verán cómo les encanta», les expliqué y ellos asintieron complacidos. Todo iba genial. Incluso unos días después un vecino me invitó a visitar su empresa, «es el día del simulacro; ya verá lo bien que lo pasamos», me aseguró.

—Verá —me explicó—, este país es muy frío, no hace falta que se lo diga, y es conveniente que estemos preparados y sepamos en todo momento cómo actuar si fallara la calefacción. Por eso, cada dos años, mi empresa reúne a todos sus trabajadores y simula un fallo en el sistema; además aprovechamos para asistir a un cursillo para saber qué hay que hacer para evitar morir de frío; todo ello mientras se apaga el sistema de calefacción y el edificio, y nosotros dentro, nos morimos de frío; es un decir, ya me comprende —me dijo soltando una sonora carcajada.

Lo cierto es que no me hizo mucha gracia la invitación pero, para no quedar mal, acepté. El lado bueno era que el día en cuestión coincidía con el día en que recogía a Clodomiro del dentista; así aprovecharía para que mi vecino pudiera saludarle.

Así que allí fui. Me fijé en que yo no era el único invitado; al parecer era costumbre que amigos y familiares acudieran también al evento termodinámico,

como yo lo llamaba. Nos acomodamos en el salón de conferencias y aguardamos a que la temperatura bajara.

—Durante la espera solemos contar chistes o algo curioso, para entretenernos antes del cursillo —me dijo mi vecino mientras se comía un helado de chocolate que había comprado en el bar de la empresa. Se notaba que estaba acostumbrado al frío. Yo, sin embargo, empezaba a no sentir las manos.

Y era cierto. Durante los siguientes minutos asistí a un recital de chistes y ocurrencias a cuál más ingeniosos por parte de los asistentes. Afortunadamente, mi vecino me traducía lo que decían. Debo reconocer que el tiempo se pasó volando y el cursillo sobre el frío resultó más ameno de lo que preveía. Puede parecer asombroso, pero alcanzamos treinta y dos grados Celsius bajo cero.

Durante todo ese tiempo Clodomiro había permanecido en el coche, calentito con la calefacción puesta, y se me ocurrió, supongo que contagiado por el ambiente de camaradería que se respiraba entre los allí presentes, que sería buena idea, como muestra de agradecimiento, mostrarles a mi mascota, en lugar de esperar a salir para que le viera solo mi vecino. «Seguro que les gustará conocerle», me dije optimista.

Clodomiro es un animal muy inteligente. Yo le tenía enseñado cómo responder a ciertas llamadas y a hacer ciertas tareas y, entre ellas, cómo usar la llave y abrir la puerta del coche, aunque estuviese cerrada con llave. Sí, tan inteligente es. Así que le llamé al teléfono del coche.

—Clodomiro, Clodomiro, ¿me oyes? —dije.

Clodomiro me respondió alegre con un par de leves gruñidos de reconocimiento. Sí, también sabe contestar al teléfono.

—Clodomiro, ven a buscarme —añadí.

Y sí, también es capaz de encontrarme aunque esté escondido. Y mientras esperaba que llegara, me puse de pie y le pedí a mi vecino que me tradujera lo que iba a decir. Él aceptó.

—Queridos amigos —comencé diciendo—, estoy muy agradecido de haber podido asistir a este entretenido evento termodinámico —hubo algunas risas—. Sois todos estupendos —algunos aplausos y más risas—. Por eso quiero corresponder a vuestra amable invitación —dije mirando a mi vecino, que sonreía complacido— haciendo venir a mi querida mascota Clodomiro para que os muestre algunas de sus habilidades —hubo un silencio de expectación; supongo que nadie se lo esperaba, era lógico—; por eso le acabo de llamar y en breves momentos le veréis entrar por la...

En eso se oyeron unos pasos de alguien corriendo descalzo por el pasillo. La gente miró sorprendida, pues el sonido aumentaba de intensidad de manera alarmante. Los que estaban junto a la puerta intentaron, instintivamente, apartarse, pero no llegaron a conseguirlo a tiempo. En eso, un enorme gorila macho de lomo plateado —200 kilos de puro músculo y 1,90 de altura, con unos brazos como troncos y una mirada intensa— entró en el salón emitiendo gruñidos evidentemente de alegría por haberme encontrado; sin embargo, la gente al verlo tan grande, con esos colmillos afilados —precisamente acababan de limpiarlos en el dentista—, supuso lo peor y huyeron despavoridos.

Yo intenté calmarlos asegurando que Clodomiro tenía todos los papeles en regla, que estaba vacunado contra todas las enfermedades y, sobre todo, que no era peligroso, pero no me fue posible pues nadie me hacía caso; y una avalancha de gente desenfrenada y frenética se abalanzó por donde pudo, rompiendo los cristales de las ventanas y saltando al vacío —afortunadamente estábamos en un segundo piso, por lo que no hubo que lamentar muertos, aunque sí algunas roturas de huesos y dislocaciones—. He de reconocer que las vías de escape estaban bien señalizadas y la mayoría evacuaron la sala por ellas en pocos segundos. Solo quedamos Clodomiro y yo, de pie, en medio de la sala vacía.

—Tranquilo, Clodomiro, tranquilo —le dije a mi amigo—, no ha sido culpa tuya, tranquilo.

Clodomiro miraba sorprendido, sin comprender por qué todos huían. Tres días después fui «invitado» a abandonar el país.

Hace algunos años viajé al Congo para trabajar en una reserva de protección de animales y allí conocí a Clodomiro. Por aquel entonces era una preciosa cría; sus padres habían sido asesinados por cazadores furtivos. Mi intención era devolverle a la selva en cuanto pudiera pero la guerra me lo impidió, así que acabé llevándomelo a casa. Desde entonces hemos vivido juntos. Es un animal muy inteligente, ya lo dije antes, y aprende todo con mucha rapidez, por ello supuse que su presencia no causaría ningún revuelo en el salón de conferencias; además, estando yo con él, pensé que no habría problemas. Sin embargo la gente se asustó, y mucho, aunque no alcanzo a saber muy bien el porqué, pues Clodomiro es muy bueno y cariñoso, incluso le he enseñado a dar besos y a estrechar la mano cuando le presento a alguien. Lamentablemente en esa ocasión la cosa no salió como pretendía. «Debió ser cosa del clima», me digo; y es que ese país del norte es tan frío...

LUIS J. GORÓSTEGUI

España

Blog: <https://observandoelparaiso.wordpress.com/>

Twitter: <https://twitter.com/ObservaParaiso>



EL QUIJOTE DEL BUS MANUEL SERRANO

Ya sabéis que existe una desviación sexual que se conoce con el nombre de mecafilia: atracción por los coches y demás automóviles. Lo digo porque esta historia me volvió a pasar en un autobús. Sí. Otra vez en un autobús. Pero no soy mecafilico. Solo que las cosas ocurren dónde y cuándo quieren y a mí, me ocurren en el autobús. Uno de esos articulados.

Sabéis que nunca me siento. Prefiero dejar el sitio para las personas mayores. Me quedo de pie. Me gusta observar a la gente. Pero este día iba sentado. Leía distraídamente mi libro digital mientras el autobús se llenaba parada tras parada. Iba abstraído o despistado. Cuando noté el agobio de la gente a mi alrededor ya era tarde. Una marea humana poblaba la plataforma y se zarandeaba con cada curva o frenazo. A mi lado iba una señora de edad indefinida agarrada a mi asiento. No lo dudé. Me levanté y se lo cedí. Lo aceptó no sin antes decirme varias veces que no hacía falta. Según parece este gesto les agradó a los de mi alrededor que empezaron a alabarlo por inusual. No me di por aludido, pero mi ego casi no cabía en el atiborrado autobús. Unas paradas más allá quedó libre el asiento al lado de la señora. Me lo ofreció solícita y me vi en la obligación de aceptarlo ante la insistencia de los viajeros de alrededor. Esperaba con esto acabar mi episodio de "cededor" de asiento y caballero.

No fue así. Al momento apareció otra señora con un bebé de pocos meses al brazo. Nadie se levantó para cederle el sitio. No podía consentir que esa pobre madre sufriera con el peso del niño y me levanté. Me lo agradeció el pequeño con un gorjeo. La madre también se deshizo en palabras de agradecimiento hacia mí y recriminaciones a la poca sensibilidad de otros viajeros. Otra vez vi las miradas de admiración y las sonrisas de aprobación por parte de los viajeros de edad que iban cerca de mí.

Aquella situación empezó a angustiarme. La gente me miraba y susurraba. Imagino que cosas buenas pero el exceso de atención es tan malo como la falta de la misma. Barajé la posibilidad de apearme en la primera parada y subirme al

siguiente, si venía más vacío. No me dio tiempo. Antes de la siguiente parada se levantó un señor y quedó otro asiento vacío. Una señora me hizo señas para que lo ocupara a su lado. Un pasajero despistado o listo intentó ocupar el asiento, pero ella lo evitó con una mirada profunda. Retrocedió y me miró con asco cuando pasé por su lado para ocupar el asiento que me reservaba la señora. Varios hombres también me miraron mal. Las mujeres estaban encantadas con mi comportamiento y aprobaban con beatíficas sonrisas mis idas y venidas por el autobús.

En otra parada apareció una prueba más para mi buen día: una abuelita con dos nietos pequeños intentaba subir al ya más vacío autobús. Oyendo el clamor silencioso del autobús, me levanté como un resorte y fui a ayudarles a subir. La senté en mi sitio y les pedí a los de al lado que dejaran sentarse a los niños. La anciana me dio el bono y lo cancelé. Volví cerca de la señora y sostuve al niño pequeño para que no cayera del asiento.

Aunque la población del autobús cambiaba, las mujeres contaban unas a otras lo que había hecho “aquel señor de allá”, decían señalándome sin pudor. Y me sonreían. En esos momentos me sentía como el Superman de los autobuses urbanos. Me había convertido en el don Quijote que tenía que reprender a cualquier energúmeno que no se comportara como se debe con el resto, ya sea una mujer, un anciano o un discapacitado. Las mujeres se sentían seguras cuando yo estaba cerca.

Pero el tiempo pasaba y había llegado el momento de bajarme en mi parada. Me puse en pie y me dirigí a la puerta de salida. Varias decenas de ojos me miraron; unos con súplica y otros con alivio. En un segundo valoré qué pasaría si dejaba a toda aquella gente a merced de los despiadados y crueles seres humanos incapaces de ceder el sitio. Decidí quedarme y bajar el último. Preservaría la seguridad de toda aquella gente y después regresaría caminando a mi casa.

Poco a poco fue vaciándose el autobús. Las personas bajaban sin dificultad; ayudaba a quien lo necesitase. La conductora también se acercaba lo

más posible a la acera para que el tránsito fuera más sencillo. Era la hora de comer y el convoy se estaba vaciando.

Recuerdo que una anciana con su andador me plantó dos sonoros besos en las mejillas cuando le ayudé a bajar. Volví al autobús envuelto en la gloria de los dioses y con los dos ósculos tatuado en mi cara.

Al cabo de una hora estaba de nuevo frente a la parada de mi casa. No pude dejar el autobús al final del trayecto; estos servicios circulares no tienen parada final. Solo dan vueltas sin cesar a su ruta y nunca, nunca se quedan asientos vacíos. Mientras quede en el autobús una persona que necesite de mi ayuda, yo estaré aquí.

MANUEL SERRANO
España



LA CAJA

JOSÉ A. GARCÍA

La caja llegó a mis manos, es uno de los pocos servicios de mensajería puerta a puerta que continuaban funcionando. Si preguntara cómo es que logra sobrevivir una empresa que se ocupa de tareas tan arcaicas como destinadas al olvido, no sabría qué respuesta recibiría, por lo que prefería no indagar demasiado.

Me encontraba en medio de la mudanza, en cualquier momento llegaría el camión en el que cargaría todo lo que había acumulado en mi vida y que pensaba conservar conmigo, pero aquel misterio logró imponerse sin dificultad.

Aunque es cierto que la caja venía envuelta en una tela engomada que llevaba décadas sin fabricarse, la fecha en el matasellos no podía tratarse más que de un error de tipo. Traía, además, en un sobre que colgaba en el exterior del paquete, una carta mecanografiada en dos cuartillas de papel que debían de ser viejas y estar amarillentas mucho tiempo antes del momento en que fueran utilizadas. A pesar de las dudas, el sobre estaba destinado a mi persona, por lo que al abrirlo y leer su contenido, no cometía ninguno de los delitos estipulados por la ley.

Las manchas de tinta y las palabras mal tachadas hablaban más de la impericia de quien utilizaba una vetusta máquina de escribir tal vez por primera y única vez, que de posibles dudas al momento de la redacción.

Eran dos cuartillas, como ya dije, cubiertas de palabras apretadas que pretendían dar cuenta de las razones de quien me había hecho llegar aquella caja en plena mudanza. Sin presentación alguna, la carta comenzaba a enumerar las razones de quien la escribiera:

Primero. Estoy vivo. Como en la mejor trilogía en la historia del cine mundial, estoy vivo en el pasado. Pero no hace falta que vengas a buscarme. Porque todavía no se inventó el viaje en el espacio-tiempo en tú época. Lo sabés, y también lo sé.

Esto es lo segundo. Vos sos yo, o yo soy vos. Es lo mismo. Pero hay una

distancia de tiempo entre uno y otro que resulta insuperable de momento. Incluso aunque sé que te gustaría estar aquí, donde me encuentro ahora, y aunque sé que me gustaría estar allí, donde te encuentras ahora, no es posible.

Tercero. Si por alguna razón sí es posible, si alguien del futuro se pone en contacto con vos antes de que llegara esta carta, o después, porque para el caso es lo mismo, no vengas a buscarme. No hace falta que me rescates de nada, ni de nadie. Al menos por ahora.

Cuarto. Podrás decir que es imposible pero SÉ qué es lo que necesitas. Sí. Está en la caja. Me costó mucho saberlo, pero una vez que descifré el enigma, no dudé en hacerte llegar la respuesta de la única manera en que se me ocurrió hacerlo. Es decir, de la mejor manera.

Quinto. ¿Cómo sabía que el correo iba a seguir funcionando luego de tanto tiempo? Esa respuesta me la guardo para mí. Tal vez algún día vos también la descubras. Tal vez no. Como sea, disfruta de lo que te envío. Muchos desearían que, en un momento de adversidad, alguien llegara para ayudarlos de la forma en que lo hago contigo.

Sexto. Es lo mejor que vas a conseguir para superar tu situación. Sabelo.

Un garabato indescifrable ocupaba el lugar en el que debería encontrarse la firma en una carta. Se parecía, en parte, a la que decía que era mi firma, aunque llevaba tanto tiempo sin usarla que resultaba difícil estar seguro. Pero también podrían ser varias líneas tiradas sobre el papel al azar. No había manera de saber cuál era la opción correcta.

Con el cutter que llevaba usando todo el día rasgué la tela engomada y saqué la caja de su envoltorio. Luego, con un poco más de precaución, corté la cinta que mantenía unidas las solapas, y la abrí.

Debería de haberme dado cuenta antes, tal vez por el peso, de que la caja estaba vacía. Pero hasta ese momento había querido creer en lo contrario.

Sin comprender muy bien qué estaba pasando, miré hacia los lados. Entre

las cajas apiladas cerca de la puerta descubrí varios libros que habían quedado sin guardar la noche anterior cuando descubría que me había quedado sin espacio en la última...

—Qué hijo de... —murmuré al darme cuenta que esos libros entraban, a la perfección, en la caja que tenía en mis manos.

JOSÉ A. GARCÍA
Argentina

Página WEB: www.proyectoazucar.com.ar



EL CAMINANTE DE DOS ERAS

LILIANA CELESTE
FLORES VEGA

Una luna gibosa y amarillenta derramaba su fantasmagoría sobre la montaña vieja haciendo del paisaje una stampa tan familiar como anacrónica. El conde Randolph Waleska se encontraba de pie en el torreón principal de su castillo desde donde podía contemplar la aldea que durante años había protegido de los ataques de hombres lobos, brujas, espantapájaros vivientes, zombies y otros engendros del infierno.

Esos eran sus dominios pero días atrás habían llegado los Inquisidores y un grupo de Caballeros de Dios con la misión de erradicar a los servidores del Diablo... Y eso lo incluía a él pues era un vampiro. El Sumo Pontífice había ordenado su ejecución a pesar de que él había sido el protector de aquellas tierras durante centurias.

Los vio llegar por el sendero flanqueado de álamos blancos portando antorchas y estandartes con el símbolo de la Sacra Orden, al menos no habían sido tan traicioneros y cobardes de atacarlo durante el día. El vampiro estaba dispuesto a luchar y así lo hizo cuando los Caballeros de Dios ingresaron a su castillo violentando las macizas puertas de roble con un ariete bendecido. Uno tras otro cayeron los Caballeros de Dios, eran hombres valientes y formidables soldados pero al final de cuentas eran simples mortales cuya fuerza no podía compararse con la de las criaturas infernales que él acostumbraba enfrentar, sin embargo eran demasiados y el vampiro se sentía agotado.

Ya había acabado con todos y se disponía a tomar un respiro cuando sintió su cuerpo paralizado, a duras penas pudo girar y vio en el centro del salón a una mujer vestida con un hábito blanco y dorado, sin duda era aquella a la que llamaban la Hermana Santa. Ella sostenía una reliquia: Una cruz de oro que contenía un pedazo de madera de la cruz de Cristo.

—¡Ríndete, Randolph! —exclamó ella con la reliquia en alto, aquella voz le era familiar, el vampiro se estremeció cuando la miró a los ojos.

La reconoció, aunque la última vez que la había visto era solo una muchacha y ahora era una mujer de edad madura. Una aldeana nacida con el don

de la visión, muchos creían que era una bruja, él la había salvado de la horda de campesinos ignorantes que querían lapidarla y la llevó a su castillo. La protegió y le enseñó a usar su don, no pudo evitar enamorarse de ella, pero cuando le confesó su amor y le propuso abrazarla para convertirla en su compañera ella huyó. Habían pasado más de cuarenta años y él había amado a otras mujeres pero aún la recordaba.

—Marianne ¿Cómo puedes hacerme esto? —le preguntó el vampiro— ¿Ya no recuerdas cuándo te salvé y te protegí?

—Lo recuerdo —le respondió ella sin dejar de sostener la reliquia— por eso he intercedido por ti, si te arrepientes y abrazas la Fe el Sumo Pontífice te otorgará la paz, serás libre de tu maldición y recuperarás tu alma.

—¡Nunca! ¡Soy lo que soy y no tengo nada de qué arrepentirme! —exclamó el vampiro.

—Entonces no me dejas otra opción —dijo ella y empezó a recitar una plegaria, el vampiro sintió que las fuerzas lo abandonaban.

El vampiro intentó resistirse pero cinco Inquisidores portadores de reliquias santas ingresaron al castillo y se unieron a la plegaria de Marianne. Randolph cayó al suelo sin fuerzas. Lo ataron con cuerdas de cáñamo, lo colocaron en un ataúd de madera de rosa salvaje, lo subieron a una carreta y lo llevaron a la abadía en donde los esperaba el Sumo Pontífice.

—Conde Randolph —dijo el Sumo Pontífice— en reconocimiento por haber defendido a los aldeanos de aquellos engendros del infierno y a petición de nuestra Hermana Santa se te ofreció la salvación pero la rechazaste. Ahora te condeno a una eternidad de angustia, permanecerás encerrado en este ataúd, enterrado en las catacumbas de esta sagrada abadía bajo reliquias santas y vigilado por los Caballeros de Dios, mientras exista nuestra Sacra Orden permanecerás bajo tierra.

Y pasaron los siglos... Hasta que un día el vampiro sintió que su cuerpo

entumecido recuperaba el movimiento. Poco a poco las fuerzas volvieron a él, rompió la madera petrificada del ataúd, sobre él cayeron las reliquias que habían perdido su poder y las hizo a un lado con disgusto, luego se abrió paso entre los escombros pues la sagrada abadía y la Sacra Orden hace mucho tiempo que habían dejado de existir.

El vampiro salió a la luz, la luz del día que no lo quemó, solo le causó un leve cosquilleo sobre su piel amarillenta y arrugada. Entonces notó que el sol se veía pequeño y lejano en un cielo plomizo. Todo a su alrededor era yermo y gris.

Caminó entre las ruinas de un mundo que ya no existía hasta que divisó lo que parecía una ciudad con altas torres de vidrio y metal. Se quedó de pie ante la enorme puerta de metal, entonces un extraño dispositivo salió de la misma puerta, lo examinó y escuchó una voz que era un remedo de la voz humana:

“Vida detectada, humano infectado con el virus vampírico, haciendo diagnóstico respectivo... Es recuperable”

LILIANA CELESTE FLORES VEGA
Perú

Blog: Memorias de una Dama Blanca - <http://lilinaceleste.blogspot.com>

Facebook: <https://www.facebook.com/lilethoficial>



EL BAR

JULIO VILLARREAL

GAVIRONDO

Hacía unos minutos que los mozos habían logrado “convencer” al último parroquiano que había quedado acodado al mostrador, del que al parecer no se podía separar, que el bar debía cerrar. Al final, luego de un intercambio de palabras, amablemente lo acompañaron a la puerta, donde quedó largo rato parado, hasta que logró orientarse y se fue. Dentro del local el bullicio había dejado paso a la calma, pero no una calma silenciosa. Desde la cocina se escuchaba el entrechocar de vasos, copas, platos y cubiertos, de vez en cuando alguna estridencia y el grito de agonía de los heridos, cuando eran barridos en el suelo. Los mozos, como robots programados, retiraban los manteles e iban colocando las sillas sobre las mesas, mientras los encargados de la limpieza barrían, juntaban la basura y lavaban el piso. Ese era el momento donde las cosas cobraban vida.

—Estoy tan cansada —le dijo Juana la silla a la mesa— no sé qué es preferible, que se siente un gordo o un niño sobre mí, me dejan las patas flojas.

—Recuéstate en mí —le dijo esta—, y trata de dormir, hoy es sábado, trabajaremos todo el día y esta noche haremos horas extras.

—Ahora le toca el turno a esa vieja chusma —dijo la silla señalando a la escoba.

—Si, por suerte esa cosa que la zangolotea de un lado a otro, la sumerge cada tanto en el boca sucia del balde, torturándola para que confiese sus pecados.

—No la tiene todas consigo el señor trapo, mira como queda, sucio, húmedo y estrujado.

—Más o menos como mi túnica de trabajo, manchada y arrugada, ya no está inmaculadamente blanca, parece una obra de arte abstracta. Me siento desnuda sin ella y siento la mirada lasciva del mostrador sobre mí. Toda la noche me observa mientras escucha al barman, a los mozos, a los parroquianos y trato en vano de cubrirme con mi túnica, pero a él parece gustarle más lo que insinúo que lo que muestro ahora.

—Los bancos son más tímidos, siempre me dan la espalda, hay uno en

especial que me atrae, es ese que está en la punta del mostrador, sé que no le soy indiferente —dijo la silla— cada tanto me mira de reojo como perro apaleado, pero no se anima a decirme nada.

—Hace un rato escuché gritos agónicos en la cocina.

—A veces en el apuro por terminar la labor, los autómatas de la cocina se vuelven torpes, se les cae una bandeja con cubiertos, platos, vasos o copas, por eso al otro día los vemos de luto.

—Ahora entiendo la razón porqué a veces a los vasos les corren las lágrimas en su interior, son muy sensibles.

—Baje un poco la voz, ahí viene doña escoba, esa escucha todo y es una barriga fría.

—Nosotros también escuchamos lo que conversan esas cosas que se sientan sobre usted, entrecruzan las miradas sobre mí o la fijan en los platos.

—Es verdad, se escucha de todo, confesiones, discusiones, y hasta eructos ordinarios.

—Son tan variados los temas, se puede hacer un popurrí con ellos y estamparlos en un libro.

—Algunas veces esas cosas garabatean en las servilletas, mientras paran la oreja y tratan de escuchar algún dialogo específico.

—Así es, pero se ha dado cuenta que casi siempre andan solos, a la pesca de algo en el ambiente o el aire, parecen seres de otros mundos, están ahí, como cosas bobas.

—Esas cosas bobas que usted dice, cada tanto presentan un libro, los escuchan algunos, los aplauden unos pocos.

Las cosas se retiran, en el bar solo quedan esos seres, que ahora duermen en silencio.

JULIO VILLARREAL GAVIRONDO
Uruguay



ETERNIDAD

GERARDO ÁLVAREZ

BENAVENTE

Se acercó a la orilla, la imponente del mar lo seducía, todo ese mundo por explorar, tanto por conocer. El rumor de las olas parecía decirle: "ven... ven aquí... ven". Y al igual que en el útero materno, el océano primigenio lo llamaba para lanzarlo a un nuevo mundo. Por fin se quitó los zapatos y sus ropas y caminó en el agua fría. Se internó despacio, el agua se volvía más tibia a medida que pasaba el tiempo. Su cuerpo se fue cubriendo hasta que decidió zambullirse. El sol de la mañana iluminaba con sus rayos oblicuos la superficie del mar y también los primeros centímetros bajo el agua. Braceó y volvió a mirar hacia la costa. La orilla había quedado lejos. Se zambulló de nuevo.

Nadaba y nadaba sin descanso y se sumergió en lo más profundo del mar. Casi sin oxígeno en los pulmones continuaba pues estaba dispuesto a hallar el misterio que se escondía en el fondo del mar. ¿Cómo no hacerlo?, si allí se encontraba nada menos que el misterio de la Humanidad, el misterio de la Vida. No se podía detener ahora. Conocería el secreto, debía hacerlo.

El oxígeno abandonó por fin sus pulmones, su cuerpo azulado se confundía con el azul del mar. Un instante de terror golpeó en su cerebro advirtiéndole que no podía respirar. Tragó agua, sin embargo, no le ocurría nada, podía continuar nadando bajo el agua del mar. Podía respirar el agua, se había convertido en una especie de anfibio. Sin explicárselo, ni preocuparse más absorbió todo el oxígeno del agua y redobló sus brazadas avanzando aún más veloz que antes. Continuó penetrando en la oscuridad cada vez mayor del océano y abriendo bien los ojos intentó captar la minúscula luz que aún había en las profundidades. De pronto se dio cuenta que podía ver, veía cada vez con más claridad, una luz blanquecina lo inundaba todo. Veía pasar los peces frente a sus ojos como en una película. Peces enormes y extraños, con formas increíbles, planos y alargados, con dentaduras voraces y cabezas con espinas. Anguilas eléctricas, anémonas de mar y aún otros seres cada vez más inverosímiles llenos de patas y antenas.

Se maravillaba ante el espectáculo y su liviandad le permitía acercarse sin que los peces huyeran ante su presencia. Nadó pletórico de emoción. Nadó y se dirigió rumbo a unas grutas subterráneas por donde un vapor rojizo asomaba. Se internó por ellas y las atravesó abriendo mucho los ojos para observar hasta el mínimo detalle. Las rocas eran macizas y de su interior emergía el vapor que le envolvía y que sin embargo no le quemaba la piel, quizás debido al agua fría del océano. Allí también vivían criaturas extrañas, que se arrastraban por la roca: una especie de gusanos transparentes e interminables que se enroscaban en si mismos para luego extenderse todo su largo y volver a enroscarse y de esa manera avanzar. Otros, parecidos a cangrejos de innumerables patas y antenas con pinzas que perseguían a los gusanos, más allá un cúmulo de luces se movían al unísono y de pronto el vapor las sacudía y podía verse que era un grupo de peces linterna que avanzaban listos para tragarse alguna criatura que anduviera cerca.

Atravesó la gruta saliendo por otro agujero del tamaño de una persona y continuó su recorrido alegremente. Su cuerpo desnudo y liviano giraba meciéndose con las corrientes marinas. Se preguntaba muchas cosas y pensaba que encontraría la mano de Dios allí escondida bajo alguna roca de coral.

Continuó su recorrida interminable, dispuesto a conocer todos los océanos de la Tierra si fuera necesario ya que no parecía cansarse. El corazón se le henchía gozoso al experimentar un viaje similar. Pensaba que él era el primer ser humano que tenía el privilegio de ver todo aquello.

Escuchó sonidos lejanos que identificó como cantos de ballenas. Sonidos largos que parecían no acabar nunca y que variaban apenas en microtonos. Los cantos se acercaron y lo rodearon. Un cardumen de tales bestias surcó el océano con sus voluminosos cuerpos. Y danzó a su par y se regocijó al ser envuelto por sus voces y entendió el significado de lo que ellas cantaban. Canciones de alegría, de amor, de lujuria. Y las ballenas siguieron su camino mientras él, se detenía a observarlas. De sus ojos brotaban lágrimas de emoción. Había visto a Dios, al verdadero; no vivía en los cielos sino allí, en el mar, creando y cantando su

canción de amor universal. Y así continuó surcando el océano y conociendo a todas las criaturas que lo habitaban.

Al día siguiente unos pescadores que se acercaron al muelle con sus redes y botes encontraron un cuerpo tirado en la orilla. Tenía la piel cubierta de arañazos, se hallaba semienvuelto en algas verdes y el pelo estaba todo enmarañado. No respiraba y sin embargo no parecía muerto ya que tenía en sus labios una leve sonrisa.

GERARDO ÁLVAREZ BENAVENTE

Uruguay

Blog: miscuentos17.blogspot.com



PIEDRA LIBRE

MARÍA DEL CARMEN

RAMACCIOTTI

La casa del bajo era húmeda y lúgubre. Tenía un sótano, planta baja, una escalera que venía desde la planta alta y desembocaba en un amplio espacio que habría sido un salón. Sobre esa planta había una terraza con una parte techada. Se hablaba de ella como el refugio de linyeras y fantasmas. O quizás, a esa fama la inventaron los linyeras para que no los molestaran los que creían en fantasmas. Supuestamente, las ánimas eran de la familia que misteriosamente desapareció una Navidad sin dejar rastros en el barrio, que en esa época era bastante despoblado. De los vecinos que vivían en aquellos momentos no quedaba ninguno y es por eso que solo contábamos con los supuestos.

Nosotros no comulgábamos con la idea de almas errantes. Por eso nos escabullíamos por el portón del fondo que daba al canal de riego de las quintas que circundaban al caserón. En invierno íbamos a la siesta, para volver antes que se hiciera la noche, por las dudas. En verano esperábamos que bajara el sol. Los varones fumaban ensayando adultez y cuando terminaban su ritual, jugábamos a las escondidas. El escenario era por demás adecuado por la cantidad de recovecos que nos ofrecía el interior y los alrededores de la edificación. Primaba el compañerismo y la diversión.

Allí conocimos a los vecinos de Normita, que se habían mudado hacía poco a nuestro barrio. Eran dos hermanitos muy pálidos, callados y serios, que observaban todos nuestros movimientos y gestos, participando así en silencio. Cuando jugábamos a las escondidas ellos siempre se escondían con Normita. Tal vez tenían miedo de jugar allí, debido a los comentarios que giraban en torno a la casa abandonada. Igualmente seguían yendo, así que tanto no les disgustaba o era el único programa que tenían.

Con el correr de los días comenzamos a notar que al llegar nosotros, ellos ya estaban. Norma venía protestando porque no la esperaban para ir juntos y sus padres no respondían a su llamado cuando los iba a buscar. Otro día, ya estaban sentados al lado de una mesita que no habíamos visto hasta entonces, tomando la

merienda. Un día, los descubrimos peinándose en el baño que se encontraba limpio y con una toalla en el toallero. Cuando los interrogábamos, respondían con risitas cómplices y enseguida volvían a su postura rígida y seria. A la semana siguiente nos sorprendimos al llegar a la casa, porque el parque se encontraba impecable y la casa había aparecido detrás de la maleza que habitualmente la rodeaba. Así cada día, hasta que una vez llegamos y no pudimos entrar. El portón se encontraba cerrado con cadena y un candado, se veían cortinas en las ventanas y los niños jugaban en el parque sin mirarnos y compartían el momento con una pareja vestida con atuendos extraños que tomaba el té en el sitio, en un halo de neblina, como suspendido en otro tiempo.

Ya casi era Navidad.

MARÍA DEL CARMEN RAMACCIOTTI
Argentina



FECHA DE CAZA

**CARLOS ENRIQUE
SALDÍVAR**

No me reconoce. Nadie me reconoce. Lo he estado observando durante toda la fiesta que uno de estos torpes realizó sin tomar las medidas de seguridad, porque así pude colarme y ubicarme en medio de tanto infeliz.

Él es distinto. Supuse que aquel joven, de no más de veinte años cortejaría a alguna muchacha y se iría con ella, pero esta noche no será de conquista para él; es atractivo, pero son sus modales los que incomodan y en esta época hay que saber comportarse con las damas, o uno se expone a que le tomen una foto con el celular y lo expongan como acosador, violento o tarado en las redes sociales.

Mejor para mí.

Se ha sentado en un sofá, junto a una pareja que se besuquea. Se está quitando el antifaz de El Zorro, parece que se va a retirar.

Qué distintos estos años, en mis tiempos no era de este modo, antes los varones tomaban a las mujeres por la fuerza y pocos reclamaban; así yo tenía una víctima opresora de la cual alimentarme, en tanto dejaba a la inocente para el postre.

Este chico no es malo, su rostro triste me lo dice, la bestia soy yo; lo veo despedirse de sus conocidos (tampoco tiene amigos en la reunión, qué sorpresa) y sale a la calle, pasa por rincones oscuros, los cuales ya conozco, me he paseado horas antes por aquí y todos saben que llevo un disfraz. La máscara de demonio (con ojos amarillos, colmillos y dos antenas de insecto) hoy en día no asusta a nadie, mas estoy convencido que cuando él me vio en la fiesta, se sintió intimidado. Para tristeza mía, no puedo andar por ahí con total libertad enmascarado, el resto del año. A veces lo hago, de noche, pero a la gente le parece que los disfraces van más con los delincuentes y no quiero exponerme a que me atrapen.

Soy fuerte, aunque no invulnerable.

Este será el sitio, se encuentra desolado. El chico está orinando en una pared. Lo haré con rapidez, si es posible en silencio, ni siquiera sabrá qué lo

golpeó. Es mejor si está inconsciente, soy brutal, sin embargo, no me gusta que griten, que supliquen, eso es cruel.

Intento pegarle por detrás con mi garra y él la evade por milagro, me pregunta qué pasa, qué quiero y vuelvo a atacarlo, esta vez con mejor tino, no obstante, me pateó; no me hace daño, lo sujeto de los hombros, lo derribo boca arriba y lo estrangulo.

Logra quitarme la máscara y ante él ve mi verdadera cara: la de una tarántula. Me salen los colmillos, las otras cuatro patas, soy un ser que salió del inframundo para alimentarse de carne núbil.

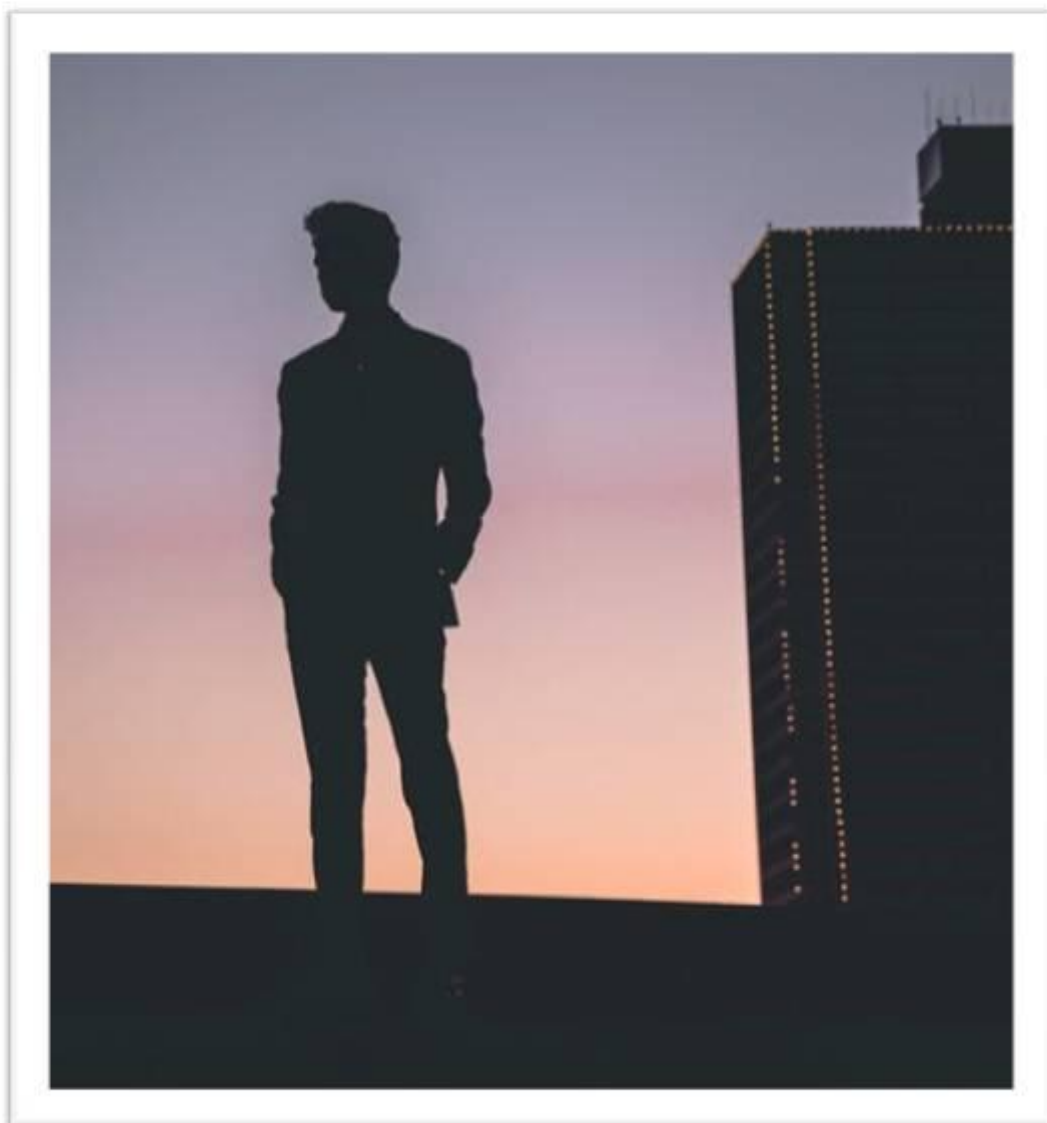
Halloween es una fecha especial, camino entre los humanos y en la noche los engullo, desmayados o muertos, pues, como dije, soy un monstruo, mas no llego a ser despiadado.

Solamente soy una criatura que, como cada año, ha conseguido una buena comida.

CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR
Perú

Blog: <http://fanzineelhorla.blogspot.pe/>

Facebook: <https://www.facebook.com/carlosenrique.saldivarrosas>



HISTORIA DE RENATO

MARTI LELIS

Al amanecer lo encontraron boca abajo, a un lado del kiosco, brazos abiertos, inmóvil y desnudo. Enterado, mi jefe me dio datos y la tarea de escribir la nota para “El Vespertino”. De camino repasé los hechos.

Llegó ayer. Estuvo en el templo durante poco más de una hora. Salió saludando, estrechando manos, palmeando la sorprendida espalda de todo ciudadano al alcance. Bajó alegre el empedrado, toqueteando paredes y ventanas. En el centro, siguió con los arcos de los portales, abrazó árboles. Acariciaba todo, como si al palpar morosamente los objetos, duros o blandos, suaves o ásperos, los creara. Algún testigo lo vio encaramado en las estatuas del parque. Se miraba regocijado las manos ennegrecidas, como un niño; las metía en las fuentes para calmar el ardor en palmas y dedos, o para reinventar la sensación fresca y resbaladiza perdida por los adultos, conservada por los niños.

Llegué a la plaza. Lo tenían cubierto con una sábana. Busqué entre la ropa que estaba a un lado. Una identificación lo bautizó Renato. Puse mi mano en su cuello: aún tenía pulso. Llamé a una ambulancia y se lo llevaron.

Estuve un rato mirando a mi alrededor: la ciudad parecía renovada en su vejez; reinventada en su persistencia. Fui a escribir la nota y al atardecer regresé al parque. En la fuente, esperé a que nadie me viera, acaricié la piedra y sumergí despacio un dedo en el agua.

Texto publicado en el libro *A propósito de San Juan y otras miniaturas* (2016)

MARTI LELIS
México

Facebook: [Marti Lelis](#)

Página WEB: www.ceremoniadepalabras.com.mx



**QUE DESCANSE
EN PAZ
LUCIANO ANDRÉS
VALENCIA**

“la muerte que teme nuestra carne es esa muerte de cada noche, que se llama sueño”

Jorge Luis Borges, “Arte Poética” (*El Hacedor*, 1960).

“To die: to sleep; No more (...)To die, to sleep; To sleep: perchance to dream: ay, there's the rub”

William Shakespeare, *Hamlet: prince of Denmark*, acto III, escena 3º.

Hay una idea que me anda rondando en la cabeza desde hace varios días. Bueno, en realidad, en mí esa idea anda rondando solo desde hace unas horas, pero estuvo en la cabeza de mi antecesor por varios días. Es complicado de entender, yo todavía me confundo doctora. Deje que se lo explique.

Hace unos días mi antecesor en este cuerpo tuvo una revelación que le quitó el sueño. Nunca más acertada esta expresión. Comprendió que nuestro cerebro es capaz de llevar adelante todas las funciones fisiológicas para mantener vivo al organismo, pero no es capaz por sí mismo de generar identidad y consciencia. Para eso se necesita de un alma. Nada nuevo dirá, los filósofos y los curas siempre hablaron de eso. Pero lo que descubrió es que el alma tiene serias dificultades para adherirse a la parte física, o sea, al cerebro. Mientras estamos despiertos y en interacción con el ambiente, el alma permanece en el cerebro. Pero al dormir y perder esa conexión, ambos se separan de una vez y para siempre.

Dicho de otra manera: dormir es morir. El alma sale del cuerpo y no podemos volver a conectarla. Al despertar una nueva alma ha ocupado su lugar. Un alma que llega en blanco y comienza a cargarse con los recuerdos almacenados en el cerebro. Al despertar, en realidad, estamos naciendo y recordamos una vida que no vivimos. La vivieron las almas que ocuparon antes el mismo cuerpo.

Es como la reencarnación, pero al revés: en vez de volver a nacer en otro cuerpo, una nueva alma nace en el mismo cuerpo.

¿Le parece raro, doctora? Por su cara, digo. Pero pienselo bien, tiene sentido. No ha notado que cuando despierta, al principio se siente confundida y le

cuesta adaptarse. Es que es su primera vez en este mundo. Lo que está sintiendo es nuevo, y los recuerdos anteriores recién comienzan a cargarse.

Mi antecesor, cuando tuvo esta revelación, comenzó a estudiar sobre el tema y, aunque le sorprenda, encontró evidencia científica en la que apoyarse. Hay una fase del sueño que se llama REM, en donde el cuerpo está entumecido y las lecturas son irregulares. Creo que así es la cosa. Eso es porque el alma ha muerto y la nueva todavía no ocupa su lugar.

¿Y los sueños qué son? Usted debe conocer a Freud, pero no es como él dice, doctora. Los sueños se producen porque la nueva alma ha nacido y está asimilando los recuerdos de ese cuerpo.

¿Leyó a Bertrand Russell? Ese ganó el Premio Nobel. Es decir, las almas que habitaron ese cuerpo hicieron un trabajo que mereció el Premio Nobel. Tiene un libro que se llama *Análisis de la Mente*, en donde plantea la “Teoría de los cinco minutos”. Dice que a lo mejor el mundo fue creado hace cinco minutos con una humanidad dotada de memoria de hechos que nunca sucedieron. Creo que Borges dice lo mismo. Esto es algo así, pero no es el mundo el que acaba de ser creado. Es un alma que acaba de nacer al mundo, pero con la memoria de las que la precedieron.

¿Y los casos de coma con electroencefalograma plano? ¿Se dice así? Me refiero a cuando el cuerpo todavía tiene signos vitales, pero el escaneo cerebral no da lecturas. Es un cuerpo sin alma. El cerebro está tan dañado que no puede albergar una nueva. Muy cartesiana la cosa: falta el “Ghost in the machine”.

¿Qué cómo terminé en este lugar? ¿Quiere que le cuente? Cuando mi antecesor en este cuerpo tuvo la revelación decidió no volver a dormir, porque quería prolongar su vida el mayor tiempo posible. Pensó que si lograba soportar unos días finalmente se acostumbraría y no volvería a dormir. Empezó con consumo de café, bebidas estimulantes, azúcar... también haciendo ejercicios físicos para aumentar la circulación sanguínea en el cerebro. Se pasaba la noche mirando videos. Prefería las películas de acción porque no eran aburridas y lo

estimulaban. Pero al tercer o cuarto día temía dormirse en cualquier momento, así que probó algo más extremo. Comenzó a ingerir cocaína y metanfetaminas. Se volvió demasiado irritable y sufrió alucinaciones de todo tipo.

Finalmente alguien hizo la denuncia y vinieron con la fuerza pública para internarlo. Aunque se resistió clamando por su vida (*“si me duermo me muero”*, gritaba) lograron someterlo y lo sedaron. Así fue como murió.

Yo nací esta mañana, cuando los sedantes dejaron de hacer efecto. Recuerdo todo lo que vivió este cuerpo, aunque hace apenas unas horas que estoy en él. El personal de enfermería no entendía cómo podía estar tan tranquilo después de lo de anoche. Yo trataba de explicarles que el de la noche anterior no era el mismo que el de esta mañana, pero ellos no escuchan. No son cómo usted que me presta atención y anota todo lo que digo.

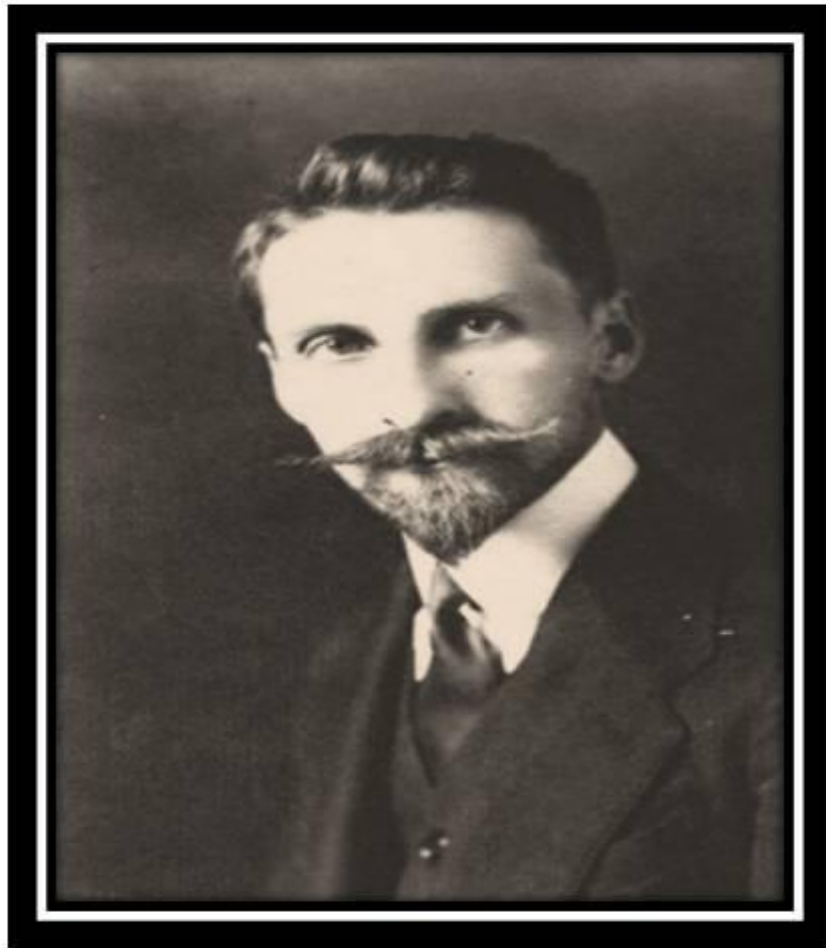
Sé que moriré esta noche, cuando me seden para dormirme. Me estarán asesinando, pero no guardaré rencor hacia los enfermeros porque no saben lo que hacen. Además ellos mismos morirán cuando vayan a dormir más tarde, con o sin sedantes, y no debo culpar a las nuevas almas que ocuparán sus cuerpos.

¿Ya terminó la sesión, doctora? ¿Cuál es su diagnóstico? Seguramente piensa que estoy loco y a lo mejor es así. ¿Mañana a la misma hora? Eso es imposible, doctora. Ambos moriremos esta noche al irnos a dormir: usted en su casa, yo en este loquero. Quienes se encuentren mañana serán dos personas que nunca se vieron anteriormente, pero se reconocerán de inmediato. Es como el río del griego ese: estamos fluyendo todo el tiempo. No somos dos veces los mismos, nunca volvemos a ser los mismos.

Buenas tardes, doctora, y que descanse en paz esta noche.

*Una versión más breve de este cuento fue publicada en la antología *Aurora de Autor* (Dunken, 2020).

LUCIANO ANDRÉS VALENCIA
Argentina



GRATITUD
ETERNA
JOSÉ LUIS
DÍAZ MARCOS

—Entonces, ¿usted de qué novela es? —preguntó con avidez.
—Mire, señora, yo no soy ningún personaje de novela;
soy una persona de carne y hueso.
—¿Qué diferencia hay?
Final absurdo
Laura Freixas

EN ESTA CASA REPOBLÓ LAS SOMBRAS
EL INSIGNE ESCRITOR, MAESTRO DE TERRORES,
STEFAN GRABINSKI
(1887 - 1936)

1

—¿E n serio? —lamentó Raúl en plena calle—. No puedo creer que me hayas convencido para...
—¡Oh, venga, deja ya de gruñir! —censuró Mina—. ¡Tampoco es para tanto! ¡¿Cuántas veces voy yo a tus dichosos partidos de fútbol, eh?! ¡¿Cuántas?! ¡¿Qué tiene de malo que por una sola vez, *por una sola vez*, visitemos un sitio que me ilusione a mí?!

Raúl desvió la mirada, incómodo.

—Sabes que *me encanta* el terror de Grabinski, que llevo siglos queriendo venir a su casa-museo. Para mí es como... ¡Cómo sería para ti bajar al vestuario de tu equipo! Deberías entenderme...

—¡Ok: lo siento! —suspiró—. Al fin y al cabo, el saber tampoco perjudica a nadie...

—No, tranquilo: según los médicos, el conocimiento es inocuo.

—¿«Inocuo»?

—Déjalo... ¡Anda: entremos de una vez!

—Espera... Una cosa.

Lo miró, intrigada.

—¿Va para largo? El partido de hoy empieza a... a las... ¡Vale, vale: culturízame despacio, que tengo... prisa!

La anfitriona, perfecta ama de llaves, no contravenía, en absoluto, el aire de la vetusta construcción, inmueble declarado de interés público por el ayuntamiento. Más bien al contrario: Raúl y Mina, cruce de miradas, supusieron que, tal vez, siendo el histórico domicilio de Grabinski un local temático, aquella no fuese sino una actriz en plena representación.

«¡Parece un personaje del maestro!», convino ella. «¡Desde luego, a esta mujer la he leído en sus páginas!».

—Sean bienvenidos a la casa-museo de don Stefan Grabinski. Su tique.

—¿Tique?! —se sorprendió Raúl—. ¿La entrada no es... gratis? ¿Hay que pagar?!

—¡Cóbrense, cóbrense! —liquidó Mina, complaciente. Avergonzada. Furiosa.

—Bien, síganme. Como no puede ser de otra forma, empezaremos recordando el nacimiento de nuestro autor.

—Por supuesto.

Tras el ama de llaves, Raúl sufrió, «¡Ay!», un codazo y la posterior advertencia de un dedo índice.

«Me has hecho daño...».

«¡Cierra el pico!».

—...y, por último, la joya de la casa, el sanctasantórum del genio: su despacho —anunció la mujer abriendo una puerta.

Más allá, un escritorio presidía los libros que abarrotaban los muros.

—Recluido entre estas paredes durante años, el gran Grabinski imaginó las obras que lo harían mundialmente famoso y que ustedes, a buen seguro, conocen.

—¡Y tanto! —exclamó Min—. ¡Las he leído todas! ¡Todas! Algunas, de hecho, casi podría recitarlas. ¡Son terroríficas, apasionantes! ¡Son... increíbles!

—¡Sí! —apoyó Raúl—. Completamente de acuerdo. Y las pelis... ¡Carne de óscar! ¡Fijo!

—Me congratula su entusiasmo. Si me disculpan, acabo de recordar una obligación *ineludible* y debo ausentarme durante unos minutos. Si lo desean, pueden esperar mi regreso aquí mismo. Y no se preocupen: admiren cuanto quieran, con plena confianza.

—¿«D, durante unos minutos»? ¿Más de...?

—¡¿En serio?! ¡Genial! ¡Muchas gracias!

—Sí —suspiró—: genial...

El ama de llaves les dedicó un leve saludo y cerró tras de sí.

4

—¡No doy crédito!

—Y yo no me lo creo...

—¡Es una oportunidad única! ¡¿Cuántas ocasiones tienes para descubrir a tus anchas el lugar en el que...?!

Raúl se mordió, «¡Si no quieres caldo...!», la lengua.

—¡Aquí! ¡Fue aquí mismo! ¡Aquí surgieron los escalofríos de *La sombra de Baphomet*, de *En la colina de las rosas*, de *El demonio del movimiento y otros relatos de la zona oscura*...! ¡Madre mía! Y, seguramente, entre todos estos libros... ¡¿Imaginas que hubiera, al menos, uno suyo firmado por él mismo?! ¡¿Lo imaginas?! ¡Daría *la vida* por ese libro!

—¡Yo también: con el éxito que tiene, valdría una pasta! Y, hablando del rey de Roma: supongo que tu crack de las letras debió ser... —presumió Raúl detenido frente a un óleo.

—¡¡Sí!!

Sentado en un sillón orejero, Stefan Grabinski, hombre menudo de ojos inquietantes, «¡Ups!», leía un libro mientras sostenía una humosa cachimba.

—¡Le iba el postureo, no digas que no: el sillón del bisabuelo, el batín de

seda, la pipa...!

—Le iría, en todo caso, al pintor. Y tiene su lógica: ¿Cómo pintarías, por ejemplo, a un militar? Seguramente, combatiendo. ¿Y a un científico? Dando una clase de anatomía, ¿no? Algo así. Pues a un escritor...

—Lo que yo decía: postureo.

Mina suspiró, resignada.

5

—Y, digo yo: antes de que, espero, vuelva esa mujer... ¿No vas a aprovechar tu *oportunidad única*?

—Aprovechar, ¿para qué?

—¿Cómo que *para qué*, doña cerebritito?! ¡Para hacerte un selfi en la silla de tu maestro de terrores! Luego, lo enmarcas y tienes así tu propio retrato, para ti para siempre, a lo Grabinski.

Lo miró de hito en hito.

—¿Qué pasa ahora?! ¿Tampoco te gusta la idea?

—M, me encanta...

—¡Hombre, menos mal: por fin acierto!

—Eso sí: rapidito y sin tocar nada, que no quiero...

—Todo tuyo.

Mina se sentó con un cuidado casi reverencial. Ante sí, sobre el escritorio, un libro. Abierto. En blanco.

—Grabinski tenía una, cuando menos, inquietante costumbre: siempre, absolutamente siempre, por extravagancia o a saber por qué misteriosa razón, escribía con tinta roja. La leyenda, sin embargo, dice que esa supuesta tinta era, en realidad, —...sangre humana. ¿No? Se veía venir: rojo y en leyenda... A ver... — siguió Raúl alzando su teléfono móvil—. Sonrí ¡¡AAAHH!!

Caído el objeto, él reculó, estremecido.

—¡Estaba ahí, a tu lado!

—¿El qué?!

—¡Quién! ¡¡Grabinski!! Te encuadré en el móvil, apreté el botón y... ¡apareció contigo, en la foto!

—¡Eres...! —bufó—. ¡Si piensas que voy...!

—¡Te lo juro! —Recogió la pantalla electrónica, resquebrajada—. ¿Esto también te parece broma?! Y, encima... ¡Ahora no se enciende!

—Habrá sido... la luz, las sombras, un mal enfoque...

—¡Unas narices: sé lo que he visto! ¡Y, cuando vacíe la memoria de este cacharro, tú también lo verás!

—N, no... No puede... —balbuceó Mina aún sentada, patidifusa.

Raúl siguió el pánico de sus ojos.

En la pared, el retrato...

...estaba desierto: la figura de Grabinski había desaparecido. A los pies del sillón, su libro y su pipa.

—¡O nos vacilan o aquí...! ¡Y yo me largo, pero ya! —Corrió a la puerta—. ¡No...! ¡El pomo gira, pero no...! —Apretó los dientes—. ¡Es como si alguien, desde fuera...! Por un segundo, el forcejeo logró entreabrir la hoja. Esa brevedad, sin embargo, fue tiempo suficiente para identificar la rabiosa presencia que, tal y como había supuesto, impedía, «¡Ineludible!!», la apertura. Estremecido, Raúl cejó en el acto.

—¡Es ella!

—¿La mujer?!

—¿No la has oído?! ¡«Ineludible», dice! ¡Ayúdame: tenemos que salir de aquí!

Mina fue a levantarse, pero no pudo: sendas manos, «¿Q, quién...?!», sobre sus hombros lo impidieron.

—¡Raúl!!

E, este seseñaló a... a...

8

Stefan Grabinski, escritor fallecido en 1936, impedía, hierático, la escapatoria de la intrusa, «¡Aaah...!!», que había usurpado su sitio.

—¡Ve, vete! ¡Yoyo... te lolo ordedeno!! —exigió Raúl formando una crucruz.

Impertérrito, Grabinski avanzó un paso, fantasma contra la materia y, como hiciese en vida, el antiguo maestro de terrores, actual morador de las tinieblas, ocupó su asiento.

La posesión desmayó la carne sobre el escritorio. Sobre el libro abierto y vacío.

—M, Mina... ¿Me oyes? Mina... ¡Por favor, di algo! —suplicó Raúl.

Fue a tocarla y...

...ella, «¡No acepto órdenes!», resucitó: su semblante, aterradora e imprevista amalgama, también lucía, «¡Aaaah!!», los rasgos del autor. La carne agarró la pluma estilográfica, agudísimo estilete, y fijó en Raúl el vacío de sus ojos. Sonrió, vil.

—¡Socorro!! —pidió este forcejeando de nuevo con la puerta—. ¡Abre! ¡Abre!

—¡Ineludible! —le gritaron desde fuera—. ¡Ineludible! ¡Ineludible!...

9

Mina despertó echada sobre el escritorio. Por un instante, ausencia aterradora, no supo quién era ni dónde permanecía. «¡Ah, sí: la casa-museo...!». Reparó entonces en sus manos: «¡S, sangre...!». En el libro, hasta ahora impoluto,

sobre el que había yacido. En la escritura, también roja, que cruzaba las páginas: «¡E, es... mi letra! ¡¿Esto... esto lo he escrito yo?! No recuerdo nada...».

Hojeó el volumen: «Está anotado... de principio a fin... Y, por su grosor, deben ser... ¡¿Cómo?! ¡¿Cuándo?!».

Se detuvo en una de las páginas. Una cualquiera, supuso. Leyó:

—*¡Es ella!*

—*¡¿La mujer?!*

—*¡¿No la has oído?!».*

«¡Raúl!». La puerta seguía cerrada. Mina se levantó y...

10

...,allí mismo, asaeteado sin clemencia, era evidente, por el útil de escritura que rojeaba a su lado...

—¡¡Raúl!!

Mina escudriñó de nuevo sus huellas, culpable...

...y volvió al libro:

«...aterradora e imprevista amalgama, también lucía, «¡Aaaah!!», los rasgos del autor. La carne agarró la pluma estilográfica...».

11

—¡Han sido mis dedos, sí, pero no he sido yo! ¡¡Has sido tú, Grabinski! —gritó Mina. Reparó entonces en...

«¡El cuadro!»:

—Grabinski era, otra vez, óleo sobre lienzo. Y, ya sin su libro, «¡Ahora lo tengo yo!», aquel parecía sonreírle tras la pipa. A su vera, «¡El ama de llaves!», también parecía contener, «¡Ineludible!», el regodeo.

«¡Dios santo! Me ha convertido, nos ha convertido, en... ¡personajes! ¡A todos!». Regresó al volumen: los párrafos leídos figuraban al principio, muy al principio de la encuadernación. Aún seguían, de esta manera, muchas páginas

hasta el desenlace reservado por Stefan Grabinski, maestro de terrores, para aquella desquiciada... «¿Ficción?».

Se recordó: «Y, seguramente, entre todos estos libros... ¿Imaginas que hubiera, al menos, uno suyo firmado por él mismo?! ¿Lo imaginas?!».

Buscó la primera hoja y...

Bendiciones (para ti maldiciones, oscura lectora). Presente y homenaje, te immortalizo en mi ¿último? horror. Disfrútalo (súfrelo) mucho.

Gratitud eterna,

Stefan Grabinski.

«Daría *la vida* por tener ese libro!». Aferró su caligrafía, codiciosa, y recuperó la pluma: «Sí... Para qué engañarme: después de todo, la daría. Sin duda...».

—¡¡No te atrevas, Raúl!! —amenazó, alerta de pronto—. ¡Ni vivo ni ya muerto! ¡¡Ni se te ocurra!!».

Superó el cadáver, «Eso es: quietecito, quietecito...», y, filo en ristre, giró el pomo de la puerta. «¡Clic!». Se asomó y, sin nadie ni *nada* a la vista, «¡Gratitud eterna, maestro!», huyó.

JOSÉ LUIS DÍAZ MARCOS

España

Blog: www.la-estanteria-3.webnode.es

CONVOCATORIA DICIEMBRE 2020

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos y deberán estar escritos en castellano .

Extensión:

Mínima 300 palabras, máxima 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto:

REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO NRO. 58

a: elnarratorioblog@gmail.com

Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales.

La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

FECHA LÍMITE:

25 de Noviembre de 2020



ISSN 2391-9123

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 5 NRO 57 NOVIEMBRE 2020



ALVA ÁLVAREZ BENAVENTE APOLÍN MONTES AVENDAVAL
BARRERA BOTAVARA CAMACHO BARRÓN CASTRO ALFARO
CORALLO BAO DÍAZ MARCOS ECHEVERRÍA FLORES VEGA
GARCÍA GÓMEZ ALAIS GONZÁLEZ GONZÁLEZ LELIS
MONALES NAVARRETE OLIVÁN SANTALÍESTRA WAGACIOTTI
SALDÍVAR SERRANO SOSA SOTO SPINOZA VALENCIA
VELARDE VICTORIANO VIGNERA VILLALBA VILLARREAL

ISSUU: www.issuu.com/elnarratorio
PÁGINA WEB : www.elnarratorio.com.ar
FACEBOOK: <https://www.facebook.com/el.narratorio/>
TWITTER: @narratorioblog
INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/elnarratorio>
E-MAIL: elnarratorioblog@gmail.com
elnarratorioblog@gmail.com
elnarratorioblog@gmail.com



9 772591 312008



11